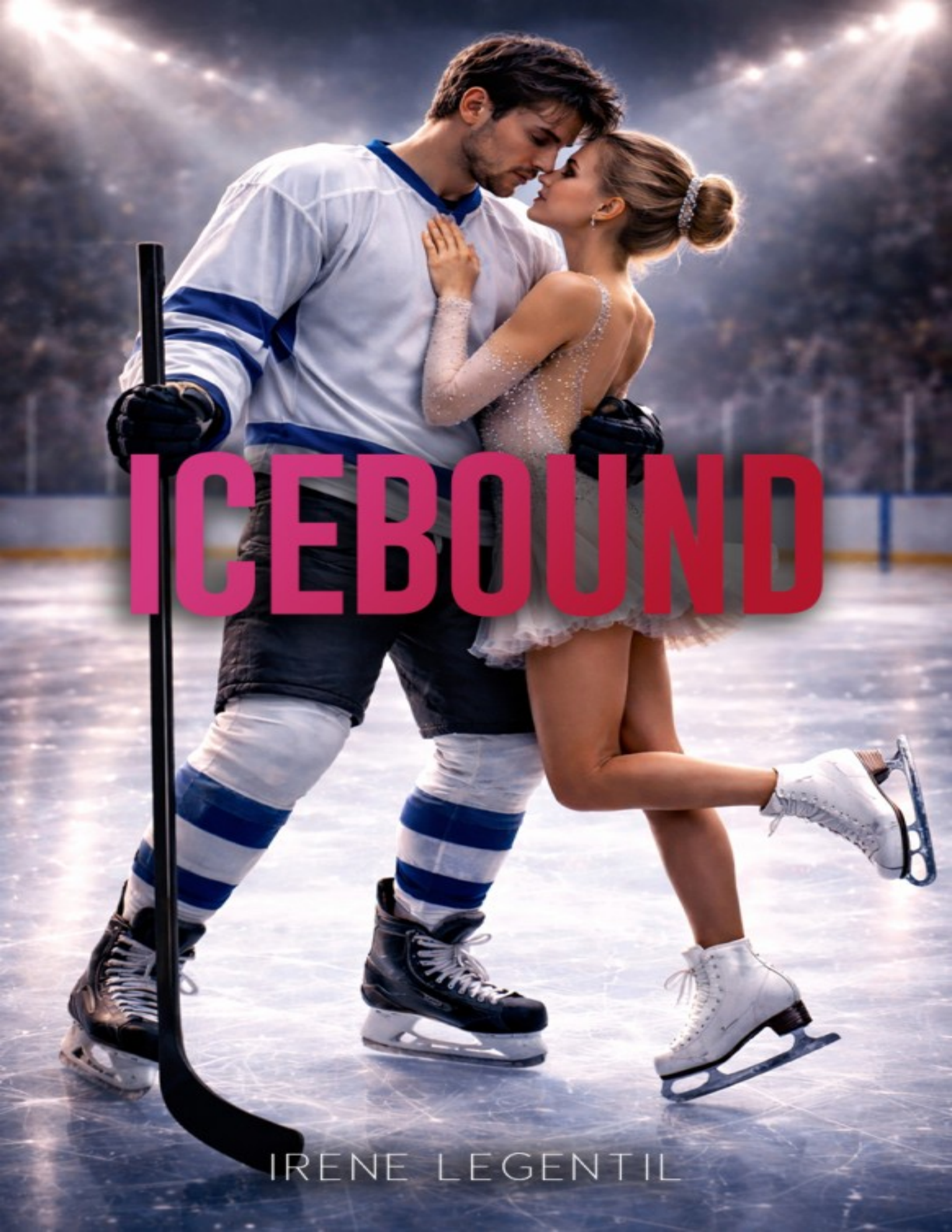

ICEBOUND
IRENE LEGENTIL

ICEBOUND

Irene LeGentil

Copyright © 2026 Irene LeGentil

«Icebound»
Una novela de Irene LeGentil
Primera edición: enero de 2026 Todos los personajes y acontecimientos de esta novela son fruto de la imaginación de la autora. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse de ningún modo ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias o grabaciones, sin el permiso escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en reseñas o artículos críticos.

A quien elige quedarse, incluso cuando sería más fácil huir.

CAPÍTULO 1

La nieve parecía no acabarse nunca.

Caía en copos espesos, lentos y tozudos, pegando el paisaje a una sola gama de blanco y gris. El taxi avanzaba a trompicones por la avenida principal de la Frostvale Academy; las ruedas crujían sobre el hielo duro, el motor refunfuñaba como si también tuviera frío.

Ava llevaba las manos escondidas dentro de las mangas de la sudadera, los dedos aferrados al borde del móvil para no mirar demasiado hacia fuera. Cada vez que su vista se cruzaba con una fila de árboles, con las farolas, con los tejados puntiagudos de los edificios de la academia, sentía la misma punzada: la expectativa. La de los demás. La suya. La de cualquiera con una opinión sobre si ella era un «prodigio».

—Ya estamos —el taxista frenó hasta casi detenerse y señaló con la barbilla más allá del parabrisas—. Pista principal. Desde fuera parece una nave espacial, pero dicen que por dentro es un sueño.

Ava alzó por fin los ojos.

El palacio de hielo central de Frostvale era un bloque enorme de vidrio y acero; las paredes exteriores, opacas por una capa de hielo artificial, estaban atravesadas por franjas transparentes que dejaban ver el resplandor de las luces del interior. A un lado ondeaban las banderas: Estados Unidos, Vermont y una serie de estandartes con los nombres de los campeones que habían pasado por allí.

Entre los apellidos, vio el suyo.

REYNOLDS.

Su padre, en una foto gigantesca a pie de pista: chaqueta del equipo nacional, mirada dura, la mano alzada en un gesto de corrección. Entrenador olímpico, leyenda del hielo. Y un padre que nunca se equivocaba.

O casi.

—Gracias —le salió la voz más baja de lo que esperaba.

Pagó, recogió del asiento la bolsa de los patines y se colgó la correa al hombro. Los leggings se le pegaban a las piernas como una segunda piel; la sudadera gris estaba medio cerrada bajo el abrigo acolchado, dejando asomar el top deportivo. Hacía el frío suficiente para que le escociera la punta de la nariz, pero no tanto como para hacerla retroceder.

En cuanto el taxi arrancó, se quedó sola en el aparcamiento. El aliento se le condensaba delante de la boca en nubecitas.

Frostvale Academy. Vermont. Nueva temporada.

Una nueva oportunidad de no mandarlo todo a la mierda.

Se subió la cremallera del abrigo con un gesto automático y echó a andar hacia la entrada.

Dentro también hacía frío, solo que de otra manera. El de fuera se metía en los huesos; el de dentro era el de las instalaciones, el del hielo, el del aire seco y reciclado. Y luego estaba el ruido: patines, gritos, risas, el golpe seco de un puck contra las vallas.

Ava siguió las señales: FRONT DESK - ICE RINK - LOCKER ROOMS.

Se presentó en recepción, sonrió lo justo, firmó papeles, escuchó la perorata estándar sobre el alojamiento, la tarjeta del comedor, los horarios de entrenamiento, los protocolos de seguridad. La chica detrás del mostrador tenía la cara aburrida de quien repite lo mismo diez veces al día.

—¿Y… la pista principal? —preguntó Ava al final, apretando la carpeta con los documentos.

—Al final del pasillo, a la derecha. Si quiere puede pasar por los vestuarios para verla de cerca. Pero los de patinaje, no los de hockey: hoy aún entrena el equipo, así que cuidado con entrar en las duchas equivocadas… —la recepcionista le lanzó una media sonrisa divertida—. Aquí nadie respeta demasiado los carteles de «prohibido el paso».

—Claro. Nada de vestuario de hockey —se repitió Ava, más por fijar la palabra que por auténtica preocupación.

Echó a andar por el corredor indicado, la bolsa golpeándole la cadera a cada paso. Las paredes estaban cubiertas de fotos

enmarcadas: patinadoras posando, equipos de hockey con los cascos en alto, grupos de estudiantes abrazados a medallas. En dos o tres imágenes reconoció a su padre, más joven, con la misma expresión concentrada con la que miraba sus entrenamientos desde la barandilla.

«No mires atrás», se ordenó, bajando la vista al suelo brillante.

A medida que se acercaba a la zona de vestuarios, el sonido cambiaba. La música amortiguada del pabellón se mezclaba con risas masculinas, chasquidos de toallas mojadas, el golpe metálico de taquillas cerrándose. El aire olía a jabón, a sudor, a desodorante demasiado fuerte y a ese fondo inconfundible de hielo y goma de protecciones.

Ava inspiró hondo, obligándose a mantener la espalda recta.

Nada que no pudiera manejar.

Había crecido en pistas donde las duchas se separaban por una simple cortina, en equipos mixtos de juniors donde los chicos iban con el torso desnudo sin el menor pudor. Su cuerpo era una herramienta de trabajo, igual que el hielo, los patines, las cuchillas. Punto.

Solo que ahora, después de una temporada a medias, sentía las miradas encima más de lo que quería admitir.

Giró la esquina del pasillo.

La puerta del vestuario se abrió de golpe delante de ella.

Ni siquiera le dio tiempo a frenar: algo —alguien— se le echó encima de lado, un impacto de calor y agua; su hombro chocó contra un torso desnudo, duro, mojado. La bolsa se le escurrió del hombro y sus dedos buscaron instintivamente algo a lo que agarrarse.

Lo encontraron.

Piel caliente bajo las palmas, resbaladiza por las gotas. Músculos que se tensaron bajo su tacto como un cable estirado. Una toalla blanca se deslizó unos centímetros por las caderas de él, atrapada al vuelo por una mano masculina acompañada de una maldición ahogada.

El mundo se detuvo en ese instante suspendido.

Ava se quedó con la cara a pocos centímetros de un pecho desnudo, el aire atrapado en la garganta. El ruido de las duchas detrás, los chorros, las voces… todo se apagó durante un segundo.

—Joder.

La voz venía del pecho. Grave, áspera, con más irritación que vergüenza. Él bajó la mirada hacia ella al mismo tiempo que ella la alzaba.

Ojos color ámbar. No el típico marrón cálido, sino un tono más claro, como miel oscura. Las pestañas aún pegadas de agua; una gota resbaló desde la línea del pelo por la sien hasta el pómulo y de ahí por la mandíbula.

Demasiado cerca.

Ava se dio cuenta de que aún tenía las manos sobre su pecho. Las apartó de golpe, como si se hubiera quemado.

—Perd…

—¿Siempre vas tan atenta a dónde pones los pies? —se le adelantó él.

El sarcasmo le cayó encima como un cubo de agua helada.

Ava se irguió; la bolsa colgándole de un brazo, la cremallera del abrigo a medias. Sintió cómo el calor le subía de las orejas a las mejillas, pero se aferró al único recurso que no le fallaba nunca: el tono de hielo.

—Podría decir lo mismo.

Su mirada bajó medio segundo, lo justo para señalar la línea donde la toalla se detenía sobre sus caderas. No lo bastante como para ser grosera, sí lo bastante como para que él entendiera que, sí, había visto más de lo que quería.

Él se recolocó la toalla con una mano, apretándola fuerte contra el costado; las gotas seguían cayendo del torso hasta el borde. En la otra llevaba una camiseta térmica negra hecha un ovillo.

Por un momento no respondió. La miró.

No con esa cara de los chicos que intentan impresionar, como si ya hubieran decidido quién eres al ver tu mejor perfil. Fue una mirada afilada, de evaluación: del rostro a los cabellos recogidos en un moño alto; bajó por la sudadera abierta, se detuvo un instante en el top y volvió arriba.

No sonrió. Sus labios apenas se curvaron en una no-expresión a medio camino entre la diversión y el fastidio.

—Vestuario de hockey —dijo al fin, con un amago de encogimiento de hombros—. Hay un cartel en la puerta. Normalmente lo leemos antes de derribarla.

—Normalmente no me arrolla gente medio desnuda cuando abro una puerta —replicó Ava, un poco demasiado deprisa.

Él ladeó la cabeza; una gota le resbaló por el cuello y desapareció tras la clavícula.

—¿Medio desnuda? —repitió, como saboreando la palabra—. ¿Quieres revisar la definición, princesa?

Princesa.

Esa palabra le molestó más que el choque.

Solo entonces se dio cuenta de lo cerca que seguían. El pasillo era estrecho: la puerta del vestuario ocupaba medio paso y el cuerpo de él, el otro medio. Para pasar tendría que colarse entre él y la pared, rozándolo.

Él no se movió.

Ava apretó la bolsa; sintió la correa clavársele en el hombro a través del abrigo. No pensaba pedir permiso.

Dio un paso hacia delante, decidida, empujando con el hombro su brazo. El olor a jabón y algo más masculino —almizcle, sudor limpio — volvió a golpearla.

En el instante en que pasó tan cerca como para rozarle la cadera, el algodón de sus leggings arañó apenas la fibra de la toalla húmeda. Los dedos de él se contrajeron para mantenerla en su sitio. El contacto fue breve, pero suficiente para ponerle todos los nervios en guardia.

—Bienvenida a Frostvale, entonces —murmuró él, en un hilo de voz al que se le había borrado la sonrisa.

No la miró mientras le dejaba ese mínimo hueco para pasar. Pero la sintió; lo supo.

Ava no respondió. Lo dejó atrás con la sensación física de él pegada a la piel como un olor.

Solo cuando cruzó el umbral de la siguiente puerta —la que daba a las gradas interiores del pabellón— se dio cuenta de que llevaba

unos segundos sin respirar. Exhaló despacio, largo, y se le nubló la vista un instante.

Vaya forma de dar la bienvenida.

Se asomó a la pista principal y, pese a todo, el mundo volvió a enfocarse.

El hielo se extendía ante ella como un lago pulido; las líneas azules y rojas del hockey cortaban la superficie, los círculos centrales, la jaula de la portería. Encima se movía el equipo en pleno entrenamiento: camisetas oscuras, cascos, palos que dejaban surcos, el puck que salía disparado con un sonido seco.

En las gradas había unos cuantos estudiantes, un par de entrenadores, una figura femenina con traje oscuro —quizá la directora—. Ava se apoyó en la barandilla alta, los dedos cerrándose sobre el metal.

El ruido de las cuchillas, de los gritos, de las instrucciones a voz en cuello le llegó en oleadas. Olor a hielo, a cinta adhesiva, a esfuerzo. Era hogar y no lo era.

Durante un momento no hubo Vermont, ni Frostvale, ni su padre en la pared. Solo el hielo. Y eso, al menos, no mentía.

Bajó la vista hacia su reflejo opaco en la superficie lejana. El pelo recogido, la cara aún un poco enrojecida por lo de antes. Se masajeó el antebrazo, donde había sentido presionar su piel contra el pecho de aquel chico.

Él.

Sin nombre todavía. Solo un cuerpo mojado que se le había echado encima y no había pestañeado.

Estoy exagerando, se dijo. ¿Cuántos chicos has visto en un vestuario desde los seis años? Demasiados para contarlos. Y aun así, había algo en ese choque que no conseguía etiquetar. Quizá porque no había pasado sobre una cuchilla, en un salto, en una secuencia repetida mil veces. Había sido casual, descontrolado. Y ella odiaba todo lo que no podía controlar.

Se obligó a apartar la mirada de la pista de hockey y la llevó a la segunda, separada por un muro de cristal. Allí el hielo era distinto: sin líneas, sin círculos, solo blanco. Puro, liso, listo para parábolas, saltos, espirales. Patinaje artístico.

Su lugar.

El corazón le dio un pequeño vuelco. No pudo resistirse.

El vestuario exclusivamente femenino, dedicado al patinaje, estaba dos pasillos más allá. Allí el aire olía a lavanda sintética, laca, polvos de talco; un rastro vago de trajes brillantes y medias.

Ava encontró una taquilla con una plaquita provisional con su nombre y metió la bolsa casi sin mirar. Su cuerpo se movía en automático: fuera leggings, fuera sudadera, fuera abrigo. Top deportivo negro, una chaqueta más ligera. Sacó los patines, las cuchillas protegidas con cubrehojas azules.

Sentada en el banco, empezó a atarse los cordones con movimientos expertos. Apretar, cruzar, tirar. La sensación del cuero cerrándose sobre los tobillos era la de siempre: una especie de armadura. Se sintió más firme con solo notar esa presión.

Mientras se inclinaba, un mechón se le escapó del moño y le cayó sobre la mejilla. Le vino a la cabeza la forma en que aquellos ojos ámbar se habían detenido en sus rasgos, como si estuvieran registrando algo.

Espabila.

Anudó el último cordón, se incorporó sobre los patines con un leve vaivén y caminó por el pasillo hasta la puerta que daba a la pista de patinaje.

En cuanto el frío le mordió las mejillas, sonrió.

El hielo bajo ella se abrió, familiar. Empujó con un pie y luego con el otro, dejando que el cuerpo encontrara su equilibrio natural. Una, dos, tres zancadas; después un giro pequeño, el pelo apenas moviéndose, el aire helado llenándole los pulmones.

Aquí el ruido era otro. Nada de golpes secos de puck ni gritos, solo el silbido fino de las cuchillas y algún eco lejano del pabellón de al lado.

Cerró los ojos un instante, dejando que el cuerpo recordara.

Un salto sencillo, nada exigente: un toe loop, solo para comprobar que la rodilla respondía. Aterrizó y un dolorcito le picó en el tobillo, pero no tenía nada que ver con los dolores de la temporada anterior. Se permitió un medio suspiro de alivio.

—Reynolds.

La voz a su espalda la hizo dar un respingo.

Abrió los ojos y redujo la velocidad, girándose hacia la barandilla. Un hombre de unos cincuenta años, chaqueta deportiva con el logo de Frostvale, gorra calada hasta la frente. Solo lo había visto en fotos, en correos oficiales. Entrenador de patinaje de la academia.

—Sí —respondió, acercándose al borde.

Él la observó con atención: desde cómo sostenía los hombros hasta cómo frenaba las cuchillas.

—Soy Mark Jensen. Bienvenida a Frostvale. —No tenía la sonrisa falsa de los directivos; su apretón de manos fue seco, firme—. Te esperaba mañana.

—He llegado antes —dijo ella—. Quería… ver el hielo.

—Lo vas a ver mucho, créeme. —Jensen alzó una ceja, pero en sus ojos había cierta aprobación—. ¿Has viajado hoy?

Ava asintió.

—Entonces, dos vueltas y ya. No quiero rodillas cansadas antes incluso de empezar. —Hizo una pausa y añadió—: He visto tu última temporada.

Ava sintió cómo esas dos palabras, «última temporada», pesaban más de lo que quería.

—Sé que puedes hacerlo mejor —concluyó Jensen. Sin juicio; un hecho—. Aquí vas a tener hielo, tiempo y… —miró hacia la otra pista, donde la voz de un entrenador de hockey se elevó por encima del ruido— …compañía interesante.

Ava siguió su mirada por instinto. A través del cristal vio al equipo detenerse en círculo alrededor de un jugador con una camiseta distinta, roja, con una C blanca cosida en el pecho. Capitán, supuso.

Él se quitó el casco con un gesto brusco, sacudiéndose el pelo empapado de sudor. Desde esa distancia no distinguía el rostro, pero la postura, la manera de estar en medio de la pista, lo decía todo.

Alguien acostumbrado a que lo miren. Alguien que ocupa espacio.

Un escalofrío le recorrió la espalda, rápido y fino. La mente le devolvió la imagen de antes en el pasillo: pecho desnudo, toalla, ojos color ámbar. Le bastó un segundo para unir los puntos.

No.

No puede ser…

—¡Liam! —gritó una voz en la pista de hockey, quizá la del entrenador—. ¡Si quieres seguir pegándote, hazlo en un ring, no aquí!

Liam.

Ava agarró la barandilla con demasiada fuerza. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Problemas de disciplina —comentó Jensen con una calma de quien ya está acostumbrado—. Mucho talento. Mucha cabeza de… —se cortó al cruzarse con la mirada de Ava y cambió la palabra a tiempo— …hielo.

Ava bajó la vista, fingiendo ajustarse el guante.

Liam. El del pasillo, el de la ducha, el de la toalla a punto de caerse. Claro.

Puede que Frostvale no fuera solo hielo y segundas oportunidades. Puede que también fuera un campo de minas.

—Vete a quitarte los patines —dijo Jensen—. Mañana por la mañana empezamos en serio. Tendrás tu plan, tus bloques. Y… —hizo una pausa, volviéndola a medir— no estás aquí solo porque te apellidas Reynolds. Estás aquí porque, si vuelves a poner en orden la cabeza, puedes ser la mejor sobre el hielo.

—Lo sé —respondió ella, más bajo de lo que pretendía.

No sabía si se lo creía de verdad. Pero lo sabía.

Se separó de la barandilla y dio una última vuelta lenta hacia la salida. Cada corte de cuchilla le sonaba como un respiro más fuera del agua. Aun así, mientras abandonaba la pista, no pudo evitar que su mente volviera al instante en que había sentido el calor de un pecho desconocido bajo las manos.

Y a cómo, durante un segundo, su cuerpo había reaccionado antes que su cabeza.

***

En el pasillo de los vestuarios, el ruido de las duchas tapaba medio pensamiento.

Liam se pasó la camiseta térmica por la cara, intentando quitarse el agua que le quedaba del pelo. La toalla seguía apretada a sus

caderas, más por precaución que por decencia. Ya había tenido suficientes «accidentes» por un día.

—¡Carter! —una voz del fondo del vestuario lo llamó.

El entrenador de hockey, el coach Andy, asomó entre una hilera de taquillas con su libreta de siempre en la mano.

—Mañana a las ocho en mi despacho. No llegues tarde.

—Qué ganas —contestó Liam sin entusiasmo.

El entrenador lo miró un segundo con una expresión que decía todo lo que no dijo. Si tuviera un dólar por cada vez que alguien le había soltado que estaba tirando su talento por la borda, podría comprar media Vermont.

Cuando el hombre se fue, Liam apoyó la espalda contra el metal frío de la taquilla y cerró los ojos un instante.

Pelea. Suspensión temporal. Posible parte disciplinario. Y ahora, además, la colisión con la nueva patinadora; la que llevaba esa aura de saber exactamente cuánto pesaba su apellido. ¿Para eso lo habían llamado? ¿Otra nota en su expediente?

No es que le hubiera sido indiferente, de todos modos. El recuerdo de sus manos en su pecho le volvió con un detalle irritante: pequeñas, sí, pero fuertes. No cuidadosas, como si tocara cristal; más bien como si decidiera sujetarse ahí, por necesidad o por confianza.

Y sus ojos. Esos ojos fríos que le habían disparado una pulla sobre su ego… pero que, durante un instante —brevísimo—, habían mostrado otra cosa. Una grieta.

Sacudió la cabeza para apartarlo.

No tenía tiempo para patinadoras con juicios preparados y apellidos pesados. Ya tenía bastante lío propio.

Se separó de la taquilla, se aseguró mejor la toalla, y le entró una tentación vaga de volver al pasillo para ver si, por casualidad, ella seguía allí. Solo para comprobar. Solo para…

Se detuvo.

—Imbécil —murmuró, esta vez para sí mismo.

***

Ava volvió a ponerse el abrigo pesado encima de la sudadera; el pelo todavía algo húmedo de sudor pese al poco rato que había estado en el hielo. La bolsa le pareció más ligera que al llegar, como si se hubiera dejado parte del peso a pie de pista.

Al salir al aparcamiento, la nieve había empezado a caer con más fuerza. El cielo era una manta baja, sin estrellas. Las luces del palacio de hielo teñían el blanco de reflejos azulados.

Inspiró hondo, hasta llenar los pulmones.

Mañana estaría la directora, la presentación de verdad, los planes de entrenamiento, las reuniones, quizá incluso una llamada de su padre con sus frases medidas: «Recuerda quién eres. No desperdicies este sitio».

Hoy le quedaban el silencio amortiguado de la nieve y el recuerdo de dos cosas distintas y, de algún modo, conectadas.

El hielo de Frostvale.

Y un pecho desnudo, caliente, que se le había venido encima como un golpe imprevisto.

Dos superficies opuestas.

Y, cada una a su manera, peligrosamente resbaladizas.

CAPÍTULO 2

La mañana siguiente olía a café requemado y a desinfectante.

Ava miraba el vaso de poliestireno frente a ella como si pudiera decirle algo sobre su futuro. El comedor de la Frostvale Academy estaba medio vacío: algún atleta con ojeras, un par de patinadoras a medio maquillar, y una mesa entera ocupada por el equipo de hockey, que hacía más ruido que el resto del edificio.

Ella se había instalado en un rincón, junto al ventanal desde el que se adivinaba el bosque nevado. La bandeja estaba casi intacta: tostadas, huevos, fruta. Solo había probado una rodaja de manzana, más por consideración hacia su estómago que por hambre.

El móvil, sobre la mesa, vibró.

PAPÁ – 07:59 – ¿Todo bien en el campus?

El corazón le dio ese pequeño salto de siempre, irritante. No porque la pregunta fuera mala. Era la pregunta correcta. Pero en boca de él sonaba siempre a control de calidad.

Ava cogió el teléfono y escribió una respuesta corta.

Todo bien. Hoy primera reunión con la directora.

La respuesta llegó casi al instante. Ni siquiera tenía que preguntarse si él estaba delante de la pantalla, esperando.

Da buena impresión. Recuerda: Frostvale no es un regalo.

Ava torció los labios en una media sonrisa sin alegría. Dejó el móvil boca abajo y apartó la bandeja.

Como si pudiera olvidarlo.

De la mesa de los hockeyistas estalló una ola de carcajadas. Uno de los chicos imitaba a alguien —quizá a un entrenador— con un acento exagerado. Los demás daban palmadas sobre la mesa; las cucharillas tintineaban contra las tazas.

Ava reconoció enseguida aquella voz más grave, ese timbre rasposo que ya la había pinchado en el pasillo.

—¡Carter! —una voz femenina, firme, se alzó desde la puerta del comedor—. En cinco minutos, en mi despacho. No me hagas ir a buscarte.

El comedor se quedó en silencio un instante. Todas las cabezas giraron hacia la entrada.

La directora de la Frostvale Academy no necesitaba presentación. Ava solo la había visto en fotos, pero en persona su presencia era aún más cortante. Traje oscuro impecable, camisa blanca, pelo gris recogido en un moño bajo, la espalda recta como una cuchilla. Ojos claros, atentos, que parecían registrar cada detalle.

Liam Carter —porque ya no había duda de que era él— levantó la cabeza de la mesa con un cubierto aún en la mano. Llevaba una sudadera del equipo, la capucha caída sobre la nuca, y el pelo todavía un poco húmedo. Se le dibujó una sonrisa torcida.

—¿Cinco minutos para terminarme la tostada, jefa? —preguntó, alzando la taza de café como si brindara.

—Tres —respondió la directora sin titubear—. Y no me llames jefa.

En su mesa se oyó una risa ahogada, que murió en cuanto ella lanzó una mirada.

Los ojos de la directora se deslizaron, rápidos, hasta el rincón donde Ava estaba sentada. Se detuvieron un segundo. Un leve gesto de barbilla, un saludo a distancia.

Ava se levantó casi por reflejo.

—Reynolds —la llamó la mujer—. Después de Carter, te toca a ti. Pabellón, sala de reuniones junto a la pista.

—Sí —respondió Ava. Le salió más fuerte de lo que pretendía.

La directora asintió una sola vez y desapareció por el pasillo; los tacones repiqueteaban sobre el suelo brillante.

Liam se puso en pie con un suspiro teatral, apurándose el café como si fuera un jarabe.

—Pobre Carter —se burló uno de sus compañeros, dándole una palmada en la espalda—. Directora a las ocho de la mañana. Eso sí que es amor.

—Sí, sí —replicó él, subiéndosela capucha—. Si no vuelvo, decidle a mi madre que la quise.

Ava recogió su carpeta, se guardó el móvil en el bolsillo y siguió el hilo de sus pensamientos hacia algo que se parecía demasiado a lo inevitable.

***

La sala de reuniones junto a la pista no era grande, pero daba la impresión contraria.

Una pared entera era de cristal y daba a la pista de hockey. Al otro lado, unos operarios todavía repasaban el hielo: la máquina avanzaba despacio, dejando una estela pulida. El olor a frío se colaba también por allí.

En la pared opuesta, una pizarra con esquemas, flechas, líneas de colores. En el centro, una mesa con varias sillas; una jarra de agua y vasos.

La directora ya estaba allí, de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla. A su lado, Mark Jensen —chaqueta de Frostvale y gorra— y el entrenador de hockey: bajo, robusto, barba canosa y una mirada de quien ha visto demasiados power plays acabar mal.

Liam entró primero, con la capucha aún puesta. Se la quitó al ver quiénes estaban. Su expresión se tensó un instante, alerta, y luego volvió a neutral.

—Siéntate, Carter —dijo el entrenador—. Igual así dejas de desgastar el suelo.

Liam se dejó caer en una silla con media sonrisa.

—Reynolds —la llamó la directora cuando Ava cruzó el umbral unos segundos después—. Entra. No es un tribunal, aunque lo parezca.

Ava dio dos pasos hacia el centro; el corazón se le aceleró. Solo entonces se dio cuenta de que Liam estaba allí y de que su mirada le acababa de recorrer, rápida, del rostro al conjunto: leggings negros, sudadera clara, el pelo recogido en un moño impecable.

Él arqueó apenas las cejas, como si no la esperara en ese contexto.

—Ya se conocen, por lo que veo —comentó Jensen, con una mirada repartida entre ambos—. Frostvale es más pequeño de lo que parece.

—Por desgracia —murmuró Liam.

Ava fingió fijarse en el cristal.

—Bien —la directora se movió, rodeando la mesa—. Ya que estamos todos, vamos al grano.

Se colocó frente al ventanal, dándole la espalda al hielo, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Como sabéis, este año la academia afronta un recorte de financiación —dijo, sin rodeos—. Las instalaciones cuestan. Los programas cuestan. Y vosotros —su mirada abarcó a los dos atletas — también.

Liam cruzó los brazos, como si quisiera protegerse de un golpe que aún no había llegado.

—Pero tenemos una oportunidad —continuó ella—. Un show benéfico aquí, en Frostvale, con cobertura mediática. Patrocinadores interesados, posibles nuevos fondos. Y un formato que nadie ha explotado en serio.

Jensen asintió y tomó la palabra.

—Quieren algo que una hockey y patinaje artístico —explicó, mirando a Ava—. La potencia, la velocidad, el contacto… con la elegancia, la técnica, la coreografía.

—Un espectáculo único —remató la directora—. Un escaparate para la academia. Y para vosotros.

Ava notó que su mente salía disparada en tres direcciones a la vez. Espectáculo. Coreografía. Medios.

—Yo… —empezó, y se mordió la lengua.

Liam se inclinó hacia delante.

—Un momento —dijo, levantando una mano—. ¿Un show… juntos? —Se señaló a sí mismo y a Ava con un gesto vago.

—Exacto —respondió Jensen.

El entrenador de hockey se revolvió.

—No pienso convertir a mis chicos en bailarines.

—No es lo que te estoy pidiendo —cortó la directora—. Te estoy pidiendo que tu capitán, con sus problemillas disciplinarios, ponga su

talento al servicio de la academia en un proyecto que requiere… cooperación.

A Liam se le marcó la mandíbula.

—De acuerdo. Pero la suspensión se mantiene —añadió el coach, mirándolo a la cara—. Solo que, en vez de pasarte el tiempo contando las líneas del techo, vas a entrenar para este show. Considera que forma parte de tu… rehabilitación.

La palabra se le quedó entre los dientes como una amenaza.

Ava miró a Jensen.

—¿Y yo? —preguntó, intentando que la voz le saliera lisa.

—Tú eres la patinadora con más nombre que ha llegado este año —respondió él, sin adornos—. Tienes un apellido, un palmarés y una temporada que levantar. Este show va a estar en todas partes en vídeo antes siquiera de empezar. Eres la elección lógica.

Lógica. Era el mismo adjetivo que usaría su padre.

Ava tragó saliva, sintiendo el paladar seco.

—¿Puedo… pensarlo? —se atrevió.

La directora la miró con calma.

—Por supuesto —dijo—. Tienes todo lo que dura esta reunión.

Liam soltó una carcajada incrédula.

—O sea, a ver si lo entiendo —se recostó en la silla—. Yo le suelto un puñetazo a un idiota que se lo merecía, me suspenden, y el castigo es… ¿bailar sobre hielo con la princesa Reynolds para un puñado de patrocinadores aburridos?

—No es un castigo —respondió la directora, imperturbable—. Es una oportunidad.

—Me parece una forma elegante de decir lo mismo —se encogió de hombros.

El entrenador apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Quieres que los ojeadores sigan leyendo «pelea en pista» cada vez que tu nombre aparece en un informe? —preguntó, con la voz baja y grave—. ¿Quieres que cualquier equipo profesional te vea como un riesgo, no como un fichaje?

Liam apretó la mandíbula, pero no contestó.

—Un show así, delante de patrocinadores, medios y gente que importa, te permite cambiar el relato —siguió el hombre—. Que te

vean como algo más que un cabeza loca con dos patines.

La directora se volvió hacia Ava.

—Y en tu caso —dijo— te permite volver a asociarte con actuaciones impecables, no con caídas en directo a nivel internacional.

Ava sintió que se le encogía el pecho. El recuerdo de aquella competición volvió nítido: el triple que no llegó, el rugido del público convirtiéndose en murmullo, los comentaristas con la voz afilada: «No esperábamos esto de una Reynolds».

—Yo… —fue a decir, pero se dio cuenta de que cualquier objeción sonaría a excusa. Y no era el momento de parecer alguien que se escuda en excusas.

—Entiendo vuestras reticencias —la directora rodeó la mesa, apoyando una mano en el respaldo de una silla—. Hockey y patinaje tienen culturas distintas. Egos distintos. Pero comparten lo mismo: el hielo.

Se detuvo junto al cristal y señaló el pabellón con un gesto.

—Al mundo de ahí fuera le encantan las historias —dijo—. Dos atletas de disciplinas opuestas que dejan a un lado sus diferencias para crear algo único. Es una historia que vende. Y si vende, nosotros sobrevivimos. Vosotros brilláis. Así de sencillo.

Sencillo. Claro.

Ava sintió el peso de una mirada. Giró apenas la cabeza. Liam la estaba observando.

No como un compañero de equipo. No como un desconocido. Como alguien que intentaba averiguar hasta dónde estaba dispuesta a dejarse arrastrar.

—Hombre… —murmuró él, ladeando la cabeza—. Si no le apetece, siempre podemos poner al portero con un tutú.

Jensen suspiró.

—Para tu suerte, Carter, no se trata de hacerla sentir mejor —dijo —. Se trata de elegir a una pareja capaz de sostener el show. Y os guste o no… sois vosotros.

La frase quedó suspendida en el aire.

Ava apretó los dedos alrededor de la carpeta hasta notar que el cartón cedía. La idea de quedar atada a alguien suspendido por una

pelea le mareaba. Pero la idea de no tener suficiente hielo, de no tener visibilidad, de volver a decepcionar… le daba más miedo.

—¿Y si decimos que no? —preguntó, más por principio que por otra cosa.

La directora la miró directamente a los ojos.

—Nadie os retiene aquí por la fuerza —dijo—. Pero desperdiciar una oportunidad así, al inicio de una temporada ya complicada, sería… poco inteligente.

El subtexto era clarísimo: yo no os arruino la carrera. Os la arruináis vosotros.

Liam se masajeó la nuca, mirando un punto impreciso de la mesa. Cuando habló, su voz tenía menos chulería.

—¿Cuánto tiempo tenemos para decidir? —preguntó.

—El tiempo de encontrar unos patines —respondió Jensen—. Porque ahora nos vamos a la pista.

CAPÍTULO 3

La pista principal estaba dividida en dos: a un lado, zona libre; al otro, unos conos marcados sobre el hielo para simular un recorrido. En las gradas, una pequeña delegación: dos hombres con americana, un par de señoras bien vestidas, tablet en mano. Patrocinadores, o candidatos a serlo.

A Ava se le encogió el estómago al verlos. Era como tener el panel de jueces siempre presente, incluso fuera de competición.

—No os dejéis intimidar —murmuró Jensen a su lado mientras se ajustaba los patines—. Son solo carteras con piernas.

Ella no sonrió, pero agradeció el intento.

Llevaba un maillot de entrenamiento negro, ceñido, con una chaqueta ligera abierta por delante. Las mangas le cubrían los brazos hasta las muñecas, pero la tela fina dejaba poco a la imaginación sobre lo que había debajo. Era un conjunto normal para entrenar y, aun así, en esa situación, se sentía más expuesta de lo habitual.

Liam, a su lado, se calzaba los patines de hockey con una expresión a medio camino entre el aburrimiento y el fastidio. Se había quitado la sudadera, dejando a la vista una camiseta térmica de manga larga que se le pegaba al pecho y a los hombros. Los pantalones del equipo aún iban desabrochados arriba, esperando a que se colocara las protecciones.

—No me puedo creer que esté haciendo esto —murmuró él mientras cerraba el último gancho.

—Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza —respondió Ava, mirando a un punto fijo delante de ella.

—Solo mi carrera en juego —comentó él—. Detalles.

Ava iba a contestar, pero la directora subió al borde de la pista.

—Señoras y señores —dijo, dirigiéndose a los invitados en las gradas—. Gracias por venir. Lo que verán hoy no es más que un

adelanto de una idea en la que estamos trabajando. Una performance que une la fuerza del hockey y la gracia del patinaje artístico.

Hizo un gesto hacia ellos.

—Liam Carter, capitán del equipo de hockey. Y Ava Reynolds, la nueva joya de nuestro programa de patinaje.

Ava notó casi físicamente el instante en que todas las miradas se clavaron en ellos: una presión sobre la piel, entre los omóplatos, a lo largo de la espalda.

Liam alzó una mano en un saludo perezoso.

Jensen dio una palmada, a modo de señal.

—Al centro de la pista —ordenó—. Enseñemos la idea.

Ava empujó con las cuchillas y se deslizó hasta el círculo central. El murmullo de las gradas pareció amortiguarse mientras se concentraba en la superficie bajo sus pies. El cuerpo reconocía ese terreno.

Sintió a Liam llegar a su lado, su manera de patinar más pesada, más agresiva. Se detuvo a un palmo de ella, lo bastante cerca como para que percibiera el calor que desprendía pese al aire helado.

—Carter —lo llamó Jensen desde la barandilla—. ¿Has levantado alguna vez a alguien que no sea un compañero con la armadura puesta?

Liam arqueó una ceja.

—Depende de qué entienda por «levantar».

En las gradas se oyeron unas risitas.

—Voy a fingir que no he oído eso —masculló Ava entre dientes.

—Hoy no hablamos de bares —añadió Jensen—. Hablamos de lifts. De presas. Tipo danza. Tipo elevación de pareja.

Liam miró a Ava. Luego a Jensen.

—Yo no soy bailarín.

—Nadie te pide que lo seas —replicó el entrenador—. Te pido que uses la misma fuerza con la que mandas un puck a ciento treinta por hora, pero… con más cuidado.

Se volvió hacia Ava.

—Tú sabes cómo se coloca una presa básica —dijo—. Guíalo.

Ella asintió, notando cómo se le tensaba el cuello.

Se giró hacia Liam, tratando de ignorar que iba a explicarle a un completo desconocido —y, para más inri, a uno que la sacaba de quicio— cómo sostenerla en el aire sin partirle nada.

—Vale —dijo, buscando un tono neutro—. Las presas básicas van así: tú te quedas estable, yo entro, apoyo el peso, tú me levantas con las manos… aquí. —Se señaló las caderas, justo por encima del hueso.

Liam siguió el gesto con la mirada, demasiado atento. Una sombra de sonrisa le curvó los labios.

—Aquí —repitió, como para asegurarse de haberlo entendido.

—Ni demasiado arriba ni demasiado abajo —añadió ella, marcando cada palabra—. Si vas demasiado abajo, me descompensas. Si vas demasiado arriba, me aplastas las costillas.

—No querría aplastarte nada —murmuró él.

Ava lo fulminó con la mirada.

—Concéntrate, por favor.

Jensen hizo un gesto impaciente.

—Enseñad algo —dijo—. No tienen que ver perfección; solo potencial.

Potencial. Otra forma de decir: aparentad que sabéis lo que estáis haciendo.

Ava inspiró hondo. Se colocó frente a Liam, a pocos centímetros. Podía ver la textura de su camiseta térmica, el punto exacto donde la tela se pegaba más al músculo del pecho. Alzó la vista. Los ojos ámbar la miraban sin filtro.

—Cuando diga tres —susurró—, yo salto. Tú levantas. ¿Vale?

—¿Y si te hago caer…? —preguntó él, inclinando apenas la cabeza hacia el oído de ella.

Su aliento le rozó la piel, cálido, en contraste con el frío del pabellón.

—No caerás —respondió, más como autohipnosis que como certeza.

—Si te hago caer —murmuró él, tan cerca que solo ella podía oírlo —, te arrastro conmigo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No era solo lo que había dicho, sino el tono: mitad broma, mitad promesa.

—No va a pasar —replicó Ava, apretando la mandíbula—. Si aquí hay alguien inestable, eres tú.

Él sonrió apenas, como si esa respuesta le gustara más de lo que admitiría.

—Uno —contó Ava, más para sí que para él. Colocó el peso sobre los patines—. Dos.

Los ojos de él no se movieron de su cara.

—Tres.

Saltó.

Su cuerpo se lanzó hacia delante, acostumbrado a esa dinámica. Solo que, esta vez, el compañero no era un patinador que sabía exactamente dónde colocar las manos.

Las manos de Liam llegaron con un retraso perceptible. Y no al punto preciso que ella le había indicado.

Demasiado abajo.

Sus dedos le agarraron las caderas por debajo de la línea de los huesos, casi en el borde superior de los glúteos. Las palmas calientes la sujetaron con una firmeza que le cortó el aire un instante, no tanto por la fuerza como por el sitio.

Debería haberse puesto rígida. Y se puso rígida. Pero no como pensaba.

Notó cómo se le contraía el abdomen, el cuerpo suspendido un segundo entre el salto y la elevación. Liam reaccionó por instinto: en vez de dejar que se le fuera hacia delante, empujó con los brazos y, usando la fuerza de las piernas, la subió.

Por un segundo, Ava sintió de verdad que volaba.

Su torso se pegó al pecho de él. El ritmo de la respiración de Liam encajó con la suya. Podía sentir, húmedo, el latido bajo la camiseta.

La presa era técnicamente incorrecta, pero, de forma absurda, estable. Sus manos —demasiado bajas— le anclaban la pelvis con una seguridad que no tenía nada que envidiar a los patinadores de parejas con los que había trabajado. La diferencia era que ellos habían entrenado años para saber tocarla así.

Él lo hacía por pura intuición.

—Aprieta las piernas —siseó él entre dientes al notar que su centro de gravedad se desplazaba un poco.

Ella obedeció, cerrando los muslos por reflejo. Se sintió aún más pegada; su cadera rozó la parte alta del abdomen de él. Su contacto se redujo a un único punto de equilibrio precario.

Desde las gradas, alguien habría visto solo una elevación algo tosca pero efectiva. Desde dentro, era otra historia.

La cara de Ava estaba a pocos centímetros de la de Liam. Podía contar cada gota de sudor en la línea de su pelo. Una le resbalaba lenta por el cuello, desapareciendo bajo el borde de la camiseta.

—No sueltes —murmuró él, sin apartar la mirada—. He sujetado cosas peores que metro sesenta de patinadora.

—Metro sesenta y medio —corrigió ella por instinto.

Él se rió por lo bajo. El movimiento de su pecho la golpeó, le descolocó la respiración un instante.

En las gradas, el murmullo creció.

—Interesante —comentó alguien.

—¿Lo veis? —la voz de la directora llegó nítida—. Fuerza y control. Eso es lo que queremos mostrar.

Interesante. Fuerza. Control.

Ava notó una gota de sudor deslizarse de la sien al cuello. No sabía si era suya o de él. El aire alrededor parecía haberse calentado pese a la temperatura del pabellón.

—Vale —Jensen dio una palmada—. Basta. Déjala, Carter, antes de que acabemos con una demanda por lesión.

Liam inhaló a fondo. Bajó los brazos despacio, dejando que el cuerpo de ella resbalara hacia abajo.

Las manos se le quedaron en las caderas un segundo de más; los pulgares aún rozaban la curva hacia los glúteos. El cuerpo de Ava descendió rozándolo, una línea de contacto que se desenrolló lentamente hasta que sus patines tocaron el hielo con un golpe amortiguado.

Un instante se quedaron así. Demasiado cerca. La respiración mezclada.

Ava sintió el impulso de apartarse, pero el cuerpo no respondía a la velocidad de la cabeza.

La mirada de Liam había cambiado. Ya no era solo divertida ni solo irritada. Había algo atento, casi curioso, como si estuviera

repasando aquel contacto al detalle.

Entonces se dio cuenta del silencio relativo a su alrededor. De las miradas. De todas.

Y fue esa conciencia la que activó el reflejo.

Se apartó casi con brusquedad. Dio un paso atrás y, de forma instintiva, se llevó las manos a la chaqueta para tirar de ella hacia delante, como si pudiera borrar la sensación de esos dedos en la piel.

—Tus manos estaban demasiado abajo —dijo, con la voz más seca de lo que quería.

—Y aun así no te has caído —replicó él, encogiéndose apenas de hombros.

—Eso ha sido por mí —cortó ella.

—Claro —asintió él, con una media sonrisa—. Repítetelo.

Jensen se acercó al borde, asintiendo.

—De eso va esto —dijo, dirigiéndose a los patrocinadores—. Él aporta potencia e instinto. Ella, control y técnica. Y en medio… está la historia.

La directora sonrió por primera vez.

—Imaginad una coreografía completa —dijo—. Luces, música, público. Una hora de espectáculo donde cada número juegue con esta tensión. Es un producto único.

A Ava la palabra «producto» le pinchó por dentro, pero no podía negar que, visto desde fuera, debía de ser impresionante. Desde dentro, sin embargo, era otro tipo de espectáculo.

—¿Han visto suficiente? —preguntó la directora a las gradas.

Los hombres con americana se cruzaron una mirada y luego asintieron.

—Diría que sí —dijo uno de ellos—. Es… prometedor. Podemos trabajarlo.

—Perfecto —concluyó ella—. Entonces seguimos hablando más tarde, en mi despacho.

Bajó del borde de la pista, seguida por el equipo.

Unos segundos después, las gradas empezaron a vaciarse, dejando solo el eco de comentarios en voz baja y pasos.

Ava se quedó en el centro del hielo, con las manos aún tensas a los lados. Notaba la piel, justo donde él la había agarrado, palpitando con una memoria reciente. No le gustaba. O, peor, le gustaba demasiado.

Liam se miró las manos, como si quisiera sacudirse la sensación.

—No está tan mal, princesa —dijo, rompiendo el silencio—. Podría acostumbrarme a lanzarte por los aires.

—No me llames princesa —replicó Ava, girándose hacia él.

—Como quieras —se encogió de hombros—. Reynolds, entonces.

Había algo en cómo pronunciaba su apellido que la irritaba. No era el respeto automático que la gente le tenía al oír «Reynolds». Era casi un desafío.

—No te creas que me gusta —soltó ella antes de que el filtro entre cerebro y boca pudiera intervenir. Se mordió la lengua al instante.

Él arqueó una ceja.

—¿El qué? —preguntó.

—Esto —hizo un gesto vago entre los dos—. El show. La… —no encontró una palabra neutra para lo que había pasado minutos antes —. Esta movida.

Liam la miró un momento y luego ladeó la cabeza.

—Tranquila —dijo—. A mí tampoco.

Y, sin embargo, la manera en que lo dijo no sonó del todo sincera. O quizá era su mente buscando sentido donde no lo había.

Jensen entró patinando en el hielo y rompió el silencio suspendido.

—Vale, tortolitos, se acabó el espectáculo por hoy —los llamó, con sarcasmo deliberado—. La directora ya tiene su demostración, los patrocinadores su escalofrío. Ahora toca trabajar de verdad.

—¿Torto… qué? —protestó Ava, casi tropezando con la palabra.

—Era una broma —respondió él—. No hagáis un drama. Id a cambiaros. Mañana a las siete aquí. Vamos a construir algo que no parezca un accidente con suerte.

Liam asintió y se giró hacia la salida.

Ava lo siguió a unos metros de distancia. Al abandonar el hielo, el patín de ella rozó el suyo: un contacto mínimo, suficiente para que

ambos se tambalearan.

Él alargó una mano y la sujetó del brazo, estabilizándola.

—Cuidado —dijo.

El toque fue breve, pero a través de la tela fina de la chaqueta Ava sintió la fuerza de sus dedos, la seguridad con la que la había mantenido en equilibrio. La misma presa que poco antes la había sostenido en el aire.

Se sacudió esa sensación como quien se quita nieve de los hombros.

—No necesito tu ayuda —dijo, apartando el brazo.

Él la soltó al instante.

—Vale —respondió, sin tono.

Pero mientras la veía alejarse por el pasillo hacia los vestuarios, Ava tuvo la impresión de que, bajo esa voz aparentemente indiferente, había un hilo de algo que aún no sabía nombrar.

Fastidio. Curiosidad. O —y no quería ni considerarlo— ese mismo placer leve e irritante que había sentido ella cuando las manos de él le habían agarrado las caderas en el sitio equivocado.

Ese día, el hielo de Frostvale no era lo único resbaladizo.

CAPÍTULO 4

El hielo aquella tarde parecía más duro de lo normal.

Ava lo supo en cuanto dio el primer paso fuera del borde: las cuchillas arañaron la superficie con un sonido más seco, como si el propio pabellón estuviera de mal humor.

Perfecto, pensó. Al menos ya somos dos.

El palacio de hielo estaba medio vacío. Sin patrocinadores, sin público curioso; solo algunas luces encendidas y Jensen apoyado en la barandilla con un silbato en la boca y una carpeta bajo el brazo. El entrenador de hockey, unos metros más allá, permanecía con los brazos cruzados y la mirada desconfiada clavada en su capitán.

—Vale, Romeo y Julieta —los llamó Jensen sin previo aviso al verlos entrar—. Hoy pasamos de «accidente con suerte» a algo que no parezca un vídeo de caídas en el hielo.

—Estupendo —murmuró Ava, subiendo la cremallera de la chaqueta—. No me apetece manchar mi dignidad en YouTube.

—Llegas tarde —soltó Liam, tirando del cordón del patín de un tirón—. Estoy seguro de que alguien ya ha hecho memes con la escena de ayer.

Había llegado con cinco minutos de retraso, casco en mano y aún medio equipado. Llevaba las hombreras ligeras, nada de protecciones pesadas, pero lo suficiente para que pareciera más grande, más presente. La camiseta térmica negra se le pegaba al pecho, marcando esa fuerza que Ava, muy a su pesar, ya había comprobado en primera persona.

—Empezamos por lo básico —dijo Jensen, cortándoles el pique—. Antes de que la directora decida que todo esto ha sido un error.

Silbó una vez, señalando el centro de la pista.

Ava empujó con las cuchillas y llegó primero, como si fuera una carrera. La única que podía ganar sin esfuerzo: la del control.

Liam la alcanzó con zancadas menos elegantes, pero rápidas. Su patinaje de hockey parecía más una embestida que un movimiento; las cuchillas mordían el hielo con rabia.

—Primera cosa —empezó Jensen—. Tenéis que aprender a moveros juntos. Nada de presas, nada de saltos. Solo… caminar.

—Caminar —repitió Liam, escéptico—. Llevo dos piernas y dos cuchillas toda la vida. Me apaño.

—Tú solo, sí —replicó el entrenador—. Pero aquí el problema es el accesorio. —Inclinó la cabeza hacia Ava—. Y te aseguro que, si tropiezas con el accesorio, no se lo va a tomar bien.

—No soy un accesorio —intervino ella, helada.

—Figura retórica, Reynolds —la despachó Jensen—. Digámoslo así: si arrastras a tu compañera como arrastras un puck, acabamos todos muertos.

Liam se limitó a bufar.

—Vale —dijo Jensen—. Cara a cara. A una distancia de un brazo.

Ava y Liam se colocaron frente a frente. Ella estiró un brazo; él hizo lo mismo. Las yemas de los dedos se rozaron apenas, manos suspendidas entre ambos.

—Ahora —continuó Jensen— avanzáis juntos. Tres pasos, stop, tres pasos atrás.

—¿Estamos haciendo el baile de fin de curso de primaria? —siseó Liam, bajando solo un poco la voz.

—Estás haciendo lo que necesitas para no parecer un oso borracho a su lado —replicó Jensen—. Vamos.

Ava dio el primer paso hacia delante. Empuje controlado, ligero. Liam la imitó, pero con más ímpetu. La distancia entre ellos se acortó medio palmo.

Segundo paso. Las cuchillas se movieron casi al unísono.

Tercer paso. Ahí algo se rompió.

Liam empujó demasiado. Estaba acostumbrado a usar el cuerpo para ganar espacio, no para dosificarlo. En un parpadeo, se encontró demasiado cerca de Ava.

Las cuchillas se cruzaron.

Ava notó su patín chocar con el de él, una vibración que le subió hasta la rodilla.

—Espe… —intentó.

El hielo se le fue.

Fue como pisar una pastilla de jabón. El pie perdió agarre, el cuerpo se inclinó hacia atrás. Vio el techo trepar por su campo de visión.

Antes de completar la caída, una mano le agarró el antebrazo con fuerza.

—Te tengo —gruñó Liam, apretando.

Su impulso fue demasiado. Al intentar que ella no se fuera al suelo, Liam se desequilibró hacia delante. Quedó con el torso doblado, las rodillas flexionadas, y ella prácticamente encajada contra él.

Durante un segundo, sus cuerpos quedaron atrapados en una postura ridícula: Ava a medio camino entre caer y sostenerse, Liam usando su propio peso de contrapeso. El rostro de ella quedó a pocos centímetros de su pecho.

—¿Intentas tirarme o salvarme? —preguntó Ava, buscando el equilibrio.

—Un poco de cada —jadeó él—. Quietecita.

—Estoy quie… —empezó, y el patín volvió a escurrírsele.

Esta vez fue inevitable. Cayeron los dos, descoordinados: ella logró girar el torso; él se apartó de lado. Las cuchillas arañaron el hielo y levantaron una estela de escarcha.

Aterrizaron en un nudo de piernas y brazos. Ava sintió la cadera de Liam contra la suya; algo duro —la rodilla, quiso creer— le golpeó el muslo.

Un silbido de Jensen los devolvió a la realidad.

—Eso —comentó el entrenador—. Ejemplo perfecto de lo que NO hay que hacer.

—Buen comienzo —murmuró Ava mientras intentaba desenredarse.

Liam soltó una risa breve, casi incrédula, como si no supiera elegir entre la desesperación y la ironía.

—Arriba —ordenó Jensen—. Y esta vez, Carter, acuérdate de que no estás en una melé.

Se pusieron de pie con una dignidad algo maltrecha. Ava se sacudió el hielo de los guantes. Le ardía una rodilla, pero no lo suficiente como para preocuparse.

—Otra vez —dijo Jensen, implacable.

Esta vez Ava decidió tomar ella el mando. Se colocó frente a Liam y alzó una mano.

—Dame la tuya —dijo.

—No estamos bailando un vals —protestó él.

—No —replicó ella—. Estoy intentando no romperme nada mientras tú juegas a ser una excavadora.

Le agarró la muñeca y la llevó a la altura correcta, guiando su mano a una distancia que le permitía moverse sin colisionar.

—Sigue mi ritmo —dijo—. Tú estás acostumbrado a perseguir un disco. Ahora es al revés.

—Ah —hizo él, una sonrisa que asomó y se borró al instante—. O sea, que tú eres el disco.

—Ni se te ocurra.

Volvieron a moverse. Uno, dos, tres pasos. El esfuerzo por no pisarse resultaba casi cómico.

—Miraros a vosotros, no miréis los patines —les llamó Jensen.

Ava levantó la vista. Los ojos de Liam estaban fijos en ella, concentrados. No había burla en ese momento. Había la expresión de alguien que, de verdad, estaba intentando aprender.

—Al menos en el hielo blanco no hay líneas —dijo él en voz baja —. Las del hockey siempre me joden.

—No es culpa de las líneas —replicó ella—. Es que te mueves como si el hielo fuera tuyo.

—¿No lo es?

—Aquí, no.

Se detuvieron tras unas cuantas repeticiones. Ava respiraba más deprisa, pero no por el esfuerzo; era la tensión, esa anticipación constante de un contacto.

—Ya está de marcha militar —dictaminó Jensen—. Pasamos a lo divertido. Presas.

—Genial —suspiró Liam.

—La de ayer fue una versión… —el entrenador buscó la palabra— proto-primitiva, digamos. Hoy probamos con técnica.

Miró a Ava.

—Enséñale una presa básica correcta —dijo—. La que usaríamos al principio de la coreografía.

Ava asintió. Notó cómo esa parte del cerebro entrenada durante años tomaba el control.

—Vale —le dijo a Liam—. Tú quieto. Piernas un poco separadas, rodillas blandas. Las manos van aquí. —Le guio los brazos y colocó sus manos en sus caderas, en el punto justo—. Ni un milímetro más abajo.

Sintió el calor de sus palmas filtrándose a través de la tela del maillot. Intentó ignorarlo.

—Yo entro por aquí —continuó, trazando un pequeño círculo con las cuchillas—. Apoyo el peso. Tú levantas. Yo cierro la posición. ¿Claro?

Liam asintió, aparentemente serio. Pero sus pulgares se movieron apenas: un amago de presión hacia abajo, como si estuviera comprobando el sitio.

—Para —siseó ella—. No es un teclado.

—Solo estoy… tomando medidas.

—Las medidas son cosa de los entrenadores —los cortó Jensen, seco—. No del capitán de hockey.

Liam bufó, pero aflojó el juego de los pulgares.

—¿Lista? —preguntó.

—Siempre —mintió Ava.

Se lanzó. El movimiento le era tan familiar que, por un instante, se olvidó de que su compañero no era el de siempre.

Liam la levantó a tiempo.

Esta vez las manos estaban casi en el lugar correcto. Casi. Un pelín más abajo, lo justo para que ella notara la curva de su propio cuerpo bajo ese agarre.

Quedó en el aire, el torso inclinado, una pierna estirada, la otra sosteniendo. Sentía su estabilidad, las piernas firmes, la base segura. Lo sorprendente era tener que confiar en alguien que, pocos días antes, la había arrollado casi desnudo en un pasillo.

—Mejor —comentó Jensen—. Otra.

Bajaron, repitieron. Cada vez el movimiento resultaba un poco más fluido, pero el error de altura seguía ahí. Al principio Ava intentó corregirlo con microajustes. Luego, al quinto intento, pasó.

Uno de los patines de Liam pilló una pequeña astilla en el hielo. Nada grave en un partido: un microtropiezo, recuperación. Pero allí, levantando a alguien, era otro cuento.

Su equilibrio se fue un poco. No lo bastante para caer, sí lo bastante para colocarlo al límite.

—Liam… —empezó Ava.

Él, para reaccionar, echó el peso atrás. Y, inevitablemente, las manos se le deslizaron más abajo. Mucho más abajo. Los dedos pasaron del borde de las caderas a la curva completa de los glúteos y apretaron para no perderla.

El cuerpo de ella siguió esa trayectoria. En vez de quedarse en el aire con la postura clásica, se encontró casi a horcajadas. El centro de gravedad bajó, los muslos se abrieron por reflejo para adaptarse a una base que cambiaba.

Acabó prácticamente sentada sobre su muslo.

Durante un segundo larguísimo, todo se detuvo.

Ava sintió el contacto directo entre la cara interna de sus cuádriceps y la parte alta de la pierna de él. La única barrera era la tela del maillot y la ropa de hockey, pero la presión era inconfundible. La aspereza del material contra la zona más sensible de sus muslos la tensó al instante.

Se le abrieron los ojos. Se le fue el aire.

Las manos de Liam seguían ahí, firmes en sus caderas, medio palmo por debajo de la línea que ella consideraba «neutral». No parecía dispuesto a soltarla… porque soltarla era dejarla caer.

Él la miró, intentando decidir si iba a gritarle o a desmayarse. Y, en lugar de disculparse, eligió el camino que conocía mejor: la broma.

—Si querías acercarte —susurró, con una media sonrisa en la comisura—, bastaba con pedirlo.

Ava lo miró fijamente. Durante un instante ni siquiera procesó las palabras. Solo oía el corazón golpeándole en las orejas, el calor

subiéndole a las mejillas. Luego el sentido le llegó y, con él, un bofetón de dignidad.

—Yo no… —se recompuso, intentando recolocar el peso sin caerse —. No quería…

—Lo sé —murmuró él, y por primera vez la sonrisa le pareció menos segura, más nerviosa—. No eres mi forma favorita de suicidio.

—Bájala, Carter, antes de que os quedéis encajados para siempre —gritó Jensen desde la barandilla, en un tono que pretendía ocultar lo cerca que había estado de intervenir.

Liam respiró hondo. Enderezó las piernas con un esfuerzo visible, reordenando el peso. Despacio, recolocó el agarre, subiendo las manos a la zona «permitida». Ava sintió sus dedos deslizarse sobre la tela, dibujándole un instante la curva de las caderas.

Cuando por fin sus patines volvieron a tocar el hielo, le temblaban las piernas.

—Perdona —dijo entre dientes.

No sabía si lo decía por la broma, por la postura en la que había acabado o por el hecho de que, durante un ridículo microinstante, no había sido solo incomodidad lo que había sentido.

—Tranquila —respondió él—. Mi muslo se recuperará.

Jensen se pasó una mano por la cara.

—Vale —dijo—. Cinco minutos antes de que el seguro nos cierre la pista.

Se alejó hacia el banquillo, dejándolos en el centro del hielo. El entrenador de hockey, en la barandilla opuesta, los miraba con una expresión entre fascinado y aterrorizado.

—Este show va a acabar mal —se le oyó murmurar—. O de puta madre.

Ava ignoró el comentario. Se apartó unos metros de Liam, intentando restaurar la distancia.

El problema era que, ahora, la distancia no era solo física.

Los cinco minutos de pausa se convirtieron en diez de silencios a tirones. Ava dio vueltas sola, probando secuencias en vacío para descargar la tensión. Aún sentía el muslo de Liam bajo ella, y lo

odiaba. Odiaba que su cuerpo hubiera reaccionado antes de que la mente pudiera decir «alto».

Liam, al otro lado, decidió improvisar ejercicios de patinaje más técnicos. Intentó hacer esas «cajas» que había visto a los power skaters: cruce, frenada, salida. Le salía bastante decente, pero a veces una cuchilla rozaba una grieta escondida y él insultaba al hielo en voz baja.

—Vale —llamó Jensen cuando pareció que nadie iba a matar al otro—. Seguimos. Esta vez, nada de presas de rodeo. Trabajamos solo la entrada y la salida.

—Maravilloso —soltó Liam—. La parte del medio es donde casi muero, así que me consuela.

—¿Hay alguna manera de hacer esto sin que comentes cada tres segundos? —preguntó Ava, harta.

—¿Y hay alguna manera de hacerlo sin que tú finjas que no tienes sentido del humor? —replicó él.

—Igual no encima de mi cuerpo.

Se quedaron mirándose dos segundos demasiado largos. Luego, como si alguien hubiera cortado un hilo, a ambos se les escapó una media sonrisa. No bonita. No tierna. Una sonrisa de rendición.

—Vale —murmuró él—. Tregua temporal.

—Solo para no morir —puntualizó ella.

—Solo para eso.

Volver a empezar después de ese pacto tácito fue, extrañamente, más fácil. Sus movimientos seguían siendo torpes, pero la tensión había pasado de explosiva a… eléctrica. Seguía ahí, pero ya no a punto de estallar en pelea.

Probaron un persigue-y-evita: Ava avanzaba con un tres y él la seguía intentando mantener la misma distancia. De vez en cuando, sin embargo, olvidaba que ella trazaba una trayectoria más amplia y se acercaba demasiado.

En una de esas, ella cambió de dirección de golpe. Él la imitó para no quedarse atrás. No estaba acostumbrado a ese tipo de giros: trasladó el peso demasiado rápido.

Su patín perdió agarre por un milímetro. Bastó.

Resbaló hacia delante; el torso se le fue por delante de las piernas. Para no llevársela por delante, estiró una mano y le agarró la muñeca, arrastrándola sin querer.

—¡Liam! —exclamó Ava.

El mundo volvió a darse la vuelta.

Esta vez no hubo recuperación posible. Sus cuerpos se encajaron en algo que se parecía más a un abrazo fallido que a una presa. Las cuchillas se cruzaron. Las rodillas cedieron.

Cayeron.

Primero él, luego ella encima.

El hielo los recibió con un golpe sordo. El hombro de Liam chocó primero, pero giró lo justo para evitar que la cabeza golpeara la superficie dura. Ava, en cambio, cayó directa sobre él.

Sintió su pecho bajo el suyo como un colchón vivo. El olor a sudor frío y jabón mezclados le llenó los pulmones. Las manos se le deslizaron a los lados de su torso buscando apoyo. Las rodillas de él quedaron junto a sus caderas, casi cerrándola.

Sus narices se rozaron. El aliento de él le llegó directo a los labios.

—Per… —empezaron los dos a la vez.

Se quedaron quietos.

Un segundo. Dos bocas a milímetros. La misma palabra atrapada en el aire.

Se miraron.

No fue una mirada larga. No un momento de película. Fue un destello. Lo justo para ver en sus ojos la misma mezcla de shock, vergüenza y algo más que ninguno quería admitir.

Y entonces pasó algo que ninguno esperaba.

Rieron.

Ni siquiera sabían quién empezó. Tal vez un sonido absurdo que se le escapó a él, tal vez un bufido incrédulo de ella. Pero, de repente, la tensión que los había tenido rígidos durante dos días se rompió.

Ava apoyó la frente en el hombro de Liam y se rió de verdad. Una risa auténtica, completa, que le dolió en los abdominales. Él sintió cómo temblaba sobre su pecho y estalló en carcajadas también, con la cabeza apoyada en el hielo.

—Somos… —jadeó ella, intentando recuperar el aire— ridículos.

—Habla por ti —replicó él, sin aliento—. Yo me he caído de una manera muy viril.

—Acabo de oírte gemir —dijo ella, conteniendo otra risa.

—Era mi orgullo rompiéndose —explicó.

Desde la barandilla, Jensen los miraba con resignación. Cruzó una mirada con el entrenador de hockey.

—Al menos no se están gritando —comentó este.

—No —suspiró Jensen—. Solo se están cayendo encima. Progreso.

En el hielo, Ava intentó por fin levantarse. Apoyó una mano en el suelo, la otra en el pecho de Liam, y empujó. Pero las cuchillas resbalaron sobre una capa fina de escarcha.

—Espera… —empezó él, pero ya era tarde.

El pie perdió agarre. La rodilla se le fue hacia un lado, el cuerpo se le escapó. Estuvo a punto de caer hacia atrás, pero Liam reaccionó por instinto.

Le agarró el muslo.

De lado. Por dentro.

Los dedos se cerraron sobre la tela del maillot, en la cara interna del muslo, mucho más allá de lo neutro. Un gesto de puro reflejo: frenar, estabilizar, sujetarla para que no se estampase contra el hielo.

Lo consiguió. La detuvo a media caída. Pero el precio fue un contacto tan directo, tan repentino, que los dos se quedaron petrificados.

Ava sintió el roce como una descarga. Ese punto exacto —donde su mano apretaba— era una frontera que ningún compañero de patinaje cruzaba «sin querer». Se le tensaron las piernas. Se le cortó la respiración.

Liam, debajo, tenía los dedos abiertos, los pulpejos presionando contra la tela gruesa. Tardó un segundo en darse cuenta de DÓNDE había puesto la mano.

—Yo… —balbuceó, con la risa desaparecida como si nunca hubiera existido.

El eco de sus carcajadas se apagó de golpe, dejando solo el zumbido lejano del compresor del pabellón.

Ava notó cómo el calor le subía en una ola violenta del cuello a las orejas. Abrió los ojos, clavándolos en un punto cualquiera por encima de su hombro: en cualquier sitio menos en su cara.

Liam retiró la mano como si se hubiera quemado. Demasiado rápido.

Ella volvió a perder el equilibrio. Logró apoyar las dos manos en el hielo a tiempo, pero aun así quedó encima de él, en una postura que no tenía nada que envidiarle a ciertas escenas de películas que, desde luego, no entraban en la categoría «deportivas».

—Perdón —dijo por fin, con una voz que él no le había oído aún. Baja. Rasposa.

—Perdón —dijo él a la vez.

Volvieron a quedarse enganchados en la misma palabra. Solo que si antes había risa, ahora había otra cosa.

Vergüenza, sí. Pero también una conciencia súbita: habían cruzado una línea sin saber siquiera que la habían trazado.

Ava se apartó con una determinación nueva, casi rabiosa. Logró ponerse de rodillas y luego en pie sin mirarlo a la cara.

—Se acabó por hoy —dictaminó Jensen antes de que nadie dijera nada más. Su tono no admitía discusión—. A los vestuarios. Mañana seguimos.

—Pero… —intentó protestar el entrenador de hockey.

—Mañana —cortó Jensen.

Liam se levantó más despacio, una mano en la espalda. El hielo le había dejado un escozor sordo. Pero no era eso lo que molestaba.

Cuando se recompuso lo suficiente para buscar la mirada de Ava, vio que ella ya iba hacia la salida, los hombros rígidos, la coleta balanceándose.

Ella ni siquiera lo miró.

El vestuario de patinaje estaba más silencioso de lo habitual.

Ava cerró la taquilla con un golpe demasiado fuerte. El ruido rebotó entre los azulejos blancos.

Se dejó caer en el banco, aún con el maillot puesto, los patines abandonados en el suelo con las cuchillas cubiertas. Apoyó los codos

en las rodillas y hundió la cara entre las manos.

Y su cerebro, muy amable, decidió reproducir la escena en bucle con lujo de detalles.

Las manos de él en sus caderas. Demasiado abajo. La forma en que la había levantado como si no pesara nada. Su muslo bajo ella, ese contacto lleno que le había hecho vibrar cada músculo. Y luego ese agarre en la cara interna del muslo: repentino, desnudo.

Se odió por el escalofrío que había sentido. Un escalofrío nítido, inconfundible, justo donde no debería haber sentido nada que no fuera fastidio.

—Ha sido un reflejo —murmuró para sí—. Solo un reflejo.

Reflejo o no, al cuerpo le daba bastante igual.

Se rozó la piel por dentro de la rodilla a través de la tela, como si pudiera borrar la huella fantasma de sus dedos. Pero cuanto más intentaba no pensarlo, más volvía.

Y lo peor no era el contacto en sí. Lo peor era que, en vez de aplastarla contra el hielo o dejarla resbalar, él la había frenado. Estabilizado. Protegido, en cierto modo.

Como si su primera reacción hubiera sido: «que no se haga daño».

—No te gusta —se repitió—. No te gusta.

Mentira a medias. No le gustaba la sensación de perder el control. No le gustaba que alguien pudiera tocarla ahí sin que ella hubiera previsto el gesto.

Lo que más la irritaba era que, durante un instante minúsculo, su cuerpo había decidido ignorarlo todo y reaccionar, punto.

Se quitó el maillot con movimientos bruscos y se puso una camiseta ancha de Frostvale. El aire frío le rozó la piel, todavía algo enrojecida.

Frente al espejo, se obligó a mirarse. Nada raro. Solo Ava: la cara un poco más tensa de lo habitual, los ojos brillantes no de llorar, sino de adrenalina.

—Es trabajo —le dijo a su reflejo—. Solo trabajo.

No era del todo cierto y lo sabía. Si fuera solo trabajo, no se sentiría así. Pero tenía que creérselo lo suficiente como para que esa tensión no se la comiera viva.

Cogió la bolsa y salió, decidida a no cruzarse con nadie.

En el pasillo oyó las voces amortiguadas del vestuario de hockey. Una carcajada enorme, alguien imitando el golpe contra el hielo, una frase que no llegó a entender. Aceleró el paso, con el corazón golpeando más fuerte.

No pensaba escucharlo bromear sobre la escena. Aún no.

***

En el mundo opuesto de las duchas de los hockeyistas, el vapor servía de filtro entre los cuerpos y los pensamientos.

Liam dejó que el agua le corriera por la cabeza, ojos cerrados, las manos apoyadas en los azulejos. El chorro caliente le golpeaba los hombros y solo conseguía aflojar un poco la tensión.

A pesar de las risas de sus compañeros detrás, lo único que seguía viendo era una escena.

Ella encima de él.

Ava Reynolds, la princesa del hielo, con el maillot negro y la chaqueta abierta, encajada contra su pecho. Su peso repartido sobre él, la cara a pocos centímetros. Esos ojos que solían ser cuchillas frías y, de repente, estaban sorprendidos, vivos.

Y luego su muslo.

—¡Eh, Carter! —una voz lo sacó a la superficie—. ¡Buena maniobra, esa presa «a lo rodeo»!

Risas.

—Sí —añadió otro—. Si la directora quería un número para adultos, yo diría que vamos por buen camino.

Liam abrió los ojos, dejando que el agua le lavara el rubor de las mejillas. O al menos lo intentara.

—Ha sido un accidente —murmuró, frotándose la cara.

—Claro, claro —contestó alguien—. Y yo vengo a la pista solo a estudiar la física del hielo.

Más risas.

El entrenador, que cruzaba el pasillo con una toalla sobre los hombros, se detuvo un segundo.

—Ya está bien de tonterías —los reprendió—. Carter, mañana quiero menos «acrobacias creativas» y más control. Y vosotros —señaló al grupo— fuera de aquí en cinco minutos. No quiero que desperdiciéis agua.

Se alejó refunfuñando algo sobre «gastos de mantenimiento» y «facturas».

Cuando el ruido de los compañeros se desplazó unos metros, Liam se permitió por fin un instante de silencio real. Cerró el grifo y se quedó con el agua escurriéndole aún por el cuerpo.

Se pasó una mano por la cara, echándose el pelo mojado hacia atrás.

No quería admitirlo —ni siquiera a sí mismo—, pero la sensación de la piel de ella tan cerca de la suya… seguía ahí. A pesar de la tela. A pesar del hielo. A pesar de todo.

Y aquel toque en la cara interna del muslo.

No había sido intencionado. Ni de lejos. Lo último que necesitaba era una acusación: haberla tocado donde no debía. Y, sin embargo, su cabeza había grabado el detalle con una claridad desesperante: la resistencia del músculo, la reacción inmediata de ella, la forma en que se había tensado.

Y la culpa que lo mordió justo después.

—Enhorabuena, Carter —se dijo en voz baja—. Dos días de proyecto y ya estás a un paso de que te echen.

Apretó la mandíbula, molesto.

Sobre todo consigo mismo. Porque era lo bastante honesto como para admitir que, bajo la vergüenza, había habido también un segundo de atracción pura. De esa que no pide permiso a las neuronas.

Había sido un instante. Pero suficiente para complicarse la vida.

Apagó del todo el agua, agarró la toalla y se la pasó por los hombros. Intentó centrarse en cosas más simples: el dolor sordo en el costado, la espalda que esa noche tendría un moratón, el discurso del coach sobre su suspensión.

Y la voz de la directora rebotándole todavía en la cabeza: «cambiar el relato».

Difícil cambiar el relato cuando lo último que tenía tatuado en la memoria era una patinadora riéndose encima de él sobre el hielo.

Se secó, se puso el pantalón del chándal, la camiseta del equipo. Al cerrar la taquilla, su mirada cayó en la puerta.

Durante un segundo tuvo el impulso de cruzar el pasillo, llamar al vestuario de patinaje y decir algo inteligente. Una disculpa menos torpe. Un «no era mi intención» que sonara real y no patético.

No se movió.

Cerró la taquilla con dos golpes secos, se subió la capucha y caminó hacia la salida.

El hielo de Frostvale los estaba poniendo a prueba de maneras que ninguno había previsto.

Y solo era la primera semana.

CAPÍTULO 5

La noticia llegó colándose entre una tabla de saltos y un silbido de Jensen.

—Y recordad —estaba diciendo, señalando con la punta del bolígrafo una secuencia en su carpeta—: nada de presas complejas hasta que dejéis de parecer dos ciervos con patines. Ah, casi se me olvida…

Se giró hacia la barandilla, donde la directora hablaba con un asistente. Ella lo miró y asintió, apenas un gesto.

—Esta tarde tenemos visita —anunció Jensen, alzando la voz—. Patrocinador nuevo. De los grandes.

Ava, que estaba ajustando los protectores de las cuchillas, alzó la cabeza lo justo.

—¿Nos afecta? —preguntó.

—Nos va a afectar —intervino la directora, acercándose—. Está interesado en el show combinado. Quiere ver de cerca lo que estamos construyendo. Tendréis una breve sesión de demostración y luego una reunión en la sala de patrocinadores.

—Genial —murmuró Liam, apretándose los cordones del patín—. Otra degustación gratis.

La directora lo ignoró.

—Se trata de Ethan Ward —añadió—. Quizá te suene el nombre, Ava.

El mundo dio un traspié.

Ava consiguió mantener la mano quieta por pura costumbre. El nombre rebotó contra ella y se quedó ahí, como un eco dentro de una habitación cerrada.

Ethan Ward.

La garganta se le secó al instante. Una imagen le cruzó la mente, rápida: una sonrisa perfecta en una alfombra roja, una mano firme

en su espalda, un micrófono apuntándolos. «La pareja dorada del hielo contemporáneo», había titulado alguien, años atrás.

—Sí —dijo, con esfuerzo—. Me suena.

La directora la observó un segundo más de la cuenta.

—Está interesado en patrocinar el evento —explicó—. Su empresa está entrando en el sector de los espectáculos deportivos. Ha venido a Frostvale para ver si estamos a la altura de su… marca.

La palabra le hizo hervir algo en el estómago.

Marca.

—Así que, ojos abiertos —concluyó—. Y espalda recta. Nos representáis.

Se alejó con paso decidido, ya metida en otros asuntos.

Liam se había quedado a medio gesto, con el casco aún en la mano.

—¿Quién es? —preguntó, sin demasiada curiosidad—. ¿Tengo que saberlo?

Jensen se encogió de hombros.

—Empresario —dijo—. Pasta, start-ups deportivas, cosas de streaming, plataformas de eventos. Está en todas partes. Cara de portada con cartera a juego.

—Y bastante influencia sobre los patrocinadores de nuestros atletas —añadió el entrenador de hockey desde su rincón—. Si le gusta el show, nos salvamos un año. Si no… —hizo un gesto vago, cortando el aire.

—No hace falta hacer reverencias —intervino Jensen, dando un golpecito con el bolígrafo sobre el hielo—. Hace falta que no parezcáis dos personas que aprendieron a patinar ayer.

Liam se giró hacia Ava.

—Se te ve contenta —dijo, sin un ápice de ironía amable. El tono era neutro, pero la mirada no.

Ava se dio cuenta en ese momento de lo rígida que se había puesto. Los hombros encogidos, las manos apretadas alrededor de los patines. La cara controlada.

—Estoy sorprendida —respondió, tirando recto.

—¿Sorpresa de "oh, qué bien" o sorpresa de "vuelve a meter el cadáver en el armario"? —insistió él.

—No es asunto tuyo —cortó ella.

Jensen silbó.

—Bien —dijo—. Ahora que le hemos añadido un poco de adrenalina al día, volvemos a los básicos. En posición, vosotros dos.

Entrenar sabiendo que Ethan iba a aparecer era como patinar sobre un lago con la certeza de que, en algún punto, el hielo era más fino.

Ava intentó concentrarse en las indicaciones. Un giro, un cambio de peso, la entrada a la presa. Pero cada vez que su cuerpo se elevaba, un fogonazo le mostraba otra escena: otras manos en sus caderas, otra voz en el oído.

—Respira —la llamó Jensen tras otra secuencia hecha conteniendo el aire—. No te estás ahogando.

No estaba tan segura.

Liam, por su parte, iba a trompicones por motivos distintos. Ese nombre, Ethan Ward, le volvía una y otra vez, intentando encajarlo con algo. No era precisamente un experto en cotilleos deportivos, pero por cómo se había electrizado el ambiente entendía que no era un don Nadie.

Lo entendía aún mejor mirando a Ava.

Cada vez que Jensen mencionaba el show o la sala de patrocinadores, los hombros de ella se tensaban un milímetro más. Y eso ya era decir, con esa postura naturalmente perfecta que tenía.

—¡Carter! —lo llamó el entrenador de hockey cuando él falló el timing de una presa—. Vuelve con nosotros.

—Estoy con vosotros —gruñó él, recolocando las manos en las caderas de Ava. Esta vez, demasiado arriba.

—Y si puede ser, también tu cabeza —comentó Jensen.

Ava le lanzó una mirada de lado, rápida. Había irritación, sí, pero también algo que Liam no supo leer al instante. ¿Miedo? No. No en ella. Tal vez solo… esfuerzo.

—Una más —dijo Jensen—. Y ya está hasta después de la visita. No os quiero hechos polvo.

Repitieron la secuencia; esta vez sin caerse. Sin resbalar en presas mal hechas. Sin muslos donde no tocaba.

Y aun así, cuando Ava aterrizó y se separó del contacto, tuvo la sensación clara de salir de una burbuja para meterse en otra, mucho más traicionera.

***

La llegada de Ethan no necesitó presentación oficial. Se presentó solo.

La sala junto a la pista, que normalmente era territorio de staff y algún que otro atleta, esa mañana se había transformado en un visto y no visto. Mesas altas con manteles blancos, un par de roll-ups con el logo de la academia, un bufé con café, zumos y galletas. En las sillas, chaquetas de corte moderno. Un murmullo distinto: más bajo, más impostado.

Ava se había cambiado a la versión "presentable" de su ropa de entreno: maillot limpio, chaqueta subida hasta el esternón, leggings sin un grano de hielo. El pelo recogido mejor, un par de mechones sueltos para no parecer un soldado.

Liam, en cambio, había mantenido los patines de hockey y una camiseta de Frostvale no demasiado gastada. Pelo aún húmedo, sin casco. Se había negado a «disfrazarse de maniquí», como le dijo al coach. Jensen puso los ojos en blanco, pero no insistió.

Cuando el ascensor se abrió hacia el pabellón, alguien junto a la barandilla lo vio.

—Es él —susurró una de las asistentes.

Ava levantó la vista.

Ethan Ward no entró. Apareció. Había diferencia.

Alto; americana azul marino sobre camisa blanca sin corbata; abrigo abierto. La sonrisa ya preparada, pero todavía sin encender del todo. Pelo castaño peinado con una despreocupación calculada; barba de dos días milimetrada. En la muñeca, un reloj que valía lo mismo que un año de matrícula en la academia.

Caminaba como si todos los lugares le pertenecieran hasta que se demostrara lo contrario.

Sus ojos claros recorrieron la pista, las gradas, los logos, registrándolo todo en medio segundo. Luego se detuvieron.

En ella.

Durante un instante, la distancia dejó de existir. Ava sintió el recuerdo de otra sala, otro pabellón, la misma mirada sobre ella antes de una competición importante. «No falles, cariño», le había dicho entonces, sonriendo. «No la líes».

—Ava —dijo ahora, con esa misma voz suave que recordaba demasiado bien.

Avanzó con calma hacia el borde de la pista, dejando que la directora siguiera el protocolo.

—Señor Ward —lo recibió la mujer, tendiéndole la mano—. Bienvenido a Frostvale Academy. Es un placer tenerlo aquí.

—El placer es mío —respondió él, estrechándosela—. Vuestro equipo me ha hablado mucho de este lugar. Quería verlo con mis propios ojos.

Mientras cruzaban frases de cortesía, Ava intentó recordar cómo se movían las piernas. Tenía dos opciones: quedarse ahí, clavada como un poste, o acercarse y cerrar ese círculo que ya se estaba dibujando.

Eligió la segunda. Más por instinto que por decisión.

Se acercó, las cuchillas repiqueteando suave sobre el hielo cerca del borde.

Ethan la vio llegar y, entonces sí, encendió la sonrisa.

—Ahí está —dijo—. Nuestra estrella.

Las palabras le recorrieron la espalda con un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

La directora se apartó un paso, casi como si lo hubiera previsto.

—Creo que no hace falta presentación —dijo, con una media sonrisa tensa—. Pero, por formalidad: Ethan, esta es Ava Reynolds. Ava, Ethan Ward.

Como si no hubieran compartido años de vida. Como si fuera su primer apretón de manos.

Ethan no le tendió la mano.

La abrazó.

No hubo espacio para un gesto intermedio. Salvó la barandilla con un paso decidido, abrió los brazos y la atrajo hacia él, ignorando por completo la rigidez inicial del cuerpo de Ava.

El abrazo fue seguro, firme. Su pecho la envolvió; la americana rozó su chaqueta. Ese perfume que conocía demasiado bien —cítricos, madera, algo caro— le llenó la nariz. Sus manos se deslizaron por su espalda y encontraron sin dudar el punto exacto, entre los omóplatos, donde la piel era más sensible.

Apoyó los dedos allí con una presión calculada. No fuerte. Precisa.

El escalofrío le estalló en ese punto y bajó por la columna.

Desde fuera parecía un abrazo afectuoso, cálido. Dos personas que se habían conocido en otro lugar y se reencontraban ahora en un contexto profesional.

Por dentro, para Ava, era una correa emocional apretándosele alrededor del cuello.

—Ha pasado demasiado tiempo —murmuró él junto a su oído. Su voz le rozó la piel con entonación de cumplido—. ¿Te han hecho adelgazar aquí? Estás aún más ligera.

La frase le cayó encima como un comentario cualquiera, pero golpeó justo donde tenía que golpear. El cuerpo registró antes que la mente: recuerdos de pesajes semanales, de tablas con números, de él controlando con naturalidad lo que debería haber sido territorio suyo.

Ava se tensó un poco más, luego se obligó a separarse. Dio un paso atrás, arrancándose de ese contacto.

—No tenía ni idea de que… —la voz le salió un hilo más baja— … de que fueras tú el patrocinador interesado.

—No vamos a destriparlo todo por teléfono —respondió Ethan, con una sonrisa que también incluía a la directora—. Le quita gracia a las visitas.

La directora carraspeó, devolviendo la conversación a carriles presentables.

—Ethan apoya varios eventos deportivos —explicó a los demás—. Su empresa quiere crear un circuito de shows sobre hielo que combine distintas disciplinas. Lo que estamos construyendo aquí podría ser el primero.

—Con la historia adecuada, podría ser enorme —añadió él—. Y no hablo solo de streaming, repeticiones y merchandising. —Se giró hacia Ava y Liam, que mientras tanto se había acercado patinando

hasta el borde sin prisa—. Hablo de vosotros. Las caras que la gente quiere ver en el hielo.

Liam lo estudió con calma. Ethan, por su parte, lo miró por primera vez con el interés de quien evalúa un activo, no a una persona.

—Así que tú debes de ser Carter —dijo—. El famoso capitán de carácter… animado.

—Depende de quién lo pregunte —respondió Liam, quedándose un paso por detrás de Ava—. A veces soy un santo.

—Interesante definición de santidad —replicó Ethan, dejando asomar una sonrisa medida—. He visto el vídeo de tu última pelea. Tienes sentido del ritmo.

Se oyeron unas risitas contenidas detrás.

Liam no picó del todo.

—Me encanta saber que mis peores momentos dan audiencia —contestó—. Me deja mucho más tranquilo.

El aire entre ellos era distinto. No había la electricidad que había con Ava. Era más frío, más calculado. Olía a evaluación mutua.

—Bien —intervino la directora, cortando antes de que aquello se volviera un duelo—. Si no os importa, pasamos a la parte práctica. Ethan quiere ver en acción el concepto del show.

—Por supuesto —dijo él—. He venido para eso.

Sus ojos, sin embargo, no dejaron a Ava.

La demostración fue extrañamente fácil después.

O quizá, pensó Ava mientras patinaba, era que lo difícil ya había pasado. Una vez que el pasado te caía encima en un abrazo ya escrito, lo demás casi parecía manejable.

Liam se colocó a su lado en el centro de la pista, la cara más seria de lo habitual.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, mientras los invitados tomaban asiento en las gradas.

—Estoy de pie —respondió ella—. Ya es algo.

—Requisito mínimo para este trabajo —soltó él, pero no sonrió.

Jensen dio las órdenes de siempre; la directora pronunció su discurso a los patrocinadores. Andy —el entrenador de hockey— se

mantenía aparte, observándolo todo como quien mira un experimento con sustancias potencialmente explosivas.

Empezaron con ejercicios de sincronización, luego una secuencia breve con una presa simple. Nada de acrobacias, nada de riesgo de muslos fuera de lugar. Y, aun así, la tensión estaba allí.

No tanto la entre ellos dos. Esa, paradójicamente, se había vuelto más… sólida. Después de las caídas del día anterior, de la risa y del toque incómodo, parecía que sus cuerpos al menos habían dejado de mentir. Sabían que el contacto era una posibilidad. Ya no fingían que no existía.

La tensión real estaba en las gradas, en las miradas.

Cada vez que Ava era levantada, sentía los ojos de Ethan encima. No como los de un entrenador evaluando técnica, sino como los de alguien que había tenido el monopolio de ese cuerpo en movimiento durante demasiado tiempo.

Cuando terminaron, los aplausos fueron educados, contenidos. Nadie esperaba perfección, y eso los salvó.

—Hay trabajo por hacer —comentó Ethan, bajando hacia el borde —. Pero tienes razón, Helen —se dirigió a la directora—. Hay potencial.

Helen. Ava nunca había oído a nadie llamar así a un directivo. Solo nombres; nada de títulos. Era su manera de apropiarse de la gente, a su modo. Tutear al poder.

—Eso lo tenía claro —respondió la directora, con una sonrisa controlada—. Si quieres, seguimos la conversación en la sala de patrocinadores.

—Encantado —asintió él, y añadió—: Ava, ven tú también. Y tú, Carter. Quiero hablaros de algunas ideas que tenemos para el show.

Ava estuvo a punto de asentir. Era lo normal, ¿no? Ella era la cara del proyecto. Estar en esas conversaciones era parte del juego.

Pero algo, en cómo lo dijo, le apretó de nuevo el estómago. No «quiero escuchar vuestras ideas», sino «quiero hablaros de las ideas que tenemos».

Nosotros.

Él y su empresa.

La sala de patrocinadores, tal y como la habían montado, parecía aún más pequeña una vez llena.

Mesas con tazas de café a medio terminar, platitos con galletas mordidas, tablets con gráficas. La directora sentada a un lado; un par de responsables de marketing de la academia; dos hombres del equipo de Ethan.

Ava y Liam se sentaron uno junto al otro al otro lado de la mesa, todavía con ropa de hielo. Ava se sentía fuera de lugar, como si el chándal del resto fuera un código al que ella no se había apuntado.

Ethan ocupó el centro. Por supuesto.

—La idea es simple —decía, pasando una presentación en una tablet que uno de los suyos le había puesto en la mano—. A la gente le encantan las historias. El hockey tiene un público; el patinaje, otro. Unes ambas cosas, les das una cara —vuestras caras— y construyes algo que viva más allá de una sola noche. Contenido social, entre bastidores, documentales, spin-offs.

—Spin-offs —repitió Liam, como si paladeara la palabra para comprobar si era comestible.

—Sí —Ethan lo miró con una sonrisa—. Una serie de microcontenidos contando vuestro camino hacia el show. Las caídas, las broncas, la química.

Ava sintió un cosquilleo en la nuca.

La química.

No era una palabra neutra, dicha así.

—Obviamente —continuó—, todo esto hay que gestionarlo con cuidado. No queremos un escándalo. Queremos un relato que enganche.

La directora asintió, tomando nota mental.

—En Frostvale siempre hemos mantenido un perfil profesional —subrayó—. Pero entiendo el valor narrativo de lo que propones.

—Y me importa —añadió Ethan, devolviendo la mirada a Ava— que tú estés de acuerdo. No quiero hacer nada que te incomode.

La frase le sonó a chiste privado.

Durante años había corrido sus límites para adaptarse a sus "visiones". Cambiar el programa porque él había conseguido un patrocinador concreto. Cambiar el vestuario porque «eso quedaba

mejor en cámara». Posar para anuncios en los que ella parecía menos persona que línea de zapatillas.

No decir "no" se había convertido en un reflejo.

—Entiendo —dijo solo. No era una respuesta, pero sonaba lo bastante parecida.

—Bien —Ethan cerró la tablet y la dejó en la mesa con un gesto fluido—. Diría que tenemos una base sobre la que trabajar.

Se levantó.

—Ava, ¿puedes quedarte un momento? —preguntó después con la naturalidad de quien está acostumbrado a obtener el sí—. Quiero hablarte de algunas cosas concretas sobre tu trayectoria. No quiero robarte demasiado tiempo.

La directora miró su reloj y luego a Ava.

—De acuerdo —dijo—. Cinco minutos. Carter, puedes irte. Tienes un entrenamiento con Andy en media hora.

—Perfecto —dijo Liam, levantándose. Le lanzó a Ava una mirada que ella no supo descifrar del todo—. Nos vemos en la pista.

Ava asintió apenas.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, el mundo pareció encogerse.

Ethan esperó a que los demás se escurrieran con la excusa de correos que mirar y llamadas que hacer. En pocos minutos, la sala quedó casi vacía. Solo ellos dos y un asistente, que se colocó cerca de la ventana fingiendo leer algo en el móvil.

—No te veía desde… —empezó Ethan, girándose hacia ella.

—Tres meses y veintidós días —lo cortó Ava antes de que pudiera endulzar la cifra.

—Tres meses y veintidós días —repitió él, como si saboreara el tiempo—. ¿Debería ofenderme porque lo has contado?

—Se me dan bien los números —respondió ella, seca.

Él sonrió, como si esa frialdad le divirtiera más de lo que le molestaba.

—Sigues siendo afilada —comentó—. Me había faltado.

Se acercó. No lo suficiente como para tocarla, todavía no, pero sí para que ella notara el calor de su cuerpo a través del aire.

—¿Puedo? —preguntó, señalando apenas su pelo.

Era una pregunta retórica. Sus dedos ya iban en camino.

Le colocó detrás de la oreja un mechón que se había escapado del moño. El gesto parecía inocente, casi tierno, para cualquiera que no conociera la historia. Para Ava era un guion. ¿Cuántas veces se lo había hecho antes de entrevistas, fotos, ceremonias? Siempre con esa naturalidad forzada, como si fuera el más normal de sus derechos.

La punta del dedo le rozó el lóbulo. Un escalofrío le cruzó la piel antes de que su cabeza pudiera gritar "basta".

Ethan la miró.

—Sigues siendo sensible aquí —murmuró, complacido—. Al final no ha cambiado tanto, ¿eh?

—Es el frío —mintió ella.

Él no la desmintió. No hacía falta.

—He visto tu última temporada —dijo, cambiando de tema sin cambiar de tono—. Ha sido dura.

—No salió como estaba previsto —respondió Ava.

—Era previsible —corrigió él, con la misma dulzura con la que se corrige a un niño—. Te empeñaste en un programa que no te favorecía. Te lo dije.

No era eso. Nunca era eso. Era el subtexto: si me hubieras escuchado, no habrías fracasado.

Ava apretó la mandíbula.

—Ahora estás aquí —continuó—. Han hecho bien en ficharte. Necesitas un ambiente controlado, estructurado. Sin demasiados… elementos de distracción.

La mente le devolvió la cara de Liam, su manera de reírse en el hielo. Distracción. Sí, probablemente, según los parámetros de Ethan lo era.

—Frostvale es una gran academia —dijo Ava—. No necesito que tú la valides.

—No estoy validando la academia —replicó Ethan—. Estoy intentando averiguar si es el sitio adecuado para ti.

El "sitio adecuado para ti" siempre había sido cosa suya.

Dio dos pasos más, hasta reducir la distancia al mínimo. Ava se dio cuenta de que estaba retrocediendo sin notarlo, hasta que sintió

la espalda rozar el borde de la mesa.

—Sé que ahora estás enfadada conmigo —dijo, bajando la voz—. Es normal. Pero yo te conozco, Ava. Más de lo que ellos podrán conocerte en unas semanas.

Le tomó la muñeca.

No fuerte. De esos gestos que desde fuera parecen casi ánimo: una mano alrededor de la muñeca, el pulgar acariciando despacio la parte interna de la piel.

Donde el pulso se notaba más claro.

—¿Ves? —murmuró, con una sonrisa rozándole los labios—. Siempre se acelera cuando estoy cerca.

El corazón de Ava, de hecho, había acelerado. No porque le alegrara verlo, sino porque estaba luchando entre la necesidad de apartarlo y esa costumbre visceral de dejarse llevar por él.

El cuerpo no distinguía entre atracción, miedo o rabia. Solo registraba intensidad.

Ava se sintió invadida. No solo por el toque, sino por la lectura. La forma en que él daba por hecho que podía traducir cualquier señal física suya como si tuviera el diccionario.

—No es por ti —dijo, esforzándose por mantener la voz firme—. Es por la situación.

—Claro —asintió él—. Repítetelo, si te ayuda.

Soltó su muñeca un segundo solo para apoyarle la mano en la mejilla. El pulgar le rozó la comisura de la boca.

—Aún tienes esa arruguita cuando te muerdes las palabras —comentó—. Me ha costado una fortuna, esa arruga. ¿Recuerdas cuántas veces te pedí que te lo pensaras dos veces antes de contestar a los periodistas?

No esperaba respuesta.

Ava sintió la garganta cerrársele. Y, al mismo tiempo, una parte pequeña y traidora se enganchó a ese contacto. Estaba acostumbrada a leer esas caricias como aprobación. Bastaban dos dedos en la cara y una sonrisa, y durante años se había dicho: «lo estás haciendo bien».

Era más dependencia que sentimiento.

Inspiró más hondo, buscando el límite.

—¿Para qué estás aquí de verdad, Ethan? —preguntó al fin—. ¿Por el evento o por mí?

Él ladeó la cabeza como si la pregunta le hiciera gracia.

—¿Por qué tendría que elegir? —respondió—. El evento sin ti no me interesa. Y tú, sin un contexto fuerte… estás desperdiciando lo que podrías ser.

—Estoy intentando averiguarlo yo sola —dijo ella, intentando recordar qué se sentía al usar su voz sin filtros—. No necesito que me digas dónde tengo que estar.

Esperaba que se molestara. Que le soltara la lista de todo lo que había hecho por ella. No lo hizo.

Sonrió.

Una sonrisa pequeña, peligrosamente comprensiva.

—Lo dices ahora —comentó—. Porque estás enfadada. Porque estás en un sitio nuevo, con gente nueva, y es normal querer demostrar que puedes sola. Te dejaré tu espacio.

La palabra "te dejaré" la irritó más de lo que quería admitir.

Sus dedos, mientras, habían bajado de la mejilla a la base del cuello, donde empezaba el maillot. Un roce ligerísimo, casi un amago, como recordándole cuánta piel había bajo esas telas que él ya conocía.

—Pero recuerda, Ava —concluyó—. Cuando las cosas se compliquen —y pasará—, yo soy el que siempre ha sabido cómo devolverte a lo más alto. Lo sabes. Tu cuerpo también lo sabe.

El cuerpo, la verdad, en ese momento tenía más ganas de abofetearlo que otra cosa. Pero era cierto que el corazón seguía corriendo.

Ava dio un paso lateral, saliéndose de su órbita.

—Tengo que volver al hielo —dijo—. Tengo entrenamiento.

—Claro —asintió él—. No quiero robarte más tiempo.

Mientras lo decía, sin embargo, le tomó el codo de nuevo. Un gesto casi caballeroso para guiarla hacia la puerta. Pero el agarre era más firme de lo necesario. No dolía; solo era… posesivo.

La acompañó fuera así, con la mano cerrando ese punto entre hueso y músculo donde el brazo se une al antebrazo. El lugar exacto

donde se guía a alguien entre una multitud. O donde se le impide dar un tirón.

Ava bajó la mirada.

No por sumisión. No del todo, al menos. Por protección. Para no ver en los ojos de quien los cruzara en el pasillo lo que ella ya sabía: desde fuera parecían perfectos. Un hombre seguro y afectuoso conduciendo a su atleta estrella hacia su futuro.

Por dentro, la correa se apretaba.

***

Liam salía de la sala de vídeo cuando los vio.

Acababa de terminar una breve sesión con Andy sobre esquemas defensivos —la mitad del tiempo se la había pasado convenciéndolo de que no convertiría el entrenamiento combinado en un circo—. Estaba cansado, sudado y, sinceramente, sin ganas de interacción social.

Pero se quedó clavado en el umbral al verlos.

Ava y Ethan avanzaban por el pasillo uno al lado del otro, pero el lenguaje corporal contaba otra historia. Él ligeramente inclinado hacia ella, la mano en su codo, la trayectoria de los pasos marcada por el ritmo que imponía él.

Liam se fijó en dos detalles.

El primero: la forma en que el pulgar de Ethan se movía, casi imperceptible, sobre la tela de la chaqueta de Ava. Un pequeño círculo, como dibujando algo que solo él podía ver.

El segundo: la cara de Ava.

No era la Ava que él veía sobre el hielo. Allí, incluso tensa, tenía algo orgulloso en la mirada. Un gesto que desafiaba, controlaba, exigía.

Ahora era más… pequeña.

Los hombros un poco hacia dentro, el mentón ligeramente más bajo, los ojos clavados en el suelo. No como quien se somete abiertamente, sino como quien se encoge para ocupar menos.

Liam notó cómo se le tensaban los dedos. El puño se cerró solo; los nudillos crujieron.

No era solo el contacto. No era una celosa reacción de macho, o no solo. Era el contraste. Le jodía ver a alguien ponerle las manos encima como si fuera lo más normal del mundo, como un gesto rutinario, cuando él, dos días antes, casi había entrado en pánico por agarrarle un muslo por accidente.

Y estaba el modo en que Ava aceptaba ese contacto. No reaccionaba, no sonreía, no se apartaba. Lo dejaba pasar.

Como si aún estuviera acostumbrada a que él la manejara.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Ethan levantó la vista y lo vio. La sonrisa se le encendió en los labios con precisión de interruptor.

—Carter —lo saludó—. Justo a quien quería ver.

Liam siguió apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Suerte la tuya —dijo—. Yo, en cambio, no.

Ethan rió. Una risa de superficie.

—Estábamos hablando de vosotros dos —explicó—. Del potencial del show. Es un buen proyecto.

Liam no apartó la mirada de Ava.

—Espero que lo hayáis pasado bien —dijo—. En el hielo, quiero decir.

Ella alzó los ojos un instante. En esa mirada rápida había demasiadas cosas como para leerlas todas: un «estoy bien», un «déjalo», un «ahora no».

—Ha sido… interesante —respondió, eligiendo la palabra más neutra del diccionario.

—Ava siempre ha sido buenísima haciendo interesante cualquier cosa —intervino Ethan, apretando un poco más el codo de ella al decirlo—. Con el compañero adecuado, puede volverse inolvidable.

Liam captó el subtexto. Y el gesto.

—Por suerte el compañero no lo eliges tú —replicó, con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Durante un segundo, la tensión del pasillo cambió de temperatura. De la sala de al lado llegaba el susurro de papeles, el zumbido distante del compresor del pabellón. Todo lo demás se contrajo.

—Todavía no —dijo Ethan, calmado—. Pero tengo bastante voz cuando hablamos de shows.

Había provocación ahí. Un desafío a ver quién mandaba de verdad sobre ese hielo.

—Aquí dentro —intervino la directora, apareciendo de repente detrás—, la voz la tengo yo.

El tono era educado, pero afilado. Había cazado el final de la conversación.

—Los patrocinadores nos ayudan a levantar plataformas —continuó, mirando a Ethan—. Los atletas ponen el cuerpo. Nosotros ponemos la estructura. Funciona solo si cada uno se queda en su sitio.

Ava sintió cómo, alrededor de su codo, algo aflojaba un milímetro, como si aquella frase hubiera aflojado también la presa de Ethan.

—Naturalmente —asintió él—. Ninguna intención de saltarme los roles.

Soltó el brazo de Ava con un gesto estudiado, como si también eso formara parte de una coreografía.

—Tengo que salir pitando —añadió, mirando el reloj—. Vuelo esta tarde. Pero estaremos en contacto.

Se volvió hacia Ava por última vez.

—Me alegra verte aquí —dijo, y por un instante la voz se le suavizó de verdad—. Lo hablamos con calma. Quizá cuando tengas tiempo de venir a la ciudad. Tengo algunas propuestas para ti.

Propuestas, no preguntas.

Ava asintió apenas. El cuerpo, mientras, respondía como siempre: pulso acelerado, estómago en tensión, una mezcla de náusea y necesidad. Dependencia, habría dicho alguien. Ella aún lo llamaba costumbre.

Ethan se alejó con su asistente. Sus pasos se perdieron por el pasillo, llevándose una estela de perfume y control.

Cuando su figura desapareció tras la esquina, el silencio que dejó fue casi ensordecedor.

La directora suspiró.

—Es un hombre muy… seguro de sí mismo —comentó, como si acabara de decir “es un huracán”.

—Es un eufemismo —se le escapó a Ava.

Helen la miró de reojo con una expresión que decía: sé que hay mucho más detrás, pero no ahora.

—Necesitamos su dinero —dijo simplemente—. No su control. No lo olvides.

Se marchó también, dejándolos a solas.

Liam se quedó apoyado en el marco un par de segundos, en silencio. No era momento de bromas, al menos no entonces.

—¿Y bien? —preguntó por fin—. ¿Reencuentro feliz?

Ava inspiró despacio.

—No es asunto tuyo —respondió por reflejo.

—Ya —dijo él—. Pero si me mete en medio cada vez que habla del show, un poco sí que lo es.

Ella apretó los labios y soltó el aire por la nariz.

—Ethan es… —buscó una palabra que no fuera un insulto— complicado.

—Parecía bastante simple —replicó Liam—. Te mira. Te toca. Decide lo que es mejor para todos.

—No sabes nada de él —saltó Ava.

—¿Y tú sí? —preguntó él, tranquilo.

La pregunta le golpeó más que cualquier juicio.

Lo miró un segundo, luego apartó la vista.

—Él me ayudó —dijo, agarrándose a la única verdad que no podía discutirse—. Cuando nadie apostaba por mí, cuando mi padre estaba demasiado… ocupado siendo el entrenador del universo entero, Ethan estaba. Sin él no habría tenido ni la mitad de oportunidades.

—¿Y la correa venía en el pack? —preguntó Liam, incapaz de contenerse.

Ava sintió la sangre subirle a la cara.

—No entiendes —dijo, y la voz le tembló más de lo que quería—. Tú solo ves a un tipo pesado poniendo las manos encima. Yo veo años de mi carrera colgando de su humor.

—Sí —asintió Liam—. Justo eso es lo que no me gusta.

Había algo en la sencillez con la que lo dijo que la descolocó. No era juicio, ni lástima. Era una constatación.

—No necesito que me salves —disparó ella.

—Perfecto —respondió él—. Porque se me da fatal hacer de héroe.

Se despegó del marco y le señaló con la barbilla hacia la pista.

—Pero si mañana te suelta otra idea genial sin preguntarte —añadió— y tú quieres gritarle, yo te traigo palomitas.

Ava se mordió una sonrisa que no quería conceder.

—Eres idiota —dijo.

—Con talento —remató él.

La acompañó hacia el hielo dejando entre los dos medio paso de distancia. No intentó tocarla. No le agarró el brazo, no le colocó el pelo, no comentó su pulso.

Por primera vez desde que Ethan había aparecido, Ava se dio cuenta de que volvía a respirar a pleno pulmón.

El hielo de Frostvale la esperaba. Y por duro, resbaladizo e impredecible que fuera, tenía una cosa que el resto de su mundo llevaba tiempo sin tener.

No pretendía poseerla.

CAPÍTULO 6

El pabellón sonaba distinto por la noche.

Nada de silbatos, nada de gritos de entrenadores, nada del golpe seco del puck contra las barandillas. Solo el zumbido grave de la maquinaria del hielo, el rumor lejano de una fregadora en algún pasillo, alguna luz encendida por obligación más que por necesidad.

Ava pasó su tarjeta por el lector junto a la puerta lateral. Un bip, un destello verde y después el clic de la cerradura.

La puerta se abrió a una semioscuridad azul.

Las luces principales estaban apagadas; quedaban solo las de servicio, más suaves, que convertían la superficie del hielo en un lago lechoso. El aire era frío, pero no cortante. Su aliento se condensó en nubecitas ligeras mientras avanzaba con la bolsa al hombro.

Llevaba leggings negros, una sudadera fina anudada a la cintura y una camiseta de tirantes clara de algodón. Sin público, sin entrenadores, sin patrocinadores, no sentía la necesidad de taparse como en los entrenamientos oficiales. El pabellón vacío era de los pocos sitios donde su cuerpo le pertenecía solo a ella.

O, al menos, ese era el plan.

No esperaba ver una silueta en el centro de la pista.

Por un instante pensó que sería un guarda o un técnico. Pero la figura se movió: un giro amplio, cuchillas trazando un arco limpio; un cambio de ritmo más agresivo, de hockey.

Liam.

Reconoció su manera de cortar el hielo antes incluso de reconocer la espalda ancha bajo la camiseta oscura.

Llevaba las mangas remangadas hasta los antebrazos; los músculos le dibujaban líneas nítidas bajo la piel, las venas marcadas. Sin casco, sin hombreras: solo la camiseta térmica ajustada y el pantalón de entrenamiento. Cada zancada era más contenida de lo

habitual, como si usara ese silencio para corregir el equilibrio en vez de desahogarse.

Se detuvo junto a la barandilla y solo se dio cuenta de que ella estaba ahí cuando el sonido de la puerta al cerrarse rebotó en las paredes.

—¿Tanta falta te hace entrenar que te cuelas de noche? —preguntó Ava, dejando la bolsa en el borde.

Él la miró, con la respiración apenas acelerada.

—Iba a decir lo mismo —respondió—. No sabía que la princesa tenía el toque de queda flexible.

—Como me llames princesa otra vez, te hago patinar con un traje de sirena —replicó ella, sacando los patines.

—Podría vender un montón de entradas —comentó, pero la sonrisa se le borró enseguida.

Ava se sentó en el banco frente al hielo y empezó a atarse las cuchillas. El silencio entre los dos ya no era el tenso de los primeros días. Había algo… vivido ahí dentro. Caídas, presas mal hechas, un muslo en el sitio equivocado, la risa estallándoles encima sin avisar.

—Si te molesta, me voy —dijo él al cabo de un momento. No sonó a cortesía de compromiso. Parecía una oferta de verdad.

Ava apretó el último gancho y, entonces, alzó la cabeza.

—Si quisiera estar sola, no entraría por una puerta que hace más ruido que una batería —respondió—. Quédate. Es hielo. No es mío.

Liam asintió una sola vez, breve. Se acercó al borde para dejarle sitio.

—¿Nadie sabe que estás aquí? —preguntó mientras ella se ponía de pie sobre la cuchilla.

—Jensen —respondió Ava—. Le escribí. Me dijo: «Mejor tú en el hielo que en tu habitación dándole vueltas». ¿Y tú?

—Andy —dijo él—. Gruñó algo como: «Si te rompes fuera de horario te mato con mis propias manos», pero no me dijo que no.

—Qué gente tan motivadora tenemos alrededor —comentó Ava, apoyando la mano en la barandilla para impulsarse al hielo.

El primer contacto fue un escalofrío que le subió por los tobillos. Se sintió más ligera al instante. Patinó hasta el centro, dando un par de vueltas amplias para entrar en calor. Notaba la camiseta pegada a

la espalda húmeda, el aire frío rozándole la piel descubierta de hombros y brazos.

Al cabo de unos minutos, Liam la alcanzó.

—¿Jensen te ha mandado deberes? —preguntó, emparejándose.

—Salvar mi carrera —respondió ella—. Un debercito ligero.

—La tuya y la mía —añadió él—. Dos por uno.

Empezaron a moverse juntos, casi por inercia. Una curva amplia, luego una secuencia de cruces. Sin presas, sin saltos. Solo el sonido de las cuchillas cortando el hielo al unísono.

No hablaron durante unos minutos. No hacía falta: el idioma compartido estaba en los movimientos. La sombra de ella estirándose junto a la suya, las trayectorias rozándose, las distancias midiéndose mejor que en los entrenamientos abarrotados.

En la tercera diagonal, Ava bajó el ritmo.

—Pausa —dijo, sin aliento.

Se deslizó hasta la barandilla y se sentó en el borde, dejando las piernas con los patines colgando sobre el hielo. La superficie fría le atravesó las medias, pero el calor acumulado en el entrenamiento nocturno lo volvió casi agradable.

Liam llegó un poco después y se colocó a su lado. Se sentó con una maniobra menos elegante, casi un medio salto. Sus rodillas quedaron cerca de las de ella, a pocos centímetros. El aire entre los dos olía a esfuerzo, a jabón y a ese vago olor a hielo quemado por las cuchillas.

Se quitó los guantes y se remangó un poco más. Sus antebrazos eran un entramado de músculos y venas; la piel, ligeramente enrojecida por el frío. Se pasó una mano por el pelo, húmedo de sudor, para echárselo hacia atrás.

—Este silencio es oficialmente raro —comentó al cabo de unos segundos.

—Mejor que el espectáculo oficialmente bochornoso —replicó Ava —. Como ayer, cuando decidiste convertir mi muslo en un agarre de emergencia.

Liam hizo una mueca, medio culpable.

—Creía que teníamos un pacto para no hablar de eso nunca más —dijo.

—No recuerdo haber firmado nada —respondió ella—. Pero podemos someter a votación una amnesia selectiva.

Durante un instante, el espacio se llenó de esa ligereza nerviosa que les había acompañado después de la caída. Era extraño cómo su relación había pasado, en pocos días, del choque frontal a un equilibrio hecho de pullas y silencios compartidos.

Ava apoyó las manos detrás de sí en el borde y echó el torso un poco hacia atrás. La camiseta se tensó, dejando a la vista una línea de piel a la altura del costado. Notó el aire fresco lamiéndola.

Liam miró al frente, hacia el centro de la pista.

—Entonces —dijo, sin dramatismo—. ¿Cuántas veces te ha dado asco que Ward te tocara hoy, del uno al diez?

La pregunta entró como una cuchilla en la calma. Ava giró la cabeza hacia él. Él no la estaba mirando; fijaba un punto indefinido sobre el hielo, con la mandíbula ligeramente tensa.

—¿Siempre eres así de directo? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Solo cuando intento no acabar rompiendo muros más grandes después —respondió él.

Ava siguió su mirada, enfocando la superficie blanca.

—Depende de quién hubiera alrededor —dijo al fin—. Delante de los demás… diría que un tres.

—¿Y a solas? —preguntó él, bajando la voz.

—Siete —respondió casi sin pensarlo. Y luego—: No, ocho.

Liam asintió, como si fuera la respuesta más lógica del mundo.

—Vale —dijo—. No es cero.

—Nunca va a ser cero —replicó Ava, casi irritada—. No puede convertirse en cero de un día para otro.

—No he dicho que tenga que hacerlo —respondió él—. Solo… te estoy señalando que si te dejas tocar por alguien que es un ocho sobre diez de asco, quizá no encaja mucho con la definición de "estoy bien".

—No me dejo tocar —saltó ella—. Es distinto.

—¿Te deja elegir? —preguntó.

La pregunta quedó suspendida. Ava se dio cuenta de que había apretado los dedos contra el borde de la barandilla. Los nudillos,

blancos.

—A veces sí —dijo por fin—. A veces no.

Liam se humedeció los labios, como si quisiera tragarse algo.

—¿Sabes? —murmuró—. Para alguien que dice conocerte tan bien, parece olvidarse a menudo de que tú también tienes un cuerpo que no es uno de sus activos.

La palabra activos le golpeó con una precisión cruel. No porque fuera injusta, sino porque era demasiado exacta. Se quedó callada un rato. Solo se oía su propia respiración, la de Liam, el zumbido del pabellón.

—¿Y tú? —preguntó ella, cambiando de dirección antes de ahogarse—. ¿Por qué estás aquí a estas horas? No me digas que es solo por mis fascinantes conversaciones.

Él esbozó media sonrisa.

—Por el hielo vacío —dijo—. Y porque si me quedo en la residencia, oigo a mis compañeros hablar de la pelea y de lo "legendario" que fui por partir un casco en dos. Prefiero la compañía de alguien que me recuerda que soy un idiota.

—¿Alguien o alguna? —le pinchó Ava.

—Alguna, en realidad —admitió él—. Más precisa.

Apoyó los codos en los muslos, entrelazando las manos entre las rodillas. Esa postura cerrada y defensiva contrastaba con el resto de su cuerpo, siempre tan abierto y expansivo sobre el hielo.

Ava lo miró de reojo. Había algo en la forma en que bajaba un poco la cabeza que no le había visto antes. El orgullo parecía haberse retirado un paso, dejando sitio a algo más… pesado.

—Carter —dijo ella en voz baja—. ¿Por qué lo hiciste?

Él no fingió no entender.

—La pelea —aclaró ella—. No la versión de pasillo. La de verdad.

Liam guardó silencio más de lo esperado. El zumbido del hielo pareció subir de volumen, tapando palabras que no llegaban.

—¿Sabes esa parte en la que debería decir "no es lo que parece"? —empezó al fin, con una sonrisa cansada—. Pues es exactamente lo que parece. Perdí la cabeza.

—Eso ya lo he pillado —dijo Ava—. ¿Por qué?

Liam bajó aún más la mirada, clavándola en un punto del blanco que reflejaba solo las luces de servicio.

—Había un partido importante —comenzó, con la voz más plana —. Ojeadores en la grada, gente que vino a propósito, todos con el "esta es tu oportunidad, Carter" en la boca.

Ava asintió. La presión de las "oportunidades" la conocía demasiado bien.

—Un compañero mío —continuó él—, uno de esos con los que juegas desde hace años, con los que creces, con los que te dejas la espalda entrenando… —hizo una pausa, buscando una palabra— decidió que, para quedar bien, era buena idea sacrificar a alguien.

—¿Sacrificar cómo? —preguntó Ava, sin apartar la vista.

Liam se pasó una mano por detrás del cuello, como si el recuerdo le doliera en la piel.

—Íbamos perdiendo —explicó—. Ellos eran más grandes, más rápidos, más todo. Nuestro portero ya había parado lo imposible. En un momento, este "amigo" mío se fue detrás de la portería, cerca de uno de los rivales. —Inspiró—. Le oí decir: "Te dejo el tiro libre si te cargas al número veintisiete".

Ava se tensó.

—Veintisiete —repitió.

—Yo —confirmó él—. Su capitán ejemplar. El mismo al que le había cubierto el culo mil veces. Me estaba vendiendo a mí para asegurarse de que su nombre sonara ante los ojeadores.

Un silencio pequeño cayó entre los dos. No estaba vacío: estaba lleno de imágenes que Ava podía construir demasiado bien.

—¿Estás seguro de que oíste bien? —preguntó, aunque sabía que era inútil. A esas alturas daba igual.

—Lo suficiente —respondió Liam—. No me hacía falta el replay en audio.

Se apretó las manos entre los muslos; los nudillos se le blanquearon un poco.

—Fui a por él —siguió—. Nos gritamos en el banquillo, el entrenador intentando entender qué pasaba, el ojeador mirando como si estuviera viendo un reality gratis. Y luego…

Hizo un gesto con la mano, un golpe seco en el aire.

—Sí —concluyó—. Usé el puño en vez de las palabras.

—¿Y él? —preguntó Ava—. ¿Qué hizo?

—Se cayó —dijo él, con un asomo de ironía amarga—. Tremendo numerito. Casco volando, sangre en la nariz, todos corriendo a separarnos. Él gritando que yo soy inestable, que arruino partidos, que solo pienso en mí…

Ava sintió que algo se le apretaba en el estómago.

—Y nadie oyó lo que dijo antes —dijo, más afirmación que pregunta.

—Nadie a quien le importara —respondió Liam—. Al final, lo que se ve es lo que cuenta. El capitán ejemplar perdiendo los papeles delante de los ojeadores. Titular fácil.

Se detuvo un instante, con los hombros subiendo y bajando apenas.

—No soy inocente —añadió, sin intentar justificarse—. Podría haberme tragado el orgullo. Jugar, hacer mi partido, pasar. Pero no. Reaccioné. Y ahora estoy aquí, a prueba, con el cartelito de "problema disciplinario" pegado en la frente.

Ava lo observó. Era raro oírlo hablar así. Sus palabras no tenían la armadura del sarcasmo ni esa ligereza estudiada.

—No te has arrepentido —dijo al cabo de un momento.

—Me he arrepentido de las consecuencias —corrigió él—. No del puño.

Dejó caer la frase sobre el hielo como un puck.

—Soy así —añadió luego, en voz baja—. Cuando alguien traiciona a los demás para salvarse el culo, me… —buscó la palabra— se me va la cabeza.

Se quedaron callados. Ava siguió con la mirada el balanceo imperceptible de su pie sobre el hielo, adelante y atrás, mientras él intentaba mantener quietas las manos.

No se dio cuenta de cuándo lo hizo.

Su mano se movió sola, dejando el apoyo en la barandilla y deslizándose hasta la rodilla de él. Los dedos se apoyaron sobre el tejido del pantalón, justo encima del punto donde el músculo estaba más tenso.

Un gesto instintivo.

Un “te creo” que no sabía decir en voz alta.

Liam lo sintió como un ancla. El calor de su mano atravesó la tela en un instante, subiéndole por el muslo, trepándole al pecho. No era un toque sensual, no como la tocaba Ethan. Era más… humano.

Durante unos segundos no dijo nada. Solo sintió ese contacto. Los dedos de Ava eran ligeros, pero firmes, como si hubieran encontrado un punto exacto que sujetar.

—No debería habértelo contado —murmuró al fin—. Solo te da más razones para pensar que soy un caso perdido.

—Estoy evaluando —respondió ella, con media sonrisa—. De momento vas por mitad.

Él se rió, bajito.

—Medio caso perdido es una mejora —admitió—. Me lo llevo a casa.

Se giró un poco hacia ella.

La luz tenue del pabellón le dibujaba una línea suave en la garganta descubierta, a lo largo del hombro desnudo. La camiseta de tirantes se le pegaba a la piel húmeda de sudor, marcando el movimiento de su respiración.

—¿Y tú? —preguntó, devolviéndole la moneda—. ¿Por qué alguien como tú ha acabado en un sitio como este, dejando que uno como yo la levante?

Ava bufó, echando la cabeza hacia atrás, como si mirara un techo que allí arriba no existía.

—Porque la lié —dijo al cabo de un momento—. De una forma menos ruidosa que la tuya, pero lo bastante como para arruinar una temporada.

Volvió a enderezarse, fijando un punto delante.

—Mi padre es un exentrenador olímpico —empezó, como si leyera un pie de foto—. Supongo que ya te lo han contado.

—Un par de veces —confirmó él—. Normalmente con el tono de “tienes un apellido que pesa”.

—Ya —dijo ella—. Para él, el hielo es un sitio donde se gana o se pierde. Punto. Sin grises. Yo crecí junto a la pista, con él cronometrándome hasta el aire que respiraba. La primera vez que

fallé un salto en competición tenía ocho años. Me hizo ver el vídeo veinte veces seguidas. Luego dijo solo: "No lo vuelvas a hacer".

Liam no dijo nada. No hacía falta.

—Funcionaba —continuó Ava—. Durante un tiempo. Cada error se convertía en un muro que no podías volver a tocar. Coleccioné programas limpios, podios, artículos. Todo el mundo diciendo "la hija de" que nunca falla.

Se detuvo, inspirando hondo.

—Y entonces llegó Ethan —prosiguió—. Me vio en una competición júnior, llamó a mi padre y le dijo que yo era "la inversión perfecta". Patrocinios, visibilidad, giras. Al principio era… —buscó la palabra— familia. O al menos lo parecía.

Se le escapó una sonrisa, pero sin alegría.

—¿Sabes qué pasa cuando pones a un entrenador que te trata como un proyecto y a un compañero que te trata como una marca? —preguntó—. Durante un tiempo te sientes en el centro del mundo. Luego te das cuenta de que, si te caes, solo se cae tu pieza del puzle. Ellos encuentran otra imagen.

Liam la miraba de lado, en silencio. A Ava le entraron ganas de reír al pensar en cuántas veces, en los últimos días, lo había reducido a su sarcasmo. Ahora era el único que no se reía.

—La temporada pasada —retomó—, habíamos construido un programa demasiado grande para mí. No técnicamente… —levantó una mano, anticipándose a lo que los ojos de él podrían decir—, sino mentalmente. Mi padre quería un salto concreto, Ethan quería un efecto concreto, y yo quería… contentar a todos.

La escena le volvió ardiendo.

—Era una competición importante —dijo—. Final del Grand Prix. Luces, cámaras, comentaristas. Ya había sido bronce el año anterior. Esta vez tenía que subir. O, como mucho, mantenerme. No había espacio para bajar.

Notó que la voz se le afinaba.

—Entré al salto clave —continuó— y, por primera vez en mi vida, pensé: "si fallo, ¿qué pasa?". Antes incluso de despegar la cuchilla.

Liam hizo un gesto pequeño con la barbilla, como si ya supiera lo que venía.

—Y lo fallaste —dijo.

—Ni siquiera lo hice —lo corrigió Ava—. El cuerpo se bloqueó. Di vueltas en vacío, "simplifiqué". Un doble en vez de un triple. Un gesto que para una principiante sería normal. Para mí fue… —buscó la palabra— un suicidio deportivo en directo.

Aún oía el rugido del público convirtiéndose en murmullo, las voces de los comentaristas: «Error inesperado para Reynolds». La vista borrosa peleándose con la música del pabellón.

—Quedé quinta —prosiguió—. Que no es el fin del mundo si eres una persona normal. Pero yo ya no lo era. No para ellos.

Se dio cuenta de que le temblaban un poco las manos. Liam lo vio.

Un reflejo le movió la mano. No lo pensó demasiado.

Le rozó el antebrazo a la altura del codo. Un toque leve, con el pulgar haciendo un pequeño vaivén sobre la piel desnuda.

No quería ser sensual. Quería ser tranquilizador.

Pero el tiempo se estiró.

Ava sintió esa caricia como una estela de calor. El pulgar de Liam estaba caliente, un contraste nítido con el aire frío del pabellón. Marcaba un ritmo distinto al de su pulso, más lento, como diciéndole: respira aquí.

—Mi padre no dijo nada durante dos días —continuó ella, mirando al vacío—. Ethan sí. Dijo que, si lo hubiera escuchado, si hubiera hecho el programa como él decía, si no hubiera querido demostrar que podía decidir sola, no habría pasado.

—Qué cómodo —murmuró Liam.

—Me propuso que me tomara un descanso —añadió Ava—. Traducción: "para hasta que te arreglemos y vuelve cuando seas presentable".

Se quedó con la garganta seca.

—Hice lo más racional —dijo—. Lo dejé todo. Le dije a mi padre que no quería entrenar más con él. Le dije a Ethan que no quería seguir siendo su… proyecto.

La palabra se le quedó pegada.

—Y viniste aquí —concluyó Liam.

—Vine aquí —confirmó ella—. A intentar averiguar quién demonios soy en el hielo sin sus voces en la cabeza.

Solo entonces se dio cuenta de lo difícil que era decirlo en voz alta. De cuánto significaba admitir que, por valiente que hubiera sido largarse, había llegado con las piezas sueltas.

Liam no hizo una broma. No dijo "bien hecho" ni "vaya historia". Solo siguió acariciándole el antebrazo con el pulgar, un gesto que se había vuelto casi automático, pero no lo era.

Era… íntimo, de otra manera.

No había posesión, no había control. Era un contacto que pedía permiso mientras ya estaba ocurriendo.

Ava se giró hacia él.

Casi al mismo tiempo, Liam hizo lo mismo, quizá para decir algo.

Se encontraron cara a cara.

Sus rodillas se rozaban; las cuchillas casi se tocaban debajo. Él estaba apenas un poco más alto, sentado como ella en el borde. La distancia entre sus caras se había reducido sin que se dieran cuenta.

El pulgar de él se detuvo. El calor se quedó.

Durante un instante, ninguno de los dos respiró.

El aire entre ellos se volvió denso, como si la humedad del pabellón se hubiera concentrado en esos pocos centímetros.

Los ojos de Ava bajaron de los de él a la línea de su nariz y luego a su boca. Sin querer, pero demasiado evidente. Vio un pequeño corte en el labio inferior, quizá un recuerdo de la pelea o de una caída reciente.

Liam la miró a los ojos y luego hizo el camino inverso: ojos, pómulos, boca. Su respiración había cambiado, más profunda.

Sus bocas se quedaron a medio camino entre el pensamiento y la acción. No se movieron, pero la posibilidad estaba ahí, clarísima, como una línea de salto trazada sobre el hielo.

Ava tragó saliva. El movimiento le levantó apenas el pecho. Liam lo notó, incluso a esa distancia.

Si él inclinaba la cabeza un centímetro. Si ella cerraba los ojos medio segundo. Si uno de los dos ignoraba todas las complicaciones, las consecuencias, los patrocinadores, a Ethan, la suspensión, Frostvale.

Si.

Liam abrió la boca para decir algo que aún no sabía cuál era. No le salió.

Lo que salió fue una risa breve, casi atragantada, y una broma.

—Si sigues mirándome así —murmuró, bajando un poco la voz—, no respondo de mi conducta disciplinaria.

La frase cayó entre ellos como una piedra en un lago quieto.

Rompió el momento. Pero no lo borró.

Ava se echó a reír. Primero nerviosa; luego de verdad, subiéndole hasta los ojos. Se llevó una mano a la frente, como para taparse parte de la cara.

—Eres idiota —dijo, con una sonrisa que ya no podía contener.

—Acabo de salvarte de la tentación de besar a un caso perdido con antecedentes —replicó él—. Deberías darme las gracias.

—¿Y quién te ha dicho que la tentación era mía? —intentó darle la vuelta.

—Que no te has echado atrás —respondió él, rápido.

Ella fingió ofenderse, pero el rubor en las mejillas la delató.

—No eres tan irresistible —dijo.

—No —aceptó él—. Pero empiezo a gustarte. Y eso ya es peligroso.

La ligereza había vuelto, pero tenía un fondo distinto. Ya no era solo defensa. Era una manta encima de algo que los dos habían visto.

Se separaron unos centímetros, como si de pronto recordaran que existía el concepto de espacio personal. Y, aun así, ninguno se apresuró a alejarse de verdad. Las rodillas siguieron cerca; el pulgar de él en su brazo volvió a moverse, más despacio.

—Gracias —dijo Ava al cabo de un rato, casi sin mirarlo.

—¿Por no aprovecharme de tu fragilidad? —probó él.

—Por escuchar —corrigió ella—. Y por no soltar estupideces tipo "eres fuerte, tú puedes".

—Por favor —dijo él—. No soy tu padre y no soy el tipo del dinero. Si empiezo con discursos motivacionales, disparadme con las cuchillas.

Ava volvió a reír, más bajito.

Se dejaron envolver por el silencio durante unos minutos. Ya no era el silencio cargado de antes, el del casi-beso. Era uno de esos silencios raros en los que puedes quedarte al lado de alguien sin tener que llenar cada hueco con palabras.

Al final, fue Ava quien lo rompió.

—¿Volvemos al hielo? —preguntó—. Antes de que el conserje apague las luces y nos encuentre aquí como dos delin…

La luz bajó de golpe un punto, como si el pabellón hubiera entendido la sugerencia.

—Demasiado tarde —comentó Liam—. Nos enterrarán aquí y dentro de unos años harán un show sobre el misterioso hallazgo de dos idiotas congelados en actitud sospechosa.

—El sospechoso eres tú —replicó ella, bajando del borde con un pequeño salto al hielo—. Yo solo era una inocente víctima de las circunstancias.

—Sí —le siguió él, deslizándose a su lado—. Víctima con un equilibrio excelente. Excepto cuando estoy yo de por medio.

Volvieron a patinar, esta vez sin ejercicios. Sin presas, sin coreografías. Solo curvas, cortes, cruces. A ratos se rozaban: un hombro contra un brazo, una cadera contra otra, y cada uno de esos toques se llevaba consigo la memoria de lo que habían compartido minutos antes.

Cuando por fin decidieron quitarse los patines, las luces habían bajado todavía más. El reloj de la pared marcaba una hora que haría gruñir a cualquier entrenador.

Sentados otra vez en el banco, ahora de cara a la puerta, se ataron las zapatillas.

—Mañana —dijo Liam, poniéndose de pie—, cuando Jensen nos grite por una presa mal hecha, fingiré que no te he contado la historia del puñetazo. Así no podrás usarla contra mí.

—No me hará falta —respondió Ava, levantándose también—. Ya tienes material incriminatorio de sobra.

Caminaron hacia la salida. Sus pasos sonaban huecos en el pasillo.

Justo en el umbral del pabellón, Liam se detuvo.

—Eh.

Ava se giró.

—¿Qué?

Él la miró un instante, con la mano en el pomo.

—Si algún día —dijo, con una ligereza que no le llegaba a los ojos — decides que ese ocho sobre diez de asco tiene que convertirse en siete, luego en seis, luego en cinco… no tienes por qué hacerlo sola.

No había dicho el nombre de Ethan. No hacía falta.

Ava notó algo aflojándose dentro. No del todo, pero lo suficiente para que entrara aire.

—¿Y si algún día decides que pegar puñetazos no es la única forma de reaccionar? —replicó ella—. Puedo enseñarte a pelear con palabras. Son mucho más afiladas.

—Trato hecho —dijo él.

Salieron al aparcamiento helado, con la nieve empezando a caer de nuevo, lenta.

Se separaron unos pasos después, cada uno hacia su residencia. Sin abrazos, sin despedidas dramáticas.

Solo una certeza nueva, sutil pero tenaz: bajo el hielo duro de Frostvale, algo se estaba moviendo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Ava no se sintió completamente sola mientras intentaba entender qué era.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente, el hielo no tenía ninguna intención de ser amable. Ava lo supo por cómo miraba Jensen su carpeta.

—Hoy se sufre —anunció, golpeando el bolígrafo contra el borde de la pista—. Y se sufre en el aire.

Liam resopló mientras se ajustaba el guante.

—Qué bien —comentó—. Sufrimiento vertical, una experiencia nueva.

—Tranquilo —replicó Jensen—. Tú solo tienes que hacer de ascensor. El trabajo difícil lo hace ella.

—Qué tranquilizador —murmuró Ava, apretándose mejor la coleta alta.

El pabellón, a esas horas, estaba más lleno de lo habitual. En la pista de al lado entrenaba el grupo júnior de patinaje; algunas chicas hacían espirales en la diagonal, otros probaban saltos sencillos entre charla y charla. De vez en cuando, alguna mirada se deslizaba hacia ellos: la pareja rara, hockey y artístico, el experimento de Frostvale.

Entre ellas estaba Maya, compañera de pista de Ava: pelo rizado recogido en un half-bun desordenado, el móvil siempre en la mano, talento para los saltos y para los reels.

—Ya tenéis fandom, ¿lo sabéis? —había dicho esa mañana en los vestuarios, mientras se ataba los patines—. Subí una historia el otro día con vosotros de fondo y me escribieron treinta: "¿¿¿quiénes son estos dos???"

Ava había fingido que le daba igual. Pero ahora sentía esos móviles como focos invisibles.

Jensen seguía golpeando el bolígrafo.

—A ver, genios del hielo —dijo—. Hoy probamos la figura del puente.

—Suena fatal —comentó Liam—. ¿Puente de qué?

—Puente entre el hockey y el patinaje —respondió el entrenador, satisfecho con el juego de palabras—. Tú la levantas a la altura del pecho, ella se arquea hacia atrás —tipo arco— y luego vuelve a subir hacia ti. Al final quedáis cara a cara. De momento nada de rotaciones: solo la entrada y la salida.

Ava notó un nudo pequeño en el estómago.

—¿Cara a cara cuánto? —preguntó, buscando sonar solo profesional.

—Lo justo para que el público deje de mirar el móvil —contestó Jensen—. Es un show, no un simulacro de Protección Civil.

Liam la miró con una sonrisa ladeada.

—No te preocupes —dijo—. Prometo no besarte… por accidente.

—Tú no eres de los que besan por accidente —replicó ella al instante—. Más bien de los que se comen la culpa después.

La directora, que observaba desde la barandilla con los brazos cruzados, intervino:

—Recordad que estáis en el hielo para trabajar —dijo—. Si al equipo de marketing le da dolor de barriga de la alegría, es un efecto secundario asumible.

—Traducción —susurró Liam a Ava mientras se colocaban—: haced lo que tengáis que hacer, pero que no parezca "casual".

—De alguien con tu expediente disciplinario, hace gracia oír hablar de "gestión" —le devolvió ella, aunque el corazón ya se le estaba acelerando.

Se situaron en el centro.

Liam tomó posición: piernas abiertas, rodillas flexibles, espalda recta. Ava se le acercó de frente, a pocos centímetros. Veía el aliento condensarse ante su boca, la línea de las venas en el cuello, las mangas de la térmica remangadas dejando los antebrazos al aire. Tenía pequeños arañazos, marcas de palos, vida de defensa.

—Vale —dijo Jensen—. Ella entra por la derecha, una zancada, apoya las manos en tus hombros. Tú cargas el peso, elevas, estabilizas. Ava, cuando estés arriba, te abres hacia atrás como un arco. Luego cierras y vuelves hacia él. Todo en ocho tiempos.

—Sí, claro, facilísimo —murmuró ella.

—Te tengo, ¿vale? —dijo Liam, inesperadamente serio—. Si te dejo caer, Jensen me hace correr por este hielo hasta que me evapore.

—Si me dejas caer, te mato yo —rectificó Ava.

Se sostuvieron la mirada. Una de verdad, no una broma.

—Entonces mejor no te dejo caer —concluyó él.

Jensen silbó.

—Uno, dos… ¡ya!

Ava arrancó.

La cuchilla cortó el hielo con seguridad: una zancada, dos. Entró en la trayectoria, llevó las manos a los hombros de Liam, sintió cómo los músculos bajo la camiseta se tensaban al contacto. Él le agarró la cintura en el punto correcto, esta vez, a base de errores y correcciones.

—Arriba —murmuró.

La levantó.

Los patines de ella se separaron del hielo, la vista subió; las líneas azules y rojas se hicieron más pequeñas. Ava sintió el pecho de él bajo las manos, la fuerza con la que la sujetaba. Siguiendo la indicación, dejó que la espalda se abriera hacia atrás.

Durante un segundo fue solo curva y aire.

El pelo le rozó el esternón, la garganta expuesta a las luces. Confiar era un salto al vacío controlado. Notaba los dedos de Liam apretándole la cintura, anclándola.

—Bien —llegó la voz de Jensen, lejos.

Y entonces tocaba volver.

—Cierra —dijo Liam, muy bajo.

Ava activó el abdomen, levantó el torso con un esfuerzo fluido, como su memoria muscular sabía hacer desde siempre. Pero esta vez había algo distinto en el punto donde debía detenerse.

No era una simple posición de cierre.

Al subir, se quedó cara a cara con Liam. Cara a cara de verdad.

El cuerpo de ella se detuvo a un suspiro del suyo. Las manos todavía apoyadas en sus hombros, las de él en su cintura. Sus narices casi alineadas, el aliento chocando a mitad de camino.

Sintió su respiración caliente golpearle la boca. La sangre le subió a las mejillas en una oleada.

—Aguanta —marcó Jensen.

Aguanta. Fácil decirlo.

Durante dos tiempos larguísimos se quedaron así. Ava percibía cada detalle: la marca de un corte cerca de la ceja de él, el punto donde la térmica estaba más oscura de sudor entre los omóplatos, el pulso acelerado en el cuello.

Sus ojos, por un instante, se cerraron. Como si el cerebro hubiera decidido que quitar la vista ayudaría al equilibrio.

Y justo entonces les llegó el "clic" del mundo de fuera.

Un móvil, en alto, encuadraba la escena perfectamente.

Maya, apoyada en la barandilla, había empezado a grabar por juego unos minutos antes, «para estudiar la técnica», le había dicho a una compañera. Ahora tenía el teléfono quieto, la boca entreabierta.

En la pantalla, dos cuerpos enlazados en una figura que, a velocidad normal, era solo un ejercicio de lifts. Pero con esa entrada fluida, la curva hacia atrás, la subida lenta, el plano detenido con sus caras tan cerca y los ojos cerrados… parecía otra cosa.

Parecía un beso.

—¡Stop! —gritó Jensen.

Liam obedeció.

La bajó despacio, las manos aún firmes en su cintura. Los patines de Ava tocaron el hielo, pero ella se quedó un segundo pegada a él, demasiado cerca. Se separó de golpe, medio paso atrás, respirando hondo.

—Mejor —comentó Jensen—. Mucho mejor. Aún hay que trabajar los tiempos, pero visualmente funciona.

—Visualmente —repitió Ava, intentando no pensar en cuánto funcionaba para su temperatura corporal.

—Otra vez —ordenó el entrenador—. Y esta vez nada de trance místico en el cierre. Ojos abiertos: sois profesionales, no dos adolescentes escondidos detrás de las gradas.

Liam carraspeó, llevándose un puño a la boca.

—Recibido —murmuró.

Repitieron la figura una y otra vez.

Cada vez la ejecución salía más limpia. Y cada vez Ava intentaba mantener una distancia mental entre su cara y la de él, pero el cuerpo parecía divertirse enviando señales contradictorias: el corazón acelerado, la piel caliente, la conciencia de cada respiración multiplicándose.

Mientras tanto, Maya había repasado el vídeo por instinto, con el ojo entrenado para las historias.

El ralentí automático que ofrecía su app hizo el resto.

La curva hacia atrás se estiró en una línea casi sensual; la subida pareció una trayectoria lenta hacia un beso inevitable. El momento en que sus ojos se cerraban —un parpadeo de menos de un segundo—, a velocidad reducida se convirtió en una elección.

—Virgen… —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó la compañera de al lado, asomándose a la pantalla—. Oh. Dios. Mío.

En segundos ya habían elegido el filtro, añadido una música de fondo —un tema lento, voz femenina sensual, nada explícito pero muy sugerente— y una caption irónica:

Cuando el show aún está en pruebas pero ellos ya están en modo fanfic #Frostvale

—Maya, no… —empezó una tercera.

Demasiado tarde.

El pulgar ya había rozado "Compartir".

***

Ava descubrió el vídeo dos horas después, en el sofá incómodo de la sala común de la residencia.

Deslizaba mensajes, intentando ignorar el cansancio en las piernas y el recuerdo todavía demasiado vivo de las manos de Liam en su cintura. Tenía pensado llamar a su madre, fingir autonomía, contar solo la versión filtrada.

No le dio tiempo.

La notificación apareció arriba.

@maya_skate te ha etiquetado en un vídeo.

Suspiró.

—¿Qué has liado ahora? —murmuró para sí, abriendo Instagram.

El reel arrancó al instante, con el audio al mínimo.

El primer fotograma era inocente: ella y Liam en el centro, él con los brazos listos, ella entrando en la presa. Nada del otro mundo.

Luego entró la música.

Una voz aterciopelada cantaba algo dulce y vagamente indecente, un beat lento.

El vídeo en ralentí mostraba los segundos que ella acababa de vivir. Pero de una forma que no reconocía.

La curva hacia atrás: su cuerpo abriéndose como en un baile, el pelo rozándole el torso a él, la luz delineándole el perfil. Sus manos en los hombros de Liam, firmes. Las de él en su cintura, sosteniéndola como si fuera lo único que existiera.

La subida: lenta, prolongada a propósito. La distancia entre sus caras cerrándose en un movimiento continuo, sin cortes. El encuadre apretado justo cuando sus narices casi se rozaban.

Y luego, el freeze.

Un frame elegido con malicia y con oficio: él mirándola como si estuviera a un aliento de ceder; ella cerrando los ojos en un parpadeo. Los labios a menos de un centímetro.

Sobre la música, Maya había metido un efecto eco leve justo cuando sus respiraciones se encontraban.

Ava sintió cómo el cerebro se le desconectaba unos segundos.

—Joder —murmuró.

Subió un poco el volumen. El móvil vibró casi al instante: likes, comentarios apareciendo en tiempo real debajo.

«Vale, pero ¿quiénes son? Los shippeo ya.»

«Hockey boy + ice queen = FIRE»

«Que alguien me escriba la fanfic.»

«¿Es Reynolds??? No la veía desde los Grand Prix!»

«¿Es él el famoso Carter suspendido? Ahora entiendo por qué lo mantienen: la química vende.»

—¿Así es como parecemos desde fuera? —se le escapó, en voz baja.

Se vio por primera vez desde fuera. No como atleta corrigiendo técnica, sino como parte de una imagen. Y esa imagen era… mucho.

Demasiado cerca. Demasiado intensa. Demasiado.

—No debí cerrar los ojos —se reprendió—. Idiota.

No había terminado de decidir si odiarlo o no cuando una sombra le cubrió la pantalla.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó una voz que ya conocía demasiado bien.

Liam se dejó caer en el sofá a su lado sin pedir permiso, con una bebida en la mano. Tenía el pelo todavía mojado de la ducha y una camiseta gris con el logo de los Frostvale Blades. Nada de térmica, nada de capas: solo algodón fino sobre piel.

—Nada —dijo Ava demasiado rápido—. Una cosa de la pista.

Él alargó la mirada hacia el teléfono.

—Ah —hizo—. Esa cosa de la pista.

Se lo quitó de las manos con un gesto descarado, pero no agresivo.

—¡Eh! —protestó ella.

—Tranquila, prin… Ava —se corrigió, por una vez—. No quiero ver tus privados. Solo nuestras vergüenzas públicas.

Le dio al play.

La música llenó el espacio entre los dos. El ralentí volvió a mostrarlo todo.

Liam estuvo extrañamente callado mientras lo veía. No bromeó, no se rió. Sus ojos siguieron el movimiento en la pantalla: cómo sostenía a Ava, el arco de su cuerpo, el instante suspendido.

Cuando llegó al freeze del casi-beso, inclinó apenas la cabeza.

—Bueno —dijo al fin—. Podría ser peor.

—¿En qué sentido? —preguntó Ava, a la defensiva.

—Podríamos habernos caído —respondió—. O parecer dos sillas chocando.

Se quedó un segundo de más.

—O podríamos… besarnos de verdad —añadió, soltándolo con una ligereza cuidadosamente casual.

Ava sintió el estómago apretársele de un modo peligrosamente agradable.

—Supongo que te habría hecho ilusión —intentó devolverle.

—No lo sé —dijo él—. Pregúntamelo cuando no haya ciento catorce mil visualizaciones.

Ella se quedó helada.

—Ciento cua… —se acercó al móvil. El número bajo el reel subía: 114k, 115k—. Ay, Dios.

Liam bajó un poco, leyendo comentarios a toda velocidad.

—Mira —leyó—. "Enemies to lovers arc unlocked." "El vídeo que me hace volver a creer en el amor." "Quiero un chico que me mire como él la mira a ella." —Se paró—. Hostia.

—¿Qué? —preguntó Ava, recuperando el móvil.

—"Si él la deja caer, lo denuncio personalmente."

—Ya tienes un comité de defensa —dijo ella—. Enhorabuena.

—No tiene gracia —replicó Ava, pero los labios la traicionaron con una curva.

—Un poco sí —dijo él, recostándose y estirando las piernas—. A nivel técnico, además, no estamos mal.

—Técnico —repitió ella—. Es lo único que te interesa, ¿no?

Liam giró la cabeza hacia ella. Sus ojos le bajaron un instante a los labios antes de volver a subir.

—No —respondió serio—. Pero es lo único que puedo comentar sin que me echen.

La frase le dio un vuelco. Ava apartó la mirada, fingiendo centrarse en los comentarios.

—La directora nos va a matar —dijo, cambiando de tema—. Quiere profesionalidad. No un tráiler soft porno.

—Ya —observó él—. Pero también mira los números. Y estos números gritan "entradas vendidas".

—Eso no significa que podamos… —giró la pantalla para que él la viera—. No podemos convertir el show en un reality de pareja.

—Tranquila —dijo él—. Para eso ya está Ethan.

El nombre le clavó una rigidez inmediata.

Liam lo notó.

—Le ha llegado, ¿verdad? —preguntó, en voz baja—. El vídeo.

—Está por todas partes —admitió Ava.

No tuvieron tiempo de ir más allá. El móvil vibró otra vez: mensaje de Jensen en el grupo de entrenos.

Ahora mismo en la sala de briefing. Helen quiere hablar con vosotros. Traed sentido de la responsabilidad. Y el móvil, para que os mire a los ojos mientras os mata.

—Perfecto —dijo Ava, poniéndose en pie—. Funeral en la sala de briefing.

Liam se levantó con un gemido exagerado.

—Yo llevo flores —dijo.

***

La sala de briefing no era grande, pero ese día parecía aún más estrecha.

En el centro, una mesa. En una pared, una pantalla grande conectada a un portátil. La directora de pie delante, brazos cruzados. Jensen sentado a un lado, la carpeta sobre las rodillas, cara de "sabía que iba a pasar algo". Andy apoyado en una columna, manos en los bolsillos.

Cuando Ava y Liam entraron, el aire se espesó.

—Sentaos —dijo Helen, sin alzar la voz.

Obedecieron.

Ella cogió el mando y encendió la pantalla.

La imagen congelada era ya familiar: ellos dos, casi beso, en pausa.

—Ya lo hemos visto —probó Liam—. ¿Podemos ir directamente a la parte de "no lo hagáis más"?

—Lo vais a ver otra vez —respondió la directora—. Así nos aseguramos de que hablamos todos de lo mismo.

Le dio al play.

La música sensual llenó la habitación, fuera de lugar entre paredes blancas y sillas de plástico. El ralentí mostró la figura de principio a fin. Nadie habló. Ni siquiera Jensen, que habría podido comentar la técnica.

Cuando llegó al momento clave, Helen lo pausó.

En la pantalla, sus caras eran enormes. Cada detalle amplificado: el rubor de Ava, la tensión en la mandíbula de Liam, los labios a un suspiro.

Ava habría querido desaparecer bajo la mesa.

—Profesional —dijo la directora, señalando la pantalla—. ¿Os parece profesional?

La pregunta quedó flotando.

—Desde el punto de vista técnico… —empezó Jensen, levantando un dedo.

—No hablo de técnica —lo cortó ella—. Hablo de percepción.

Se giró hacia los dos.

—Como entrenadora, veo una presa interesante, buen control, una secuencia por pulir pero prometedora —continuó—. Como directora de una academia que tiene que sobrevivir, veo una bomba. Y esa música… ¿por qué?

Ava sintió el estómago encogerse.

—Ayer por la noche teníamos un proyecto —siguió Helen—. Hoy tenemos un proyecto y un fenómeno viral. En pocas horas, este vídeo ha superado las doscientas mil visualizaciones entre varios perfiles. Está acabando en páginas de memes, en fan accounts de patinaje, en foros de hockey. Gente que no había oído nunca hablar de Frostvale ahora sabe que existimos.

—Y sabe que estos dos flirtean sobre el hielo —añadió Andy, seco.

—Exacto —asintió ella—. Y aquí es donde esto se divide en dos planos.

Dio un paso hacia la pantalla.

—Plano uno: soy responsable de vuestra imagen y de vuestro camino deportivo —dijo—. No puedo permitirme que el foco se desplace por completo de la performance a vuestra supuesta vida sentimental. No somos un dating show.

Los miró a ambos, directa.

—Quiero profesionalidad —marcó—. En pista. Fuera de pista. En los pasillos. Nada de escenas de serie delante de los dormitorios, nada de broncas públicas, nada de besos en vestuarios que luego algún imbécil pueda grabar.

Liam levantó las manos.

—No hemos… —empezó.

—Lo sé —lo frenó Helen—. Este vídeo no nace de un comportamiento "incorrecto". Nace de una figura pensada para comunicar intensidad. Bien. Solo que la intensidad, cuando sale del contexto, cobra vida propia.

Se pasó una mano por la cara, por un momento menos glaciar.

—Plano dos —continuó—: soy la directora de una estructura que necesita patrocinadores, alumnos, visibilidad. Y no puedo permitirme ignorar que, a nivel de marketing, esto es oro.

Miró a Jensen.

—La idea de jugar con la química entre vosotros era un riesgo calculado —dijo—. Ahora ya no es solo una idea. Es un hecho. Y ahí fuera ya lo han visto.

Jensen esbozó una media sonrisa amarga.

—Siempre he tenido debilidad por las decisiones sencillas —comentó—. O esto funciona muy bien o nos mata.

Helen volvió a centrarse en los chicos.

—He recibido dos correos esta mañana —dijo—. Uno de una brand manager entusiasmada, hablando de "nuevo rostro de las disciplinas sobre hielo" y proponiendo ya merchandising con vuestras siluetas. El otro, de Ethan Ward.

El nombre cayó como hielo en un vaso.

—¿Y él qué dice? —preguntó Ava, intentando que no le temblara la voz.

—Que el proyecto le interesa aún más —respondió la directora—. Porque ahora tenemos una narrativa potente. Pero que no piensa asociar su marca a un escándalo. Palabras textuales.

—Escándalo —repitió Liam—. Si ni siquiera nos hemos tocado.

—Para el público es casi irrelevante —explicó Helen—. No importa lo que haya pasado de verdad. Importa lo que parece y lo que van a construir encima.

Ava se mordió el interior de la mejilla. En la pantalla, esa versión congelada de sí misma le devolvía una imagen que le costaba reconocer: abierta, expuesta, involucrada.

—¿Y entonces? —preguntó al fin—. ¿Qué quiere que hagamos?

Helen inspiró despacio.

—Quiero que sigáis haciendo vuestro trabajo en pista —dijo—. Que uséis esa química como herramienta artística, no como arma de autodestrucción. Que seáis conscientes de que cada toque, cada mirada, cada figura puede salir de su contexto.

Hizo una pausa.

—Y quiero que me prometáis que, pase lo que pase entre vosotros como personas —añadió sin rodeos—, no vais a sabotear el show. No vais a sabotear Frostvale.

Esas palabras abrieron una posibilidad que nadie había osado nombrar.

Pase lo que pase entre vosotros.

Ava sintió los ojos de Liam sobre ella. No se los devolvió de inmediato. Miró sus manos sobre la mesa, los dedos entrelazados, los nudillos aún algo enrojecidos por el puño del que él le había hablado.

—Yo estoy aquí para trabajar —dijo, apretando la voz—. No pienso fastidiar esta oportunidad.

Liam asintió.

—Yo no he venido aquí a ligar —añadió—. He venido porque, si se va a la mierda también esto, acabo de portero de discoteca mucho antes de lo previsto.

Andy gruñó algo parecido a «te pegaría», pero lo dijo tan bajo que nadie lo tomó en serio.

Helen los observó un momento más, como midiendo el peso de sus palabras.

—Bien —concluyó—. Entonces haremos esto: a partir de hoy, oficialmente, el elemento "química" entra en el paquete del show. Pero lo gestiono yo. Si tiene que haber tensión, será en pista, con los focos encima, en los tiempos que decidamos nosotros.

Señaló el móvil de Ava.

—No quiero vídeos subidos sin pasar por nuestros canales —añadió—. A Maya ya se la ha "educado". A partir de ahora, todo lo que os concierna pasa por el filtro de la academia.

Jensen levantó la mano.

—¿Y yo puedo seguir pidiéndoles que trabajen sin mandarlos directos a Hollywood? —preguntó.

—Tú puedes seguir haciendo tu trabajo —respondió ella—. Pero recuerda que no solo coreografiamos pasos. Coreografiamos percepciones.

Apagó la pantalla.

La imagen enorme del casi-beso desapareció, dejando la pared en blanco. Pero el fantasma de la escena se quedó, más vivo que nunca.

—Podéis iros —dijo por fin—. Y ya que estamos… probad la figura del puente con la misma intensidad, pero con los ojos abiertos.

Liam se levantó el primero, tragándose un comentario.

Ava lo siguió.

Cuando salieron al pasillo, el aire pareció más frío.

Caminaron en silencio unos metros, hasta que él rompió la quietud.

—Solo por saber —dijo en voz baja—. Cuando han pausado el vídeo… ¿tú también has pensado que parecía que estaba a punto de besarte?

La pregunta era una tontería. Y no lo era.

Ava suspiró.

—Sí —admitió—. Lo he pensado.

—Vale —dijo él—. Porque por un segundo he creído que me había vuelto loco.

Se apoyó en el marco de una puerta, mirándola de lado.

—Pero… —añadió, con esa media sonrisa que intentaba aligerar sin borrar— si algún día llega a pasar de verdad, preferiría no tener mi cara en HD, gigante, en una pantalla de tres metros.

Ava se rió, pese a sí misma.

—Si llega a pasar de verdad —contraatacó—, espero que al menos no esté Maya cerca.

—O la directora —añadió él.

Se quedaron ahí un instante más, el pasillo vacío alrededor, la conciencia de que en un solo día habían dejado de ser dos atletas a prueba para convertirse en una historia en la que el mundo había puesto los ojos.

El hielo los esperaba otra vez.

Y ahora sabían que cada paso, cada respiración cercana, cada casi-beso ya no sería solo cosa suya.

Sería un fotograma. Un contenido. Un activo.

Y, quisieran o no, su química había entrado oficialmente en el paquete Frostvale.

CAPÍTULO 8

La habitación de Ava, aquella noche, parecía más pequeña de lo habitual.

No porque lo fuera de verdad —los dormitorios de Frostvale eran austeros, pero funcionales—, sino porque ella estaba dentro como si llevara encima un estorbo invisible. Una tensión que no se veía, pero ocupaba sitio. Se colaba entre los cajones abiertos, entre los pliegues de las sábanas, en el vapor que aún flotaba después de la ducha.

Encima de la cama estaba extendido el vestido del gala.

Oscuro, fluido, elegante de esa manera que no necesita brillar para que lo mires. La tela parecía agua quieta, lustrosa, lista para deslizarse sobre la piel y quedarse allí. El detalle que lo volvía peligroso estaba detrás: la espalda descubierta, una línea limpia que dejaba desnuda la columna casi hasta la cintura, sostenida apenas por tirantes finísimos y un corte calculado para hacerte olvidar que la vulnerabilidad puede ser un arma.

Ava lo contempló un tiempo que no supo medir.

—Es solo una noche —dijo, como si ensayara una frase ante un juez—. Una gala. Un evento. Caras, sonrisas, patrocinadores. Fin.

Pero su voz sonó más frágil de lo que quería.

En la mesilla, el móvil vibró por tercera vez en cinco minutos. Ignoró la pantalla. No quería ver más comentarios debajo de aquel vídeo, más corazones rojos, más frases que hablaban de ella y de Liam como si fueran personajes diseñados para entretener a la gente.

Ese era su reflejo condicionado: controlar la percepción. Medir. Corregir.

Solo que aquella noche no se trataba de corregir un lutz ni una entrada. Se trataba de entrar en una sala llena de ojos sin tener el hielo como escudo.

Ava cogió el vestido y lo levantó. La tela se le escurrió entre los dedos con un peso leve, casi engañoso. Se lo colocó frente al espejo y se miró: camiseta de tirantes sencilla, el pelo aún húmedo, la cara limpia. La Ava que existía cuando no tenía que ser "Reynolds".

Inspiró y, luego, se metió el vestido.

Le cayó encima sin pelear, como si estuviera hecho para ella. Le rozó las caderas, marcó la cintura, se abría sobre las piernas con una abertura que prometía movimiento. Cuando se lo cerró, sintió lo primero que no había previsto: el aire frío en la espalda.

Un escalofrío le subió por la columna como una mano.

Se quedó inmóvil un instante, los hombros apenas tensos. No era pudor. Era conciencia.

Se giró despacio para verse la espalda en el espejo. El corte era nítido. La piel se veía lisa, vulnerable, expuesta. Una invitación, un riesgo, un desafío.

Y, como siempre, el pensamiento fue donde no quería.

Ethan.

Por un segundo lo vio nítido: la forma en que, años atrás, le había rozado la espalda entre bambalinas antes de un evento. Un toque ligero que, desde fuera, parecía protección. Por dentro era una marca. Un "eres mía" sin palabras.

Se le encogió el estómago y, casi como defensa, una parte de ella intentó recordar también el lado seductor de aquel poder. Lo fácil que Ethan hacía que todo pareciera bajo control. La manera en que la miraba como se mira un diamante: bonito, caro, para guardarlo a salvo.

Le entraron ganas de arrancarse el vestido y ponerse una sudadera.

Y entonces, como un corte limpio, se le coló otro pensamiento.

Liam.

No el Liam que gritaba sobre el hielo o resoplaba delante de Jensen. El Liam del pabellón vacío. El que le había rozado el antebrazo con el pulgar, despacio, como si el tiempo pudiera estirarse hasta volverse soportable. El que había bromeado con su comportamiento disciplinario porque la había visto mirarlo demasiado de cerca.

Ava apretó la mandíbula.

—No —susurró, como si le hablara a una tentación—. Esta noche no es por él.

Se recogió el pelo en un medio moño suave. Dejó algunos mechones sueltos, enmarcándole la cara sin la severidad del entrenamiento. Se puso unos pendientes pequeños, casi invisibles. ¿Perfume? No. Demasiado. No quería añadir otra arma.

Luego se miró a los ojos en el espejo.

Había un temblor mínimo; no de miedo, sino de la conciencia de que esa noche podía perder el control de una forma nueva.

Cogió el clutch, cerró la puerta y salió.

El centro de eventos donde se celebraba la gala era un edificio moderno de cristal y madera, frente al lago helado. Fuera, el aire de Vermont mordía y la nieve crujía bajo los pasos. Dentro, el calor era dorado, olía a cera, a telas buenas y a champán.

Ava entró con Maya y otras dos chicas del patinaje. La sala estaba llena: patrocinadores, personal, algún que otro padre influyente, donantes locales, periodistas invitados "de confianza". No era una multitud enorme, pero era la adecuada. La que cuenta. La que habla.

Cada vez que entraba en un lugar así, Ava notaba cómo su cuerpo cambiaba la manera de estar. La espalda se le enderezaba, la barbilla se le elevaba un grado. No era vanidad. Era supervivencia.

—Vale —susurró Maya, agarrándole el brazo con entusiasmo—. Si esta noche nadie te pide una foto, me enfado.

Ava esbozó una sonrisa.

—Si esta noche alguien me pide una foto, yo salgo corriendo —respondió.

—Demasiado tarde. —Maya señaló con la barbilla hacia un grupo de chicos cerca del bufé—. Ya te han reconocido. Culpa tuya y del reel.

Ava evitó mirar. Aun así sentía los ojos encima. Más de una vez, en los últimos días, había tenido la sensación de haberse convertido en "contenido". El vídeo viral había abierto una ventana sobre ella y Liam que nadie parecía dispuesto a cerrar.

Pero se repitió: gala. Sonrisas. Patrocinadores. Fin.

Hasta que lo vio.

Liam estaba junto a una de las mesas altas, en medio de un grupito. Hablaba con Andy y con un hombre al que Ava reconoció como patrocinador local: abrigo elegante, barriga de directivo, sonrisa de "tengo dinero y sé usarlo".

Liam llevaba un traje oscuro de corte limpio, camisa clara sin excesos. La tela seguía la línea de sus hombros anchos y los convertía en elegancia en vez de en muro. El pelo estaba arreglado; no demasiado, pero lo suficiente para que pareciera… adulto.

Demasiado guapo, pensó Ava, y la frase le sonó casi como un insulto.

El Liam que ella conocía pertenecía al ruido: cuchillas, golpes, sudor. Este Liam pertenecía al silencio que precede a una reunión importante.

Se giró, como si la hubiera notado.

Sus ojos se le clavaron y se quedaron allí.

No fue una mirada rápida, educada. Fue una mirada lenta. Como si estuviera leyendo un idioma nuevo en su piel. Como si el vestido le hubiera quitado la posibilidad de fingir indiferencia.

Liam se separó del grupo y se acercó.

Ava sintió, antes de que llegara, una corriente caliente cruzándole el estómago. Se odió un poco por ese aviso físico. Pero no pudo apagarlo.

—Carter —dijo cuando él estuvo a distancia de conversación, como si fuera un saludo neutro.

—Reynolds —respondió él, casi imitándola.

La mirada le bajó despacio, de la cara a los hombros, a las clavículas. Volvió a subir. Y luego, con un leve giro de cabeza, se fue detrás. A la espalda descubierta.

Ava sintió esa "pausa" por todo el cuerpo, como si fuera un silencio musical puesto a propósito para que notara el peso del aire.

Liam tragó saliva.

—Estás… —empezó.

Y se detuvo, como si la palabra siguiente fuera peligrosa.

—Estás bien —terminó, y la frase se quedó pequeña para todo lo que había detrás.

Ava alzó una ceja, intentando recuperar el control.

—¿Solo "bien"? —lo pinchó.

Liam medio sonrió, pero los ojos no se le reían.

—No quiero arriesgarme a decir algo que luego acabe en internet —contestó—. Ya somos un "activo". ¿Te acuerdas?

La palabra activo le tensó la mandíbula.

—Cierto —dijo, irónica—. ¿Cómo olvidarlo?

Liam se movió medio paso para que los demás no quedaran justo detrás de él. No era huida. Era instinto. Como si, incluso allí, buscara un rincón de privacidad.

—No te reconocía —dijo Ava, un punto más suave—. Estás… presentable.

—Gracias. —Él resopló—. He tardado treinta minutos en entender cómo se ata una corbata. Casi llamo a Jensen. Luego recordé que me odia.

Ava soltó una risita breve.

—Te odia porque le das trabajo extra.

—Me odia porque existo —replicó Liam—. Pero sí, también por eso.

Se miraban demasiado. Ava lo supo por la tensión que se le acumulaba en los hombros. Era raro: estar rodeada de gente y, aun así, sentir que estaban solos.

Una voz cortó el espacio entre ellos.

—Ava.

El nombre dicho así, suave, seguro, tenía un peso propio.

Ethan.

Ava lo vio llegar con la misma naturalidad con la que había entrado en Frostvale días antes: no pedía espacio, lo ocupaba. Esmoquin perfecto, reloj discreto y caro, sonrisa calibrada para el público.

A su lado, Claire: la socia joven, elegante, lista para ser el accesorio que se ríe en el momento justo.

Ethan posó los ojos en Ava y la escaneó en un segundo: vestido, pelo, espalda al aire. Su mirada no era deseo. Era evaluación.

—Estás espectacular —dijo.

El cumplido era impecable. Demasiado. Olía a flashes.

—Ethan —respondió Ava, educada.

Él se acercó lo suficiente como para que ella percibiera su perfume. Un olor limpio, caro, construido para quedarse.

—Hacía tiempo que no nos veíamos en un contexto tan… —dijo, mirando alrededor— adecuado para nosotros. Lo echaba de menos.

Ava notó la trampa en la frase: "nosotros". La idea de que seguían existiendo como unidad.

—Esto es un evento de Frostvale —respondió, sin darle agarre—. No un… regreso.

Ethan sonrió, como si aquella resistencia lo divirtiera más de lo que lo irritaba.

—Claro —dijo—. Siempre tan precisa.

Luego hizo un gesto hacia Claire.

—Ava, te presento a Claire. Claire, Ava Reynolds.

Claire le estrechó la mano con entusiasmo medido.

—Encantada. Por fin —dijo—. Te he visto por todas partes estos días.

Ava lo entendió al momento: vídeo. Reel. Viralidad.

—Ah —hizo, eligiendo una respuesta neutra—. Sí, bueno… es trabajo.

Liam, que había sido una presencia silenciosa a su lado, soltó una carcajada sin alegría.

—Es increíble cuánta gente sabe lo que hacemos "por trabajo" —dijo.

Ethan lo miró con la paciencia de quien tolera una variable molesta.

—Al público le encantan las historias —comentó—. Y vosotros dos le estáis dando una muy interesante.

Ava sintió que la temperatura de la sala bajaba medio grado.

—Estamos dando una actuación —corrigió, más seca.

Ethan inclinó la cabeza.

—Las actuaciones son historias, Ava. Tú lo sabes —dijo—. Y yo sé cómo vender historias.

Detrás, el cuarteto empezó una pieza más lenta. La música cambió el color de la sala. Una invitación a bailar que se coló entre las mesas como un perfume.

Liam captó ese cambio como una salida de emergencia.

Se volvió hacia Ava, ignorando deliberadamente a Ethan.

—¿Bailas? —preguntó.

La pregunta era simple. Pero el contexto la convirtió en una declaración.

Ava sintió la mirada de Ethan encima, de pronto más fría. Claire sonrió como si estuviera viendo un triángulo del que solo había leído en la prensa rosa.

Ava miró a Liam.

En sus ojos había una chispa que no era solo provocación. Sí, quería darle celos a Ethan. Pero no era solo eso. La verdad estaba en cómo se lo había pedido: como si también estuviera pidiendo otra cosa. Como si preguntara: "¿me eliges? aunque sea un minuto".

—Solo para fastidiarlo —añadió Liam, bajando la voz un tono.

Ava notó una pequeña llama encenderse en el estómago.

No por venganza. No solo.

Porque, por primera vez, alguien le ofrecía un gesto público que no era control, sino elección.

—Solo por eso —respondió Ava, dejando que sonara como una promesa irónica y frágil a la vez.

Apoyó la mano en la suya.

Ethan no dijo nada. Pero Ava vio su mandíbula tensarse, apenas. Un detalle mínimo, pero suficiente.

Liam la condujo hacia la pista de baile.

La pista era un rectángulo de parquet brillante en el centro de la sala, enmarcado por luces cálidas y gente que se movía despacio: parejas y parejitas, patrocinadores y atletas, personal y donantes. Todo en modo "elegancia de compromiso".

Ava, sin embargo, sintió enseguida que lo suyo con Liam no iba a ser de compromiso.

En cuanto se detuvieron, él le colocó una mano en la espalda.

No en la parte alta, donde habría sido formal.

Más abajo.

Donde el vestido dejaba la piel desnuda.

El contacto fue directo, piel con piel, caliente en contraste con el aire de la sala. Ava se tragó el aliento. Sintió la mano de Liam como

una presión llena, real, que no pedía perdón pero tampoco exigía.

Él entrelazó la otra mano con la suya. Sus dedos encajaron con naturalidad, como si ya lo hubieran hecho antes. Quizá lo habían hecho, sobre el hielo, de otra manera.

—Dime si aprieto demasiado —murmuró él, cerca.

Ava alzó la mirada.

—Dime si te piso —respondió.

Liam esbozó una sonrisa lenta.

—No entra en mi conjunto de habilidades —admitió.

Empezaron a moverse.

Los pasos eran sencillos. Un lento casi de principiantes. Pero Liam guiaba sin brusquedad. Con atención. Desplazaba el peso antes de desplazarla a ella, como si quisiera que el cuerpo lo entendiera antes que la cabeza.

Ava se dio cuenta de que lo seguía. Con una facilidad que la irritó y la tranquilizó al mismo tiempo.

Sus cuerpos se acercaron poco a poco, como si el ritmo empujara a reducir el espacio. El pecho de Liam rozaba el de Ava en cada paso. No era un golpe; era un contacto repetido, inevitable, que le hacía notar cada respiración.

Los muslos se tocaron. Una vez, y luego otra. La tela del vestido contra el pantalón de él. Cada vez, un escalofrío.

Ava percibió el olor de Liam, no un perfume fabricado: era piel, jabón, un resto de hielo y esfuerzo que ningún traje podía borrar. Notó su aliento en el cuello cuando él bajó la cabeza para hablar.

—Lo estás haciendo bien —susurró.

—¿Bailar? —preguntó ella, irónica, pero la voz le salió más baja de lo previsto.

—Existir sin armadura —respondió él.

La frase le golpeó más que el contacto.

Ava apretó sin querer los dedos en su mano. Liam lo sintió, y su mano en la espalda se volvió más presente, más firme. No era posesión. Era sostén.

Como en el hielo.

Solo que aquí no había excusa de lift.

Ava sintió el corazón acelerarse. Se odió un poco por el placer peligroso que le invadía. Se odió porque, después de Ethan, se había prometido no volver a confundir contacto con seguridad.

Y, sin embargo, esto era distinto. Y precisamente por eso daba más miedo.

Liam dio medio paso y la hizo girar despacio. La espalda de Ava siguió bajo su mano y cada movimiento de la palma sobre la piel desnuda era un recordatorio de que el vestido no protegía nada.

Ava se dio cuenta, con una punzada, de que Ethan los miraba.

Lo vio por encima del hombro de Liam: quieto, inmóvil, con una copa en la mano, la cara bajo control. Claire, a su lado, se reía con alguien, pero Ethan no se reía.

Liam siguió la mirada de Ava y lo entendió. Una sonrisa le cruzó los labios, pero no era alegre.

—¿Quieres que me pase? —preguntó en voz baja, como si hablara de una figura.

Ava inspiró.

Una parte de ella quería decir que no. Ser racional. Acordarse de la directora, de Frostvale, del "no sabotear el show".

La otra parte, la que había sido demasiado tiempo dirigida y gestionada, quería decir que sí. Solo una vez. Solo para sentir qué se siente al elegir.

—Haz que parezca natural —respondió Ava.

Liam soltó una risita.

—O sea que sí quieres fastidiarlo —dijo.

—No —corrigió ella, mirándolo a los ojos—. Quiero dejar de dejarme guiar por él.

Durante un instante, Liam la miró como si esa frase fuera una línea en el hielo.

Y entonces se acercó aún más.

El contacto entre los dos se volvió pleno. Cuerpo contra cuerpo.

Ava sintió el pecho de Liam presionando contra el suyo a cada paso, el calor atravesando la tela, su mano en la espalda sujetándola exactamente donde quería. Ya no lejos. Ya no "segura". Presente.

La música se hizo más lenta… o quizá eran ellos quienes habían ralentizado.

Liam bajó la voz, con la boca cerca de su oído.

—Si esto sigue así —susurró—, no voy a saber si lo hago para fastidiarlo… o por mí.

Ava cerró los ojos medio segundo.

Sintió las palabras deslizarse por la piel como un roce. No era una declaración de amor. Era una confesión instantánea. Un "ya no estoy jugando" sin decirlo.

Ava abrió los ojos y lo sostuvo.

—Quizá —murmuró— deberías dejar de separar las dos cosas.

Liam contuvo el aliento. Ava lo notó en su pecho. Una expansión lenta, como una ola.

Su mano entrelazada se apretó apenas. Los dedos de Ava resbalaron un poco hasta el interior de la muñeca de él, donde podía sentir el pulso.

Iba rápido.

No por el baile. Por ella.

Ava sintió un placer súbito, casi culpable. Un pensamiento fugaz: soy yo quien te lo provoca.

Se odió por pensarlo. Pero lo pensó.

Pasaron unos segundos así, en un equilibrio frágil. Ya no hablaron. Solo se movieron. El mundo alrededor —charlas, copas— parecía lejos.

Ava tuvo la sensación de que, si levantaba la barbilla un centímetro, si Liam inclinaba la suya, entrarían en esa zona donde la química deja de ser "activo" y se convierte en elección.

Y por primera vez no fue solo el miedo lo que la detuvo.

Fue la lucidez.

Esa noche era pública. Había ojos por todas partes. Y ella no quería que el primer beso —si alguna vez ocurría— fuera un contenido.

Liam, como si le hubiera leído el pensamiento, no empujó más. Pero tampoco se retiró. Se quedó cerca, como diciendo: no hoy, pero no me voy.

La música terminó.

El cuarteto dejó caer la última nota lentamente. Algunos aplausos discretos. La sala volvió a respirar.

Pero Ava y Liam se quedaron quietos un segundo más de lo necesario.

Los dedos aún entrelazados.

La mano en la espalda aún apoyada.

Ava notó el calor de la palma de Liam sobre la piel como una marca.

Luego, despacio, él la soltó.

Centímetro a centímetro.

Como si separarse costara.

Ava inspiró. Sintió el aire más fresco en la espalda desnuda justo donde la mano ya no estaba.

—Gracias —dijo, sin saber muy bien por qué.

Liam sonrió apenas.

—¿Por qué? —preguntó, suave.

Ava negó con la cabeza.

—Por no hacerme sentir… —buscó la palabra— pequeña.

Liam la miró. Se le endureció la seriedad en los ojos.

—No lo eres —dijo—. Solo que alguien te ha convencido de lo contrario.

Ava iba a contestar cuando una presencia fría cortó el aire.

Ethan.

Estaba a pocos metros, quieto, con la copa en la mano. La mirada helada. No parecía furioso de forma teatral. Parecía… calculador. Alguien que ya está decidiendo su siguiente jugada.

Cuando Ava cruzó su mirada, Ethan sonrió apenas. Una sonrisa fina, más para el público que para ella.

Y se acercó.

—Bonito número —dijo, con voz ligera—. Muy… convincente.

Ava sintió la rabia subirle como una ola. No por la frase. Por la forma en que Ethan convertía cualquier cosa en performance.

—Era un baile —respondió Ava.

—Claro. —Ethan asintió, los ojos pasando por Liam y volviendo a ella—. Y la química es muy útil para el show. Helen estará encantada.

Liam dio un paso, casi imperceptible, hacia delante. Ava lo notó: un gesto de protección más que de desafío.

Ethan lo vio y se divirtió.

—Carter —dijo—, tengo que admitirlo: con traje casi pareces presentable.

—Casi —respondió Liam, plano—. Es lo máximo que puedo ofrecer.

Claire apareció junto a Ethan, sonriente, ajena a la tensión.

—¡Oh, os he visto bailar! —dijo entusiasmada—. Sois… realmente magnéticos. El público se va a volver loco.

Ava forzó una sonrisa.

—Es solo una noche —dijo.

Claire se rió.

—Sí, pero así empiezan las historias que funcionan —comentó.

Ethan le puso una mano en la espalda a Claire, gesto impecable, y miró a Ava como si dijera: yo también sé jugar.

—Deberíamos hablar, Ava —dijo, cambiando el tono—. Quizá luego. Tengo algunas ideas para gestionar esta… atención.

Ava sintió el viejo reflejo: decir que sí, aceptar, escuchar.

Y debajo de ese reflejo, sintió otra cosa: la mano de Liam en su espalda, piel contra piel, que nunca había intentado poseerla. Solo estar.

Ava inspiró y dio un paso pequeño pero decidido atrás, fuera de la órbita de Ethan.

—Esta noche no —dijo.

Ethan parpadeó apenas. Una sombra de sorpresa que enseguida cubrió con la sonrisa.

—Como quieras —respondió—. Pero ya sabes dónde encontrarme.

Se alejó con Claire, dejando tras de sí la estela de su perfume caro.

Ava se quedó quieta, siguiéndolo con la mirada hasta que se perdió. Notó un temblor interno. No miedo. Una liberación incompleta, pero real.

Liam le rozó la mano con la suya, sin entrelazarla.

Solo un contacto leve. Una pregunta silenciosa: ¿estás bien?

Ava asintió apenas, sin mirarlo al instante.

Cuando lo hizo, encontró en sus ojos algo distinto a la provocación.

Había respeto. Y un hambre que él estaba conteniendo con disciplina, como si supiera que ceder allí, en medio de aquella sala, lo complicaría todo.

Y Ava entendió, con una claridad que casi dolía, que algo había saltado y ya no podían fingir.

No era solo un truco para darle celos a Ethan.

No era solo un "activo".

Era un hilo tenso entre los dos, ya visible incluso para quien miraba desde fuera.

Ethan lo había visto.

Ella lo había sentido.

Y Liam… Liam lo sostenía con la misma atención con la que la sujetaba en el hielo: lo bastante fuerte para que no se cayera, pero no tanto como para hacerle daño.

La gala continuó a su alrededor —risas, copas, música—, pero Ava se sintió como si acabara de salir de una habitación y hubiera abierto otra, mucho más peligrosa.

Una habitación sin reglas escritas.

Y con una sola certeza: después de ese baile, ya no podrían decir "es solo trabajo" sin mentir.

CAPÍTULO 9

El hielo, aquella mañana, tenía una manera muy particular de ser cruel.

No lo hacía con ruidos fuertes, ni con grietas repentinas como en las películas. Era más sibilino: una superficie lisa, casi perfecta, que prometía estabilidad mientras, por debajo, en los puntos donde la humedad se había condensado o donde una cuchilla había marcado demasiado profundo, existía una variación ínfima del rozamiento. Una nada. Lo justo para hacer resbalar una certeza.

Ava lo notó en la primera vuelta.

Una vibración minúscula, un temblor que le subió desde la cuchilla hasta el tobillo como un mensaje cifrado. El cuerpo lo registró al instante. La mente, más cabezota, intentó ignorarlo.

—Otra vez —ordenó Jensen desde la valla, golpeando la carpeta con el bolígrafo—. Desde el cambio de dirección. Más suave. Más limpio.

La voz del entrenador rebotó en el aire frío del pabellón junto con mil sonidos más: palos de hockey golpeando el puck, gritos cortos, patines arrancando el hielo, el zumbido del sistema bajo la pista.

El proyecto Frostvale, en su versión más brutal: convivencia y ruido.

Ava asintió sin mirarlo. La coleta alta le tiraba un poco del cuero cabelludo, un recordatorio físico de la disciplina. Llevaba puesto el maillot de entrenamiento oscuro y una chaqueta ligera abierta por delante. La rodilla derecha estaba "bien". O, al menos, siempre lo había estado. Una de esas partes del cuerpo en las que nunca había tenido que pensar de verdad.

Mientras no piensas en ello, el cuerpo funciona.

En el borde, Liam estaba apoyado en la barandilla con una despreocupación que ya no engañaba a nadie. Casco bajo el brazo, guantes metidos en la cinturilla del pantalón, camiseta térmica

ceñida bajo el uniforme. Oficialmente estaba allí "de paso": su entrenamiento con Andy empezaba más tarde, y había decidido quedarse a ver la sesión de Ava.

No la miraba como un patrocinador, ni como un entrenador. La miraba como alguien que conocía tu peso cuando te apoyabas en él y que ahora lo recordaba sin querer.

Ava sintió esa mirada en la espalda como una fuente de calor.

Le molestaba que le gustara.

—¿Lista? —preguntó Jensen, más impaciente.

Ava se llevó las manos a la cintura, inspiró hondo. Una inhalación larga que sabía a hielo y metal.

—Sí.

Arrancó.

Una diagonal. Un cruce. Un cambio de canto. La entrada del cambio de dirección era sencilla, en teoría. Y justo por eso resultaba humillante: no era un salto espectacular ni una combinación difícil, sino un fundamento que debía salir perfecto.

Cargó el peso en el pie izquierdo, giró el torso, alineó la rodilla.

Durante una fracción de segundo, todo estuvo bien.

Y entonces el hielo hizo esa broma diminuta.

La cuchilla se deslizó donde no debía. Un centímetro. Quizá menos. El cuerpo intentó compensar con un gesto automático: la cadera se cerró demasiado, la rodilla derecha asumió la carga con un instante de retraso.

Y la rodilla cedió.

No como una simple pérdida de equilibrio. Fue un derrumbe interno: una flexión antinatural, un ángulo equivocado, la sensación de que "algo ya no está en su sitio".

El dolor explotó al momento: blanco, feroz.

Ava sintió el grito atascarse en la garganta.

—¡Ah!

La voz se le apagó mientras el mundo se inclinaba de golpe. La vista se le llenó de luz y hielo. El techo pareció venirse encima demasiado rápido.

Vio el borde de la pista, un destello de chaquetas, caras que se giraban.

Sintió su cuerpo caer.

Y entonces sintió a Liam.

No lo vio llegar. Lo percibió como urgencia. El ruido de cuchillas cortando el hielo a otra velocidad, más agresiva, más desesperada. Un grito lejano —¿Jensen? ¿Andy?— diciendo "¡parad!".

Liam la alcanzó antes de que la cabeza pudiera golpear.

Un brazo le pasó por detrás de los hombros, el otro bajo la cadera. La atrajo contra sí con un gesto instintivo, como si su cuerpo ya supiera dónde ponerse para hacer de escudo.

El golpe en la cabeza no llegó.

Ava sintió el hielo solo un instante, y después el calor de él en todas partes: bajo la nuca, contra la espalda, a lo largo del costado. Su pecho era un muro sólido que absorbió el impacto.

—Ava —la llamó Liam, con una voz de pronto baja y afilada a la vez—. Eh. Mírame. Mírame.

Ella buscó aire. El dolor en la rodilla latía como una alarma, pero la cabeza estaba clara.

—La rodilla… —consiguió decir, apretando los dientes, la voz rota.

—Lo sé —respondió él al instante, sin dudar, como si hubiera hecho el inventario de daños en un segundo—. No te muevas.

A su alrededor, el pabellón cambió de ritmo. Los entrenamientos se detuvieron en oleadas: primero el patinaje de al lado, luego el hockey. Alguien gritó que dejaran espacio. El sonido de los patines se alejó, y quedó un vacío repentino, un silencio tenso que hizo que el zumbido del sistema bajo la pista sonara aún más.

Ava intentó mover la pierna por instinto. Liam le bloqueó el gesto con una presión firme en el costado, sin hacerle daño pero impidiéndole cualquier movimiento inútil.

—No —dijo, más duro—. Quieto.

Ava tembló. No supo enseguida si era por el frío o por el shock. El dolor le humedecía los ojos.

Liam la apretó más, como si quisiera impedir que se perdiera dentro de esa sensación.

—Respira —le dijo, y ahora su voz era otra: más calmada, más cerca—. Conmigo. Uno, dos… así.

Ava intentó seguir ese ritmo, no porque fuera una orden, sino porque era lo único estable en ese momento.

El médico llegó corriendo y se arrodilló junto a ellos. Un hombre de unos cuarenta, manos expertas, expresión ya concentrada.

—¿Rodilla? —preguntó.

—Derecha —respondió Liam antes que ella—. Torsión. Ha cedido en un cambio de dirección.

El médico asintió.

—¿Puedes sentir los dedos del pie? —le preguntó a Ava, sin rodeos.

—Sí —respondió ella, con la voz aún fina.

—¿Hormigueo? —insistió.

—No.

—Bien —dijo, comprobando rápido—. Hay que llevarla a la enfermería. Despacio.

Ava sintió un peso en el estómago, un miedo más grande que el dolor: el miedo a que la vieran así. En el suelo. En un lugar donde todos esperaban que ella fuera el equilibrio hecho persona.

No miró alrededor. No quería ojos, ni susurros.

Pero Liam sí la miró.

—La llevo yo —dijo al médico. No era una pregunta.

El médico lo observó un segundo, calibrando fuerza y prisa.

—Vale, pero con cuidado —asintió al fin—. Y que alguien avise a la directora. Ya.

Liam metió un brazo bajo sus rodillas y el otro detrás de su espalda. La levantó con una delicadeza sorprendente, sin tirones. Ava se aferró a su camiseta por instinto; los dedos se le cerraron sobre la tela como si fuera el único asidero del mundo.

Sintió el cuerpo elevarse, el cambio de presión. La rodilla lanzó una punzada que la hizo estremecerse.

—Perdona —murmuró Liam de inmediato, apretándola un poco más para estabilizarla—. Dime si empeora.

Ava intentó sonreír, pero solo le salió un aliento roto.

—No… no me sueltes —dijo, y odió lo vulnerable que sonó.

Liam no respondió con palabras. Solo la estrechó. Más fuerte, más seguro.

En el pasillo que llevaba a la enfermería, el ruido del pabellón fue apagándose poco a poco. Quedaron el latido del corazón de Liam contra el suyo, su respiración junto a su oreja y el dolor martilleándole la pierna como un metrónomo cruel.

La enfermería era un cuadrado blanco, demasiado limpio, demasiado iluminado. Olía a desinfectante y a plástico nuevo. No tenía nada de la poesía del hielo; era un lugar que existía solo para recordarte que el cuerpo es carne y límites.

El médico la sentó en la camilla. Ava apoyó las manos a los lados, intentando sostenerse. La rodilla derecha estaba elevada, ya hinchada, la piel más caliente que el resto del cuerpo.

Liam se sentó frente a ella, en las sillas bajas junto a la camilla, con las piernas abiertas para que ella pudiera mantener la rodilla entre ambas sin forzar la postura. Se quedó allí, cerca, como si temiera que alguien fuera a llevársela.

Ava lo miró un segundo, solo para agarrarse a algo real. La camiseta térmica se le pegaba al pecho, aún húmeda de sudor. El pelo era un desastre controlado. Los ojos oscuros, tensos.

El médico palpó, preguntó, comprobó movilidad con gestos rápidos y profesionales. Cada presión era una pequeña explosión.

Ava no gritó. No porque no doliera, sino porque no quería concederle ese sonido al mundo. Aun así, el cuerpo le temblaba.

Liam, en cambio, no temblaba. Pero sus manos sí: las mantenía apretadas entre las rodillas, los nudillos blancos.

—No hay fracturas evidentes —dijo el médico después de la última prueba—. Probable esguince. Necesitamos una radiografía para descartar lesiones ligamentarias. Inmovilizamos, hielo. Y reposo.

Ava cerró los ojos. No por rendición, sino porque la palabra reposo sabía amarga.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, con la voz plana, casi sin emoción. Era peor si mostraba miedo.

El médico dudó.

—Depende —respondió—. Días. Semanas. Hay que hacer una resonancia. Hoy y mañana veremos cómo evoluciona.

Vendó la rodilla con cuidado, capa tras capa. La venda estaba tibia al principio; luego se convirtió en una presión tranquilizadora. Al final colocó una bolsa de hielo encima.

—Diez minutos sí, diez no —recordó—. Nada de hielo directo sobre la piel. Y nada de entrenamientos.

Ava abrió los ojos y se quedó mirando el techo, como si allí arriba pudiera haber una solución.

—¿Y el show? —preguntó sin pensar.

El médico la miró con severidad.

—Primero camina —dijo—. Luego bailas en el hielo.

Ava apretó la mandíbula.

El médico se giró hacia Liam.

—Vigílala —dijo—. Si aumenta el dolor, si se hincha demasiado, si pierde sensibilidad: me llamáis. Y quiero que la vea un especialista en menos de veinticuatro horas.

—Sí —respondió Liam, seco.

Cuando el médico salió, la puerta se cerró con un clic que sonó demasiado fuerte en el silencio.

Ava se quedó inmóvil. La rodilla latía bajo el hielo, pero lo peor era esa sensación de estar parada. Impedida.

Liam le miró la cara.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Como si me hubieran arrancado una parte —respondió ella, sin sarcasmo—. Y la hubieran dejado en el hielo.

Él no intentó bromear.

—Te he agarrado a tiempo —dijo en cambio.

Ava tragó saliva. El recuerdo del cuerpo cayendo, y luego su pecho haciendo de escudo, seguía vivo. Demasiado vivo.

—Gracias —murmuró.

Liam hizo un gesto mínimo con la cabeza, como si no fuera nada. Pero la tensión en los hombros decía lo contrario.

Se levantó despacio de la silla y se acercó a la camilla, agachándose a un lado para ver mejor la bolsa de hielo.

—Se resbala —observó—. ¿Puedo colocártela?

Ava asintió.

Las manos de Liam se movieron con una lentitud inesperada. No era el Liam brusco del vestuario, el de los chistes rápidos para tapar lo demás. Era un Liam atento, casi delicado.

Cogió la bolsa de hielo y la centró en la rodilla, presionando apenas para que encajara mejor. Sus dedos rozaron la piel desnuda por encima de la venda, justo donde el maillot estaba arremangado.

Ava tembló.

No solo por el frío.

Liam se detuvo al instante; los ojos le saltaron a la cara.

—¿Te duele? —preguntó, más bajo.

—Sí —respondió ella. Y añadió, con un hilo de voz—: Pero no solo.

Liam se quedó quieto un segundo, como si estuviera calculando qué estaba permitido. Luego volvió a ajustar el hielo, con aún más cuidado, evitando puntos sensibles, repartiendo la presión como si su mano pudiera proteger de verdad algo.

Ava se quedó mirando sus dedos. Las venas marcadas, las uñas cortas, las pequeñas señales de arañazos. Parecían manos hechas para encajar golpes y devolverlos. Y, sin embargo, en ese momento eran manos que pedían permiso sin palabras.

—No tienes que quedarte —dijo Ava, intentando recuperar control con la voz—. Tienes entrenamiento.

—Ya he avisado a Andy —respondió Liam—. Me ha dicho que si no vuelvo con tus dos piernas funcionando, me mata.

Ava esbozó una sonrisa que se le apagó enseguida.

—¿Y Jensen?

—Jensen seguramente está escribiendo un discurso motivacional que le pondrá los pelos de punta hasta al hielo —respondió Liam.

El silencio cayó entre los dos un instante. No era incómodo. Estaba lleno.

Entonces, sin aviso, el móvil de Ava vibró sobre la camilla, junto al clutch. Un mensaje.

Ava lo vio sin leerlo. La notificación mostraba solo un nombre.

ETHAN.

El corazón le dio un pequeño golpe. No porque lo quisiera. Por costumbre. Por condicionamiento.

Liam lo vio.

—Es él —dijo, más afirmación que pregunta.

Ava no contestó de inmediato. Miró la notificación como si fuera un insecto bajo cristal.

—No tienes por qué… —empezó.

—No me importa el contenido —la cortó Liam, tenso pero sereno —. Me importa la cara que se te queda cuando lo ves.

Ava apretó los labios. Luego, con un gesto rápido, cogió el móvil y lo desbloqueó.

El mensaje era breve, perfecto, como él.

Me han dicho lo del accidente. Ya he contactado con un traumatólogo privado. Llega esta tarde. No quiero que te pongan en manos de cualquiera.

Ava sintió una rabia fría subirle.

—Ya ha… —murmuró, incrédula.

Liam se inclinó lo justo para leer. Se le tensó la mandíbula.

—Claro que ya ha contactado con alguien —dijo—. Porque no puede ser algo que gestiones tú. O la academia. Tiene que pasar por él.

Ava apretó el móvil con tanta fuerza que la funda crujió.

—No es un delito mandar a un médico —dijo, más por defenderse que por convicción.

—No —concedió Liam—. No lo es. Pero no es un gesto neutro, Ava. Es una correa disfrazada de cuidados.

Le dolió porque era verdad.

Y porque una parte de ella ya estaba pensando: quizá es mejor tener un especialista. Quizá lo necesito de verdad. Quizá…

El condicionamiento era un animal que conocía bien sus caminos.

La puerta de la enfermería se abrió.

Helen, la directora, entró con paso controlado. Traía la mirada de quien ya ha recibido tres llamadas y dos correos.

—¿Cómo está? —preguntó, y por una vez la voz le dejó asomar algo humano.

—Esguince —respondió Ava—. Hay que hacer resonancia.

Helen asintió.

—Ya he reservado una cita con nuestro traumatólogo concertado —dijo—. Y he informado al personal. Hoy descansas.

Ava abrió la boca para decir "no puedo".

Helen se lo leyó en la cara.

—Ahora no discutas —dijo—. Tu orgullo puede esperar. Tu rodilla no.

Liam no dijo nada, pero no dejó de mirarla.

—Ethan Ward me ha escrito —añadió Helen, como si hablara de un temporal inevitable—. Dice que envía a un especialista suyo.

Ava sintió un nudo apretarle por dentro. Helen la observó.

—No me niego a una segunda opinión —continuó la directora—. Pero no vamos a aceptar imposiciones. ¿Está claro?

Ava asintió, pero era un sí frágil.

Helen dio un paso hacia Liam.

—Tú —dijo, tajante—. Gracias por agarrarla. Ha sido…

No terminó la frase. No estaba acostumbrada a agradecerle a sus atletas el ser humanos. Liam asintió apenas.

—¿La llevo al dormitorio? —preguntó él.

Helen dudó y luego asintió.

—Sí. Y, Carter… —añadió con un tono más duro— nada de héroes. Si le duele, se para. Si dice "estoy bien", no la creas.

Ava habría protestado, pero el dolor la traicionó con una punzada.

Helen salió dejando la puerta entornada.

Liam se volvió hacia Ava.

—¿Quieres que le conteste yo? —preguntó, en voz baja.

Ava lo fulminó.

—No.

—Vale —dijo él, sin ofenderse—. Entonces contesta tú. Pero contesta tú, no la Ava que él se espera.

Eso le dio más fuerte que cualquier consejo. Ava bajó la vista al móvil y escribió despacio, como si cada letra fuera una elección.

Gracias. Ya estoy siguiendo las indicaciones del médico de la academia. Valoraré al especialista, pero decido yo.

Pulsó enviar antes de cambiar de idea. Enseguida la náusea de la ansiedad le apretó el estómago. Liam la miró.

—Bien —dijo, muy bajo.

—No me digas "bien" —saltó ella—. No soy un perro.

—Tienes razón —concedió—. Entonces: has hecho algo difícil.

Ava no respondió. Pero el temblor de las manos se redujo un milímetro.

Volver al dormitorio fue un trayecto más largo de lo que debería.

Liam insistió en llevarla. Ava protestó, intentó apoyarse, pero en cuanto cargó peso el mensaje fue clarísimo.

Al final se dejó levantar otra vez. Una parte de ella se odió por esa rendición. Otra se ablandó en un alivio involuntario.

En el pasillo, Liam caminaba despacio, calculando cada paso, como si transportara algo frágil que no quería romper. Ava sentía su mano bajo sus rodillas, el brazo tras la espalda, el calor de su agarre.

De vez en cuando, Liam preguntaba:

—¿Así bien?

Y ella siempre respondía:

—Sí.

Pero ese sí significaba muchas cosas.

Cuando llegaron a su puerta, Liam la dejó en la cama con cuidado, casi con reverencia. Luego se arrodilló para colocarle un cojín detrás de la espalda.

—¿Llamo a alguien? —preguntó—. ¿A Maya? ¿A Jensen? ¿A tu madre?

Ava torció el gesto.

—Mi madre me haría volver a casa metida en una maleta —dijo—. Jensen me pondría a hacer meditación sobre el dolor. Maya subiría un reel con "she's down but not out" y música dramática.

Liam se rió bajo y luego se quedó serio.

—Vale —dijo—. Entonces solo tú y yo. Y mucho hielo.

Ava señaló la rodilla.

—Ya lo tengo.

Liam se sentó en el borde de la cama, frente a ella. Sus rodillas quedaban lo bastante cerca como para enmarcar la pierna lesionada sin tocarla. Había una tensión rara en el aire: una intimidad no buscada, pero inevitable.

Ava miró sus manos.

—¿Has visto cómo me miraban? —murmuró sin querer.

Liam alzó la vista.

—¿Quiénes?

—Todos —dijo Ava—. Cuando me he caído. Como si… —tragó saliva— como si por un segundo hubiera perdido el derecho a existir en ese hielo.

Liam no respondió con una frase hecha. Solo acercó la mano a su rodilla, sin tocarla. Un gesto que pedía permiso.

—¿Puedo comprobar que el hielo no se te resbala? —preguntó de nuevo.

Ava asintió.

Liam colocó la bolsa con cuidado. Sus dedos rozaron otra vez la piel por encima de la venda, apenas. Un contacto breve, casi involuntario. Pero Ava lo sintió como un chispazo.

Tembló.

Liam se quedó quieto.

—No es solo dolor —dijo él, muy bajo.

Ava se mordió por dentro la mejilla.

—Para —susurró.

—¿De qué? —respondió Liam. Pausó, y añadió aún más bajo—: Veo que cuando alguien te toca con control, te cierras. Pero cuando alguien te toca para… —buscó la palabra— para sostenerte, te tiemblan las manos porque no estás acostumbrada.

Ava lo miró. Le ardían los ojos.

—No soy frágil —dijo.

—Ya lo sé —respondió él, instantáneo—. Pero estás cansada de ser invencible.

La frase le cortó el aire.

Ava soltó una risa amarga, pequeña.

—A lo mejor es una señal —dijo, y esta vez la voz le salió más real—. A lo mejor debería dejarlo. Ya. Fin. Total… —tragó saliva— total, siempre acaba pasando algo. Un error, un salto fallado, una rodilla. Y entonces todos encuentran el motivo para decir "ya te lo dije".

Liam se incorporó. La mirada se le endureció, seria.

—No.

—No puedes… —intentó Ava.

—No —repitió, más firme—. Así no.

Ava lo miró, sorprendida por la fuerza.

—Si lo dejas —continuó Liam, con voz baja pero nítida—, no será por una rodilla. Y desde luego no será por él.

"El" era Ethan. No hacía falta nombrarlo. Ava sintió el pecho apretarse.

—No sabes lo que es cargar con una carrera que pesa más que tú —dijo, la voz resquebrajada.

Liam no retrocedió.

—Sí sé lo que es cargar con una etiqueta que no te has elegido —respondió—. Inestable. Problema. Riesgo. Es lo mismo, con otras palabras.

Se levantó del borde de la cama y dio un paso hacia ella. Ava lo siguió con la mirada. La distancia se redujo.

Liam alzó las manos despacio, como si entrara en un lugar sagrado. Le apoyó las palmas en la cara: una mejilla y luego la otra. El calor de sus manos, la firmeza de sus dedos. Los pulgares le rozaron los pómulos con un movimiento mínimo, casi como para centrarla.

Ava contuvo el aliento.

Él estaba demasiado cerca para ser neutro. Pero no la besó. No buscó su boca. No cruzó esa línea.

Solo la miró.

Y esa mirada no era la de la gala ni la de la coreografía sobre el hielo. Era una mirada cruda, abierta. Como si ya no quisiera esconderse detrás de la ironía.

—Escúchame —dijo, suave—. Si no vuelves como antes, vuelves distinta. Pero no peor. Y si alguien intenta convencerte de lo contrario… —Hizo una pausa; los pulgares se detuvieron sobre los pómulos—. No es porque te quiera. Es porque necesita que sigas siendo manejable.

Ava sintió una lágrima empujar por detrás de los ojos. La retuvo. No quería llorar delante de él.

—¿Y si yo…? —empezó, pero la voz se le rompió.

Liam no le dejó escapatoria. No con fuerza. Con presencia.

—No estás sola —dijo—. Ni ahora. Ni aunque duela. Ni aunque te parezca ridículo que te tiemblen las manos.

Ava cerró los ojos un segundo, dejando que esas palabras la tocaran más que su piel.

Cuando los abrió, el móvil vibró sobre la cama.

Otro mensaje.

Ava lo vio de reojo. ETHAN.

El corazón le dio un salto automático. Liam lo notó, pero no apartó la mirada de su cara.

—Respira —dijo, sin soltarla.

Ava alargó una mano temblorosa, cogió el móvil y lo abrió.

El especialista llega a las 16:00. Te conviene que te vea. No dejes que decidan por ti.

Ava soltó una risa sin alegría.

—Es increíble —murmuró—. Me dice que no deje que decidan por mí, mientras decide él.

Liam se separó apenas lo justo para no ahogarla, pero mantuvo las manos en su cara un segundo más.

—Contesta —dijo.

Ava lo miró.

—Ya he contestado antes.

—No lo suficiente —dijo Liam, y se frenó, como si se diera cuenta de que estaba empujando. Suavizó la voz—. No porque tengas que demostrarme nada. Sino porque cada vez que le dejas la última palabra, él se construye una casa con ella.

Ava inspiró. Escribió despacio, precisa.

Agradezco la preocupación. Pero mi rodilla es asunto mío. Si veo a tu especialista, será una decisión, no una orden.

Envió. Al instante el estómago se le cerró. El miedo a las consecuencias era una costumbre vieja. Liam por fin le soltó la cara, pero no se alejó. Se sentó de nuevo en el borde de la cama, cerca. Las manos se le fueron a los muslos, como si tuviera que contener impulsos.

—Se va a enfadar —dijo.

—Lo sé —respondió Ava, y la voz le tembló.

Liam la miró.

—¿Y?

Ava tragó saliva.

—Y entonces… —murmuró— y entonces sobreviviré también a eso.

Liam asintió despacio. Una sombra de sonrisa le rozó la boca.

—Eso —dijo—. Esa es la Ava que conozco en el hielo. La que se cae y luego se levanta. Incluso cuando duele a rabiar.

Ava cerró los ojos y dejó salir un suspiro largo.

—Hoy no me levanto —dijo, con una punta de sarcasmo.

—Hoy no —confirmó Liam—. Hoy te dejas cuidar.

Pausó y añadió, más bajo:

—Y mañana… mañana veremos. Pero no voy a dejar que tires todo por la borda porque tu cuerpo haya hecho algo humano.

Ava lo miró fijamente.

—¿Por qué te importa? —preguntó antes de poder frenarse. La pregunta era peligrosa.

A Liam le dio la sensación de recibir un golpe en el estómago. Se pasó una mano por la nuca, nervioso. Luego la miró de nuevo, serio.

—Porque eres la persona más cabezota que he conocido —dijo—. Y porque cuando te he agarrado en el hielo… —se detuvo buscando palabras— he entendido que si tú te sueltas, no te caes solo por fuera. Te caes por dentro.

Ava sintió el pecho apretarse.

—Y yo no quiero verte así —terminó él, más bajo.

Se hizo un silencio espeso.

Ava miró sus manos. Luego su cara. Luego la rodilla, como si fuera lo único a lo que pudiera agarrarse.

—Me quedaré en el proyecto —dijo de pronto.

Liam parpadeó.

—¿Qué?

—Me quedo —repitió Ava, más firme—. Aunque solo pueda trabajar brazos, aunque tenga que sentarme al borde y mirar. No… no le voy a dar el gusto de pensar que he parado porque me he roto.

Liam asintió despacio, casi conmovido, pero se contuvo.

—Eso sí que es orgullo —dijo.

Ava lo miró, agotada.

—Es lo único que tengo —admitió.

Liam ladeó la cabeza.

—No —dijo—. Tienes algo más. Solo que estás aprendiendo a verlo.

A Ava se le escapó una sonrisa pequeña, dolorida.

—No te pongas profundo —murmuró.

—Demasiado tarde —contestó él.

Se quedaron allí un rato, con la luz del dormitorio calentando apenas la habitación. Liam recolocaba el hielo cuando se resbalaba. Le trajo agua sin preguntarle. Le acomodó la manta sobre las piernas con un cuidado que no quería llamar ternura, pero lo era.

Y cuando Ava, por fin, cerró los ojos un momento, no lo hizo para huir.

Lo hizo porque, por primera vez en días, sintió que aunque se cayera, alguien haría de escudo.

No para salvarla.

Para darle tiempo de levantarse sola.

CAPÍTULO 10

Ava se despertó con una certeza extraña. No era dolor. Era… la memoria del dolor. Como cuando muerdes una manzana después de haberte quemado la lengua: el miedo llega antes que el sabor y, aun así, el sabor está ahí. La rodilla derecha seguía envuelta en el vendaje, un blanco limpio bajo el pijama, pero ya no palpitaba como la noche anterior. No estaba ese fogonazo cruel que le había cortado el aliento sobre el hielo.

Solo quedaba una molestia densa, profunda, como un moratón que te recuerda que estás hecha de carne, no solo de ambición.

Ava se quedó mirando al techo unos minutos, escuchando los ruidos del dormitorio: duchas abiertas, puertas que se cerraban de golpe, risas lejanas, pasos apresurados. El mundo seguía. Y ella, por una vez, no tenía que salir corriendo detrás.

Se incorporó despacio, apoyando la planta del pie en el suelo como si estuviera haciendo una prueba secreta. La rodilla protestó apenas, un murmullo más que un grito.

—Vale —susurró, más para sí que para el cuerpo—. Te he oído. Ya lo pillo.

Fue al baño con calma, sin la prisa habitual por meterse el maillot y peinarse de manera que ningún pelo se atreviera a salirse de su sitio. Aquel día no había entrenamientos. Jensen había sido tajante. Helen, todavía más.

Un día de reposo. Uno. Habían dicho que era suerte. Que no era grave. Que era una alarma, no una condena.

Ava se miró al espejo mientras se cepillaba los dientes. La cara estaba un poco más pálida de lo normal, los ojos marcados. No había dormido bien, y no era culpa de la rodilla.

Era culpa de la sensación de caer.

Y del recuerdo de Liam cogiéndola.

No lo había vuelto a ver desde que la llevó a la enfermería. Habían hablado, sí. Se habían mirado de esa manera que se te queda pegada incluso después de apartar los ojos. Pero luego los separaron horarios, personal, prudencia.

Y ese silencio que, cuando te protege, también sabe volverte loca.

Se vistió con unos vaqueros blandos y un jersey ancho. Nada que apretara la rodilla. Se puso la chaqueta y salió al pasillo.

Maya ya la esperaba, apoyada en la pared con un vaso de café en una mano y el móvil en la otra.

—Mírala —dijo, arqueando las cejas—. Nuestra estrella lesionada. ¿Qué tal va esa pierna?

Ava frunció el gesto.

—No me llames estrella. Me da ansiedad.

—Vale. —Maya fingió pensarlo—. Nuestra diva traumatizada. ¿Mejor así?

Ava resopló, pero se le escapó una sonrisa.

—Duele menos —admitió—. El médico ha dicho que con un día de reposo vale. Por suerte no era grave.

Maya le dio un empujoncito con el hombro.

—Te lo dije —soltó—. Estás hecha de acero. Solo que a veces se te olvida que incluso el acero se dobla si lo aprietas en el punto equivocado.

Ava miró su café, luego el pasillo.

—¿Por qué me has sacado tan pronto? —preguntó.

Maya levantó el móvil como si fuera una bandera.

—Porque hoy hay amistoso —contestó, como si fuera obvio—. Y tú… —le lanzó una mirada cargada de subtexto— tienes que ver una cosa.

Ava notó que el corazón le daba un pequeño tirón.

—¿El qué? —intentó preguntar, pero la voz le salió demasiado neutra.

Maya sonrió, maliciosa.

—A él.

Ava habría querido decir que no era eso. Que era curiosidad deportiva. Que era importante entender el nivel del hockey, el contexto, la fisicidad. Que…

Pero no mintió.

Se limitó a meterse las manos en los bolsillos y a seguir a Maya.

***

La pista tenía otro sonido en los días de partido. Aunque fuera solo un amistoso, aunque no hubiera cámaras ni patrocinadores en primera fila, la energía estaba allí: una corriente eléctrica que pasaba entre la gente incluso antes de que empezara el juego. El olor era el que Ava asociaba a la parte "caótica" de Frostvale: hielo y goma, sudor y desinfectante, telas sintéticas, palomitas que a alguien se le había ocurrido —malísima idea— vender cerca de la entrada.

—¿Ves? —dijo Maya al entrar—. Esto es otro mundo. Aquí no hay gracia. Hay supervivencia.

Ava apretó los labios, observando el hielo de la pista secundaria. No era la principal de sus shows, pero sí donde los Frostvale Blades jugaban a menudo partidos internos. Las gradas ya estaban a medio llenar: estudiantes con sudaderas, algún padre, entrenadores, ojeadores. Un murmullo constante.

Ava bajó los escalones despacio, con la rodilla recordándole que anduviera con cuidado. Se sentaron junto al borde, lo bastante cerca como para oír cómo los patines iban a rajar el hielo.

Ava se envolvió más en el abrigo.

—Sabes que él estaría sancionado —dijo, intentando sonar casual.

Maya se encogió de hombros.

—Sí, pero en los amistosos no cuenta —respondió—. Reglas flexibles. No oficiales. Y además… —inclinó la cabeza hacia el banquillo de los Frostvale Blades— ¿de verdad quieres que hoy lo dejen fuera, con el rival que hay?

Ava siguió su mirada. Al otro lado del pabellón, detrás del banquillo contrario, estaba su padre.

Coach Reynolds.

El abrigo oscuro, los brazos cruzados, la postura de un hombre que nunca había necesitado pedir atención porque siempre la había

conseguido con autoridad. Hablaba con alguien del staff, la boca moviéndose en frases cortas. No se reía. No sonreía.

No miraba hacia ella.

Ava sintió que el estómago se le cerraba.

—No lo sabía… —empezó.

Maya la miró.

—¿Que era él? —preguntó, más suave.

Ava asintió apenas.

—Helen me dijo que era un amistoso "de prestigio". —Maya torció el gesto—. Traducción: el equipo que entrena tu padre quiere medirse con los Frostvale Blades. Y al revés.

Ava no respondió. Ver a su padre y a Liam en el mismo espacio, el mismo día… era como acercar gasolina a una chispa.

El silbato del árbitro los cortó.

Los jugadores saltaron al hielo para calentar. Subió el ruido de los patines, los golpes de palo contra el hielo, el puck rebotando en las vallas.

Y entonces lo vio.

Liam entró en pista con la energía de quien no sabe ir a medias. Camiseta oscura, hombros anchos, el casco en la mano un instante antes de ponérselo. Patinaba con una agresividad distinta a cuando entrenaba con ella: menos líneas, más arrancadas. Cada cambio de dirección era un golpe. Cada frenada, un arañazo.

—Es raro verlo así —murmuró Ava sin darse cuenta.

Maya sonrió.

—¿Así cómo?

Ava dudó, y luego dijo la verdad.

—Así… hecho para golpear.

Maya se rió por lo bajo.

—Bienvenida al hockey, princesa del hielo.

Ava le lanzó una mirada, pero no protestó. Porque había algo cierto en eso. En el patinaje artístico, Ava dominaba desde el control. Aquí el control era otra cosa: la capacidad de no perder la cabeza cuando alguien te empuja, te provoca, te hace daño.

Y Liam… Liam siempre había bailado en el filo.

El calentamiento terminó. Los jugadores se reunieron. El árbitro reclamó atención.

El partido estaba a punto de empezar.

Ava se llevó instintivamente una mano a la rodilla, como si pudiera recordarle que se quedara en su sitio.

—Respira —dijo Maya, en voz baja—. Es solo un partido.

Ava asintió, pero no era solo un partido.

No con su padre allí.

No con Liam en el hielo.

El silbato inicial fue un corte limpio.

El juego explotó desde el primer segundo, sin ese minuto de "toma de contacto" que Ava esperaba. Parecía que ambos equipos habían decidido que amistoso era solo una palabra. En el hielo era guerra controlada.

El puck salió disparado, los Frostvale Blades lo recuperaron, pero enseguida los aplastaron contra la valla. Un golpe seco. El plexiglás vibró. El público hizo un "oh" colectivo.

Ava se descubrió apretando los puños sin darse cuenta.

Liam entró en acción casi al momento. Cruzó la pista con una arrancada, el cuerpo bajo, el stick en posición. Un rival intentó superarlo. Liam lo cerró contra la valla con un impacto que hizo temblar el aire.

No era elegante.

Era eficaz.

Y por un instante Ava entendió por qué el hockey lo mantenía vivo: era un lugar donde podía convertir toda esa energía en algo útil. No en destrucción. En juego. En victoria.

El problema era que, para Liam, la frontera entre lo útil y lo destructivo era finísima.

El primer periodo fue una secuencia de choques y sprints. Los jugadores parecían muelles: comprimidos y luego disparados. El ruido era constante: palos, cuchillas, golpes, gritos.

Ava se dio cuenta de que aguantaba el aliento cada vez que Liam entraba en contacto.

—Estás tensa —le susurró Maya, sin apartar los ojos del hielo.

—No lo estoy —mintió Ava.

Maya la miró de reojo.

—Vale, entonces estás… intensamente implicada.

Ava resopló, pero no respondió. Porque Liam patinaba junto a la valla, justo delante de ellas. Y en ese instante un rival lo empujó con un golpe de hombro más fuerte de lo necesario.

Liam se tensó.

Ava vio cómo la cabeza se le giraba hacia el otro, el cuerpo estirándose como un arco. El stick se elevó un centímetro. El público lo notó. El plexiglás lo notó. Ava lo notó en el pecho como una alarma.

El árbitro pitó una falta y los separó. Pero el mensaje ya estaba enviado. El rival no estaba jugando solo para ganar.

Estaba jugando para provocar.

Y al otro lado del pabellón, Coach Reynolds observaba inmóvil.

Ava buscó su mirada sin querer. Como una niña que comprueba si un adulto está mirando cuando se cae.

Su padre hablaba con un asistente. No parecía interesado en ella. No parecía interesado en nada que no fuera el partido.

El primer periodo terminó 0-0, pero daba la sensación de que alguien ya había ganado y perdido cien veces.

En el descanso, Maya se inclinó hacia Ava.

—¿Lo ves? —dijo—. Esto es un duelo de egos. Y tu padre… —se paró buscando las palabras— no está regalando nada.

Ava se quedó callada. No por deporte. Por ella.

Porque el simple hecho de que él estuviera allí, en ese mismo edificio, y ni siquiera… ni siquiera…

Ava sintió un nudo en la garganta.

Se obligó a tragar.

El segundo periodo empezó aún más duro.

Los Frostvale Blades marcaron primero con un tiro lejano: un puck que se coló entre piernas y sticks y acabó en la red con un sonido seco. El pabellón estalló en un rugido. Liam golpeó el hielo con el stick y le gritó algo a sus compañeros. Su energía contagiaba.

Pero el otro equipo respondió enseguida.

Una jugada rápida, un pase mal cortado, una distracción, y el puck entró en la portería de los Frostvale Blades. 1-1.

El sonido cambió: menos euforia, más tensión.

Ava se dio cuenta de que la rodilla ya no le dolía.

No porque estuviera mejor, sino porque su atención estaba en otra parte.

A mitad del segundo periodo pasó. Un jugador rival empotró a Liam contra la valla de manera brutal, con un golpe a la espalda. Liam rebotó y se giró de golpe. El otro le dijo algo; Ava no oyó las palabras, pero vio la forma: un insulto. Una ofensa que no era sobre el juego.

Liam avanzó.

Uno, dos pasos.

El stick volvió a elevarse, como una tentación.

El público se puso medio en pie, por instinto, como si quisiera ver mejor o salir corriendo más rápido.

Ava sintió el pulso dispararse.

—No —susurró sin voz.

Andy, desde el banquillo de los Frostvale Blades, se levantó gritando algo que se perdió entre el ruido.

Pero Liam ya estaba demasiado cerca.

El rival avanzó también, pecho contra pecho, casco contra casco.

Era la chispa. Ava se levantó sin pensarlo. La rodilla protestó con una punzada, pero apenas la sintió. No era ese el peligro.

Se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡LIAM!

Su voz cortó el pabellón como una cuchilla en el hielo.

Por un instante Liam pareció no oírla. Todo su cuerpo estaba dentro de ese segundo, en ese punto exacto del mundo donde la rabia se te hace justicia.

Entonces giró la cabeza.

La vio.

Ava estaba en pie, junto al borde, con los ojos clavados en él. No suplicaba. No rogaba. No era frágil.

Estaba firme.

Estaba ahí.

Y en esa mirada estaba todo: la caída, la rodilla, el miedo, la confianza. Cómo él la había recogido y cómo ahora ella lo estaba

recogiendo a él.

Liam se quedó quieto.

No del todo. No al momento.

Pero lo suficiente para romper el instante.

Dio un paso atrás. El rival intentó seguirlo, provocando todavía. Liam apretó la mandíbula, pero no avanzó.

Coach Andy entró a medias en la pista, gritando:

—¡CARTER! ¡FUERA DE LA CABEZA!

Llegó hasta él y le agarró del hombro, sacudiéndolo con una fuerza que solo un entrenador puede permitirse.

—¡Dentro del juego! —gruñó—. ¡Dentro del juego, ¿me oyes?!

Liam respiraba fuerte. Ava lo veía incluso desde lejos: el pecho subiendo y bajando, la tensión en los brazos, las manos aferradas al stick como si fuera lo único que lo mantenía en equilibrio.

Y luego Liam asintió. Una sola vez. Seco. Bajó el stick. Se giró y patinó hacia atrás, dejando al rival gritar solo.

El público estalló en un ruido confuso: aplausos, silbidos, exclamaciones. No por la jugada. Por el hecho de que no hubiese estallado una pelea.

Maya se giró hacia Ava con los ojos enormes.

—Vale —dijo, a medio camino entre el shock y la euforia—. Tú lo has…

Ava se dejó caer de nuevo en el asiento, con el corazón desbocado.

—Lo he llamado —dijo, con la voz demasiado baja.

Maya negó con la cabeza.

—No. Tú lo has parado.

Ava buscó a Liam en el hielo.

Volvía a estar dentro del partido. Pero algo había cambiado en su manera de moverse: seguía duro, seguía agresivo, pero… más centrado. Como si aquel momento hubiera descargado la rabia en otro sitio.

Ava inspiró despacio.

Solo entonces se dio cuenta de que le temblaban las manos.

En la breve pausa antes del tercer periodo, Ava volvió a mirar al otro lado del pabellón.

Su padre seguía allí.

Mismo sitio. Mismo abrigo. Misma postura.

Ava se giró hacia él casi por inercia, como si el cuerpo aún tuviera el hábito de buscar aprobación. Durante un segundo creyó que él miraba hacia ella.

Sus miradas se cruzaron.

Ava contuvo el aliento.

Su padre la reconoció. Se notó: un cambio en la cara, una rigidez imperceptible. Y luego… nada.

Apartó la mirada, como si Ava fuera un punto cualquiera entre el público. Como si no tuviera ningún motivo para mirarla. Como si no fuera su hija.

Ava sintió el golpe en el estómago como algo físico.

No era rabia.

Era ese tipo de dolor que te deja helada.

Maya, a su lado, lo vio.

—Qué cabrón —soltó, sin filtro.

Ava tragó saliva.

—Está concentrado en el partido —intentó justificarse automáticamente. La voz le salió plana, falsa incluso para ella.

Maya le apretó la mano.

—Ava —dijo—. No. No hoy.

Ava cerró los ojos un segundo. Se obligó a respirar. No iba a llorar allí. No delante de él. No delante de nadie.

Empezó el tercer periodo.

El juego se aceleró aún más, como si todos hubieran decidido quemar la última reserva de energía. Los choques aumentaban, pero ahora Liam parecía usar su agresividad como un arma controlada, no como una mecha.

Los Frostvale Blades marcaron otra vez. 2-1.

El rival intentó reaccionar, subiendo la presión. El juego se apretó cerca de la portería de los Blades: un caos de sticks y cuerpos.

Ava lo seguía todo con el estómago en la garganta.

Entonces Liam recuperó el puck en defensa y salió disparado.

Una arrancada por la banda, una finta, un pase profundo. No era un gesto "bonito" en el sentido artístico. Era bonito porque

funcionaba. Porque había inteligencia dentro de la brutalidad.

La jugada terminó en el tercer gol.

3-1.

El público estalló. Incluso Ava se descubrió aplaudiendo sin darse cuenta.

Luego se detuvo.

Miró al otro lado. Su padre no aplaudía. No cambió de expresión. Se limitó a hablar con alguien, probablemente ya desgranando errores y ajustes.

Ava sintió una punzada, pero menos afilada que antes.

Como si su cuerpo por fin estuviera aprendiendo que esa aprobación no era un derecho. Ni una certeza.

El partido terminó 3-1 para los Frostvale Blades.

El pitido final sonó seco, definitivo. Los jugadores se reunieron, se dieron golpes de stick en el hielo y palmadas en los hombros. Algunos se abrazaron. Algunos siguieron insultándose por lo bajo.

Liam se quedó un instante atrás, respirando con fuerza.

Luego abandonó el hielo. Ava lo siguió con la mirada mientras patinaba hacia el túnel. Antes de desaparecer, alzó la cabeza.

Buscó. La encontró.

Ava no sonrió abiertamente. No hizo gestos teatrales. Pero lo miró a los ojos y asintió apenas, como diciendo: lo has conseguido.

Liam le devolvió el gesto. Solo un instante. Después desapareció por el pasillo.

Ava se quedó sentada, con el rumor del público deshaciéndose poco a poco. Maya se estiró como si acabara de despertarse de un sueño demasiado intenso.

—Vale —dijo—. Oficialmente: yo no sobreviviría en este deporte.

Ava esbozó media sonrisa.

—Yo tampoco —admitió.

—Pero tú acabas de salvar a un jugador de una expulsión y quizá de una segunda sanción. —Maya le dio un codazo—. Así que… eres un poco badass.

Ava bajó la vista a la rodilla.

—Yo solo… —buscó las palabras— he sentido que iba a destrozarse él solo.

Maya se puso más seria.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Vas a destrozarte tú sola porque tu padre te ignore?

Ava se quedó quieta un segundo. Luego negó despacio.

—No —dijo. Y al decirlo se sorprendió de su propia voz—. No hoy.

Se levantó con cuidado, probando la rodilla. Aguantaba. El cuerpo la sostenía.

Bajaron de las gradas y fueron hacia la salida. En el pasillo el aire era más cálido, más denso. Ava aún tenía el partido metido en los huesos.

En un cruce lo vio de cerca: a su padre.

Estaba a pocos metros. Hablaba con un asistente, marcando algo con gestos cortos. Ava aflojó el paso sin querer, el cuerpo buscando una posibilidad.

Su padre la vio de reojo. Por un segundo Ava pensó que diría algo. Un simple "¿cómo va la rodilla?". Un gesto. Un… cualquier cosa humana.

No dijo nada. La mirada pasó de largo, como si estuviera ocupado mirando a través de ella.

Ava sintió que el aire se enfriaba, aunque allí dentro hacía calor.

Maya le agarró del brazo, lista para tirarla de allí. Ava la detuvo con un gesto leve. No porque no doliera. Sino porque, de repente, comprendió que ese dolor ya no iba a definirla.

Siguió caminando. La espalda recta. El paso firme.

Cuando salieron al frío de verdad, Ava inspiró hondo. El aire helado le quemó los pulmones y le despejó la cabeza.

Maya la miró.

—Si quieres, vamos a por un chocolate caliente e insultamos al mundo —propuso.

Ava sonrió de verdad.

—Sí —dijo—. Pero antes…

Se paró y sacó el móvil del bolsillo. Abrió el chat de Liam. El cursor parpadeaba.

No escribió un poema. No era el momento.

Tecleó solo:

Gracias por parar.

Y, después de un segundo, añadió:

Me has escuchado.

Le dio a enviar. El mensaje salió.

Ava guardó el móvil sin esperar respuesta, como si ese gesto bastara.

Porque lo era.

CAPÍTULO 11

La rodilla de Ava ya no era un cuchillo. Se había convertido en un metrónomo.

No le cortaba el aliento a cada paso, no la doblaba por la mitad, pero le recordaba —con una precisión casi arrogante— que el cuerpo tiene memoria. Cada vez que cargaba el peso, sentía un pequeño "no" escondido debajo del "sí". Un aviso sutil, una exigencia de atención. Como si el hielo le estuviera diciendo: Ya no te regalo nada. Te lo vas a tener que ganar otra vez.

Después del gala, Frostvale parecía más ruidosa. Más ojos. Más susurros. Más sonrisas de "lo sabemos". Incluso sin móviles en la cara, sentía el eco del vídeo viral por los pasillos. Y, sobre todo, sentía a Ethan como una sombra elegante: siempre un paso fuera del encuadre, pero lo bastante cerca como para marcar el tono.

Aquella mañana, Ava se encontró un mensaje de Helen en el móvil:

Sala de vídeo a las 16:00. Tú y Carter. Hay que decidir claramente la coreografía y la música. Jensen estará. Y sí, es importante.

Importante. Otra palabra que, en Frostvale, siempre significaba: No puedes equivocarte.

A las cuatro en punto, Ava entró en la sala de vídeo con el bolso cruzado y la rodilla vendada bajo los leggings. No llevaba muleta; no quería. Pero la pierna la traicionaba con microcedimientos que ella fingía no notar.

La sala de vídeo era oscura y cálida, con butacas colocadas en dos filas frente a una pantalla grande. Olía a plástico y a café requemado. Sobre la mesa había una tablet, un mando a distancia, un par de hojas con apuntes de coreografía.

Jensen ya estaba allí, de pie, brazos cruzados, con esa mirada suya de "os leo por dentro como un libro".

Liam llegó unos segundos después. Sin uniforme de hockey. Camiseta térmica gris, mangas remangadas, el pelo aún húmedo, como si se hubiera duchado a toda prisa. Entró, se detuvo un segundo en el umbral y la miró.

No de manera evidente.

Lo que lo delataba era la pausa. Esa vacilación, como en el gala; ese intervalo que parecía atravesar a Ava de la piel a los huesos.

—¿Cómo vas? —preguntó él, en voz baja.

—Depende —respondió ella—. Si te refieres a la rodilla, hoy está… diplomática.

Liam asintió, como si entendiera perfectamente el idioma de los dolores contenidos.

—¿Y si me refiero a todo lo demás? —añadió.

Ava sintió que el corazón le pegaba una aceleración estúpida.

—Entonces es… —buscó una palabra— complicado.

Jensen carraspeó con fuerza, teatral, como si de pronto la sala fuera un aula.

—Buenas tardes también a vosotros —dijo—. Sentaos. Y tratad de recordar que vuestra química, por muy emocionante que sea para las redes, no sirve de nada si sobre el hielo no cuenta una historia clara.

Ava se sentó en primera fila. Liam se sentó a su lado.

Demasiado cerca.

No porque faltaran sillas. Porque su cuerpo había elegido esa distancia sin pedir permiso. El muslo de Liam rozó el suyo en cuanto se acomodó. Un contacto mínimo. Lo bastante inocente como para poder ignorarlo, lo bastante real como para alterarle la respiración.

Jensen puso el vídeo.

En la pantalla apareció el ensayo del día anterior: la figura del "puente", el arco de Ava, la subida hacia Liam. Esta vez los ojos estaban abiertos. Esta vez no estaba ese parpadeo que, en cámara lenta, había incendiado internet.

Y aun así, la tensión era evidente.

Jensen pausó justo en el instante en que sus caras se acercaban.

—Aquí —dijo, señalando la pantalla—. Este es el punto. Si nos quedamos con esa música, todo parece… romántico. Y ya. Y Ethan

Ward, con su manía del control, va a hacer lo imposible por convertirlo en un producto. Helen quiere evitar que el show se convierta en un circo de cotilleos. Así que tenemos que decidir: o abrazamos esa lectura y la gestionamos con inteligencia, o cambiamos de registro.

Ava se tensó al oír el nombre de Ethan, aunque Jensen lo hubiera dicho sin malicia.

Liam no dijo nada, pero su rodilla chocó con la suya. Un roce involuntario y, sin embargo, pareció un gesto. Como si quisiera traerla de vuelta aquí, al presente.

Ava miró la pantalla. Se miró a sí misma. La línea del cuerpo, el aire alrededor, la mano de Liam sosteniéndola. Vio la historia que el mundo estaba construyendo encima y comprendió que podían convertirla en un arma o en un lenguaje.

—Cambiemos la música —dijo, antes incluso de pensarlo demasiado—. No para censurarlo. Para hacerlo… menos fácil.

Jensen alzó una ceja, interesado.

—Explícate —pidió.

Ava inspiró, buscando palabras exactas.

—La gente mira y piensa enseguida: beso, romance —dijo—. Vale. Pero el show no puede ser solo eso. Tiene que ser… un duelo. Un riesgo. Dos mundos que chocan y luego encuentran un equilibrio. Fuerza contra gracia. Control contra instinto.

Liam la miró de reojo, como si reconociera esa parte de ella que mandaba sobre el hielo.

—Un duelo bailado —murmuró—. Me gusta.

Jensen asintió despacio, como si la frase le estuviera levantando una estructura.

—Entonces una música más intensa —concluyó—. Más simbólica. Menos "baile lento". Más… tensión que quema.

Ava notó que el muslo de Liam se movía un milímetro. El contacto entre ellos cambió. Su rodilla rozó la de él otra vez.

—Tengo una —dijo Liam, cogiendo la tablet sin pedir permiso—. Escuchad esto.

Tocó la pantalla. Sonó un tema: cuerdas oscuras, un ritmo en aumento, una base de percusión que parecía un pulso acelerado. No

era agresiva como una pista de hockey. No era etérea como un programa clásico de patinaje. Era un término medio tenso, cinematográfico.

Ava sintió cómo la piel reaccionaba.

—Esta… —dijo, muy bajo.

Jensen hizo un gesto con la mano.

—Bien —dijo—. Ahora veamos la coreografía con esto.

Reanudó el vídeo con la nueva música de fondo. De golpe, las mismas presas y los mismos pasos contaban otra historia: no un beso, sino una lucha a corta distancia. Una persecución. Una colisión controlada.

Ava se inclinó hacia delante sin darse cuenta. Liam hizo lo mismo.

Sus rodillas volvieron a tocarse, esta vez más claro. Ava podría haberse apartado. No lo hizo.

Jensen avanzaba y retrocedía, deteniéndose en pequeños detalles.

—Aquí, Ava, si inclinas un poco más el hombro parece que estás cediendo. Y no quiero que parezcas frágil —dijo—. Quiero que parezca que eliges. Que confías. Es distinto.

Ava asintió.

—Y tú, Carter —continuó Jensen—, no puedes parecer el bruto que la agarra. Tienes que parecer el punto fijo que la sostiene mientras ella decide lanzarse. ¿Entendido?

Liam apretó la mandíbula, serio.

—Más o menos…

Ava notó que, mientras hablaba, los dedos de Liam se movían sobre la tablet para señalar un punto del vídeo. Cada gesto le acercaba el brazo al suyo, le rozaba la piel, la obligaba a sentir.

—Aquí —dijo él, señalando un fotograma—. Entro tarde. Si llego medio latido antes, ella no tiene que "tirar" de la subida. Se deja encontrar.

Jensen emitió un sonido de aprobación.

—Por fin hablas como alguien que no solo quiere hacerse el duro —comentó.

Liam resopló.

—Estoy evolucionando —dijo.

Ava se volvió hacia él casi sin querer. Sus caras estaban cerca. El perfil de Liam, iluminado solo por la luz de la pantalla, parecía más duro y más suave a la vez. Una contradicción viva.

—Vale —dijo Ava, para cortar esa línea de pensamiento—. Entonces cambiamos el cierre. Ya no quiero ese remate tan…

No terminó.

Porque Liam se levantó de golpe.

—Te lo enseño —dijo.

Ava se quedó sentada, desconcertada. Jensen no intervino. Liam se plantó frente a ella.

—Levántate —dijo, sin teatro.

Ava lo miró.

—¿Aquí? —preguntó.

—Sí —respondió él—. Aquí. Ahora. Te juro que no te dejo caer en la sala de vídeo.

Ava se levantó despacio, apoyando el peso con prudencia. La rodilla lanzó una señal pequeña, pero ella la ignoró.

Liam le puso las manos en las caderas. No como un atleta que coloca a su compañera. Como alguien que ya se sabía de memoria ese punto de su cuerpo. Sus dedos se cerraron con una seguridad que le subió un escalofrío por la espalda.

—Imagina que entras así —dijo Liam, guiándola medio paso—. Yo estoy aquí. Tú vas al arco. Luego subes… pero no terminas encima de mí. Terminas aquí.

La atrajo contra él con un movimiento fluido, imitando la trayectoria. Sus cuerpos encajaron sin esfuerzo. Pecho contra pecho. Abdomen contra abdomen. Las rodillas casi alineadas.

Ava sintió el calor de él atravesándole la ropa.

Liam bajó la vista hacia su rodilla vendada.

—¿Te duele? —preguntó, de pronto mucho más amable.

Ava tragó saliva.

—Ahora no —mintió.

Liam no comentó la mentira. Sus manos seguían en las caderas, pero la presión cambió: más ligera, más atenta.

—Así —retomó, devolviendo el foco a la figura—. No es un beso. Es un cara a cara. Es… desafío.

Ava alzó la mirada. Estaba tan cerca que podía contarle las pestañas.

—¿Y tú? —preguntó, intentando sonar fría—. ¿Eres capaz de hacerlo sin convertirlo en una provocación?

Liam esbozó media sonrisa, pero en sus ojos no había solo juego.

—Yo puedo hacerlo todo —dijo—. El problema es si tú eres capaz de no reaccionar.

Ava sintió un golpe en el estómago.

—Yo no reacciono —replicó.

—Ya —soltó él, y esa palabra no era un insulto. Era un reto dulce.

Jensen se aclaró la garganta, cortándolos antes de que la sala de vídeo se convirtiera en otra cosa.

—Vale —dijo—. Basta de demostraciones. Ya lo he visto. Cambiamos música. Cambiamos cierre. Y mañana os mando al hielo con una versión nueva y menos… apetecible para hacerse viral.

Ava se apartó de Liam un paso. El cuerpo protestó. No la rodilla: el estómago. Liam dejó la tablet sobre la mesa como si fuera un objeto peligroso. Cuando salieron de la sala, el pasillo pareció más frío.

Caminaron en silencio, uno al lado del otro. De vez en cuando, Ava notaba el roce de su brazo con el suyo. Cada vez era un "casi" que el cuerpo registraba como "otra vez".

—Esta noche tenemos que apagar las luces del pabellón —dijo Liam, como si fuera cualquier cosa—. Helen ha dicho que no quiere a nadie extra después de las nueve. Jensen nos ha dejado las llaves.

Ava asintió.

—Vale —dijo—. Entonces… esta noche.

Se separaron en el cruce de pasillos. Ava dio dos pasos y se detuvo.

—Liam —lo llamó sin volverse.

—¿Sí?

Ava inspiró.

—Lo de la sala de vídeo… —empezó.

Liam guardó silencio. Ava no encontró la frase adecuada y lo odió por eso.

—No era… —intentó.

—Ya lo sé —dijo Liam, con la voz baja, tranquila—. No era solo técnica.

Ava se giró.

Él la miraba como si ya estuviera más allá. Como si ya hubiera aceptado el riesgo y solo esperara a que ella dejara de huir.

Ava se obligó a no apartar la mirada.

—Vale —dijo únicamente, y se fue antes de que el corazón se le escapara.

***

Por la noche, el pabellón era otro lugar.

De día era ruido, orden, rituales. De noche era una carcasa vacía que amplificaba cada paso. Las luces de servicio proyectaban sombras largas sobre el hielo, y ese blanco lo reflejaba todo: los movimientos, las respiraciones, incluso las vacilaciones.

Ava llegó con diez minutos de antelación, la bolsa al hombro. La rodilla estaba rígida, pero se había puesto hielo y vendaje nuevo. Se repitió que no debía hacer ninguna tontería. Solo revisar. Solo probar en seco. Solo apagar.

Liam ya estaba allí.

Apoyado en la barandilla, llaves en mano, sin patines. Llevaba una sudadera negra y vaqueros. Sencillo. Y, aun así, la temperatura de la sala pareció cambiar.

—Llegas puntual —dijo.

—Siempre llego puntual —respondió Ava.

—Ya —hizo Liam—. Es una de tus cosas irritantes.

Ava dibujó media sonrisa.

—Y tú siempre… —lo miró— eres un problema.

Liam inclinó la cabeza.

—Me lo tomo como un cumplido.

Se cambiaron sin hablar demasiado. Cuando Ava se puso los patines, la rodilla lanzó una señal más fuerte. Ella la ignoró, pero Liam la vio.

—Eh —dijo, acercándose—. Dime la verdad: ¿cuánto te duele?

Ava apretó el cordón.

—Lo suficiente como para cabrearme —respondió.

Liam se agachó delante de ella, de pronto muy serio, y rozó la venda con la yema de los dedos, apenas, como si pidiera permiso al dolor.

Ava contuvo el aliento.

No era un toque provocador. Era un gesto de cuidado.

Y quizá por eso era más peligroso.

—Vale —dijo él al incorporarse—. Entonces nada de tonterías. Probamos solo la nueva trayectoria. Despacio. Y si notas que cede, paras. Aquí no hacemos de héroes.

Ava asintió, aunque el orgullo le mordía el pecho.

Salieron al hielo.

Al principio se limitaron a deslizarse, a tomarle la medida al espacio vacío. Liam no patinaba: llevaba protectores en las cuchillas y caminaba por el borde, siguiéndola. Era raro verlo así, fuera de su elemento. Pero la forma en que la miraba era la misma: atento, presente.

—Vale —dijo cuando ella volvió a la barandilla—. Vamos a hacerlo sin elevación. Solo posición.

Ava se colocó frente a él.

—Entonces yo entro —dijo.

—Sí —contestó Liam—. Y yo estoy aquí.

Ava dio dos zancadas, y se paró en la posición que habían probado en la sala de vídeo. Se inclinó un poco, como si estuviera a punto de ir al arco, y luego subió hacia él, sin cerrar demasiado la distancia.

Liam le puso las manos en las caderas. Un apoyo ligero, pero real.

—Así —dijo—. Perfecto.

Ava sintió que el aire entre los dos cambiaba. Demasiado silencio. Demasiada cercanía.

Intentó apartarse, pero la rodilla protestó con una punzada inesperada.

La cuchilla tembló.

Ava perdió el equilibrio.

Liam reaccionó al instante.

Le agarró por detrás de los muslos y la levantó apenas; no era una elevación de verdad, solo lo justo para quitarle peso a la rodilla y estabilizarla.

Ava inhaló con fuerza.

—Liam…

—Te tengo —dijo él, más bajo—. No te caigas. No ahora.

El cuerpo de Ava se pegó al suyo, inevitablemente. Su pecho contra el de él. El calor de sus manos bajo los muslos. Su agarre firme, protector.

Ava alzó la vista.

Sus caras estaban a un suspiro.

El pabellón estaba medio a oscuras. El hielo devolvía luz a la barbilla de Liam, a los pómulos de Ava, como si los iluminara desde abajo. Parecían aún más cerca de lo que estaban.

—Deberíamos… —susurró Ava, sin terminar.

—Ya lo sé —respondió Liam, pero no se movió.

El beso llegó como una rendición.

Primero fue un contacto leve, casi tímido. Una pregunta posada en los labios. Liam la rozó apenas, como si estuviera comprobando si Ava se echaría atrás.

Ava no se echó atrás.

Se abrió.

El segundo beso fue más pleno, más lento. Sus bocas se buscaron con una decisión que ya no necesitaba excusas. Ava notó un sonido bajo en el pecho de Liam, una respiración rota, una respuesta instintiva.

Sus manos subieron a los hombros de él y se aferraron a la sudadera. Los dedos se hundieron en la tela como si buscaran estabilidad.

Liam le llevó una mano al rostro, dejando la otra sosteniéndola. El pulgar le rozó la mejilla, luego la comisura de la boca, como si quisiera memorizarla.

El beso volvió a cambiar.

Se hizo más hondo, más urgente. No violento. Urgente como una verdad contenida demasiado tiempo. La respiración de Ava se quebró, y ella lo odió por lo evidente que era.

Liam se separó un segundo, solo para mirarla.

—Ava —dijo, como si fuera una plegaria y una advertencia al mismo tiempo.

Ella no le dio margen.

Lo besó otra vez.

Esta vez con más fuerza, más decisión, como si el cuerpo por fin hubiera dejado de pedirle permiso a la mente. Una mano de Ava se deslizó a la nuca de Liam y lo atrajo hacia ella. Él respondió de inmediato, apretando el agarre bajo sus muslos lo justo para que sintiera que la quería, que la sostenía, que la elegía.

Se movieron sin darse cuenta, paso a paso, hacia el borde.

Liam la condujo con cuidado, evitando que cargara demasiado la rodilla. La apoyó contra la barandilla como si fuera lo más natural del mundo, calculado para darle seguridad. No la aplastó. Solo la dejó ahí, con su cuerpo cerca, protegiéndola del aire frío, del vacío, de lo que fuera.

El beso se calentó.

Los labios de Liam bajaron por la línea de la mandíbula de Ava. Luego al cuello.

Ava inclinó la cabeza, sintiendo cómo la respiración se le rompía en un sonido que no quería dejar salir. Sus manos seguían en los hombros de él, los dedos tensos, incapaces de decidir si empujarlo o acercarlo aún más.

Liam se detuvo.

Se quedó inmóvil de pronto, como si hubiera visto el borde de un precipicio.

Se quedó con la frente apoyada en la de ella, respirando juntos en el aire frío.

El corazón de Ava latía demasiado fuerte. La rodilla dolía, pero era un detalle lejano. El dolor real, o el riesgo real, estaba en otra parte.

—Si sigo —dijo Liam, con la voz ronca—, ya no será solo un error en el hielo.

Ava cerró los ojos.

Todavía tenía el sabor de él en los labios. El calor de su presencia en todas partes. La conciencia plena y casi aterradora de lo fácil que sería cruzar esa línea.

—Ya lo sé —susurró.

Liam se quedó ahí, quieto, como si estuviera peleándose consigo mismo. No con ella. Con la parte que solo quería. Con la parte que, en cambio, elegía no hacerle daño, no convertir ese momento en algo de lo que ella tuviera que defenderse después.

Cuando se apartó, lo hizo despacio. No lo suficiente para borrar nada. Solo lo suficiente para respirar.

Ava abrió los ojos.

Lo miró.

—¿Y entonces? —preguntó, con la voz más frágil de lo que quería —. ¿Lo dejamos aquí?

Liam le rozó la mejilla con el pulgar.

—Lo dejamos aquí… por ahora —dijo—. Porque mañana todavía tienes que caminar. Y porque yo… —tragó saliva— quiero que, cuando pase de verdad, no sea porque estamos solos en un pabellón a oscuras y hemos fingido demasiado tiempo.

Ava sintió un nudo cerrársele en la garganta.

—¿Y si yo no supiera cómo…? —empezó, y se detuvo.

Liam la miró, y en sus ojos ya no quedaba nada que esconder.

—Lo aprendemos —dijo, sin más—. Como todo lo demás.

Se quedaron un instante más apoyados en la barandilla, demasiado cerca, temblando por razones que ya no eran el frío.

Luego Ava bajó con cuidado; la rodilla protestó. Liam le puso una mano en la cintura para estabilizarla. Un gesto simple y, aun así, lleno.

Fueron hacia la salida en silencio, apagando las últimas luces, cerrando puertas, guardando las llaves.

Fuera, el aire cortaba. Vermont, de noche, sabía ser cruel.

Ava se detuvo un momento en el escalón, inspirando.

Aún sentía a Liam encima. En la piel. En los labios. En la cabeza.

Él se puso a su lado sin tocarla, como si respetara ese límite nuevo y frágil.

—Mañana —dijo Liam, mirando al frente—, cuando estemos en el hielo con todos los ojos encima… ¿vas a poder hacer ese cierre sin…? —hizo un gesto vago— sin pensar en esto?

Ava no respondió de inmediato.

Luego lo miró.

—No —dijo, honesta—. Pero puedo hacerlo igual.

Liam sonrió, despacio.

—Perfecto —dijo—. Eso es exactamente lo que significa "riesgo controlado".

Ava habría querido reírse. En su lugar, sintió un escalofrío lento que no venía del frío.

Se separaron allí, sin otro beso. Sin promesas. Sin palabras demasiado grandes.

Pero con la certeza nítida de que, desde ese momento, los "casi" se habían terminado.

Y de que la coreografía del riesgo ya no estaba solo sobre el hielo.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente del beso, Frostvale parecía más ruidosa. No porque alguien hubiera descubierto nada —nadie los había visto de verdad—, sino porque Ava percibía cada sonido como un eco amplificado: las cuchillas sobre el hielo, los silbidos de los entrenadores, las risas en los pasillos, incluso los móviles vibrando en los bolsillos ajenos como insectos impacientes.

El sabor de Liam se le había quedado pegado durante horas, obstinado. No solo en los labios, sino en un lugar más hondo, en esa zona del pecho donde se acumulan las cosas que no puedes contarle a nadie sin cambiar para siempre la forma de tu vida.

Por la mañana, hicieron como si no hubiera pasado nada.

En el comedor, Ava eligió una mesa apartada, con Maya y dos chicas del grupo júnior. Liam llegó con Andy, el pelo aún húmedo, una indiferencia estudiada en la cara. Solo se cruzaron una mirada rápida —lo justo para decir "¿estás?" y "sí"— y luego miraron a otro lado.

Profesionalidad, había dicho la directora. Percepción.

Y, aun así, bastaba con que Liam pasara por detrás de su silla, lo bastante cerca como para que ella notara el calor de su presencia, para que el cuerpo de Ava lo recordara. Un escalofrío seco en la base de la espalda. La rodilla protestando en voz baja, como si también quisiera participar en la conversación.

Cuando llegó el momento del entrenamiento conjunto, Ava ya se notaba tensa.

No por la figura. No por la coreografía.

Por lo que había debajo.

El cuerpo de Liam contra el suyo, el recuerdo de sus manos en su espalda, la promesa muda que se habían dejado en la oscuridad: ya no es un juego. Ya no podemos fingir.

Y el miedo, siempre ahí, debajo de todo desde que la rodilla cedió: la idea de que bastaba un apoyo mal puesto para que se viniera abajo.

En el túnel que conducía a los vestuarios, Jensen la interceptó.

—Reynolds —dijo, con ese tono que no admite réplica—. ¿Cómo vas hoy?

Ava hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Mejor —respondió—. No perfecta.

—No quiero perfecto —replicó Jensen—. Quiero claridad. Si notas siquiera una sombra de inestabilidad, me lo dices. ¿Entendido?

Ava asintió.

Y, como si el destino necesitara recordárselo, vio a Ethan al otro lado del pasillo.

Estaba allí con la directora, impecable como siempre incluso para una simple visita: abrigo oscuro, bufanda perfecta, el móvil en la mano como una prolongación natural del cuerpo. Decía algo en voz baja y la directora asentía con esa expresión de "lo estamos gestionando".

Cuando Ethan la vio, su sonrisa se encendió un instante.

—Ava —dijo, acercándose—. ¿Cómo está la rodilla?

La pregunta era cortés. La atención, no del todo. Tenía el mismo sabor de siempre: control disfrazado de cuidado.

—Estoy bien —respondió Ava, manteniendo la voz neutra.

Ethan hizo un leve gesto, como si registrara el dato.

—Estupendo —dijo—. Este show tiene que ser impecable. Y tú… eres el corazón del proyecto.

El corazón del proyecto. Ava notó cómo le subía el fastidio.

—Es un trabajo de equipo —replicó.

—Claro —dijo Ethan, y su mirada se deslizó por encima de su hombro.

Liam había aparecido a poca distancia, ya con el chándal, el casco bajo el brazo. No se acercó. No hizo nada.

Y, aun así, Ethan lo miró como se mira algo que no quieres en tu mesa.

—Carter —dijo, sin alzar la voz.

Liam no respondió con un saludo. Se limitó a inclinar la cabeza, un gesto mínimo. Ava sintió la tensión tensarse como un hilo.

La directora intervino antes de que alguien dijera algo irreparable.

—Vamos —dijo, dando una palmada—. A la pista. Vamos justos de tiempo.

Ethan dio un paso atrás, suave, elegante.

—Nos vemos luego, Ava —dijo, y en su tono había un subtexto que ella odió.

Luego volvió a hablar con la directora.

Ava se giró hacia Liam solo un segundo. Él ya estaba concentrado. Pero cuando sus ojos se encontraron, Ava vio algo distinto del sarcasmo habitual.

Una promesa sin palabras.

Estoy aquí. Te sostengo.

Y el cuerpo de ella, estúpido y sincero, se relajó apenas.

***

Al entrar, el hielo parecía perfecto.

Liso como una página en blanco. Reflejos limpios bajo las luces. Ninguna huella evidente de surcos, ninguna zona mate. Si había algo que estuviera mal, no lo mostraba.

Ava dio las primeras vueltas despacio, dejando que la cuchilla recuperara confianza. La rodilla derecha respondía con una molestia soportable, como una cicatriz que tira cuando cambia el tiempo. No le gustaba, pero no la detenía.

Liam patinaba cerca, sin invadirla. Siempre a una distancia segura, como si quisiera darle espacio y, al mismo tiempo, mantenerse lo bastante cerca para intervenir.

Jensen y el entrenador de hockey coordinaron al grupo.

—Hoy probamos la secuencia tres —dijo Jensen—. Pero nada de heroicidades. Nada. ¿Entendido?

Respondió un coro de "sí", pero Ava notó que Jensen los miraba a ella y a Liam más que al resto.

La secuencia tres era la que lo unía todo: un cambio de dirección rápido, una sujeción breve y una transición en la que debían parecer

un duelo armónico. Era el corazón dramático de la coreografía. Y era justo ahí donde un apoyo inseguro podía convertirse en caída.

—¿Listos? —preguntó el entrenador de hockey—. Música.

El sonido arrancó en los altavoces, profundo, pulsante. No la música antigua, "segura". La nueva, más intensa. La que habían elegido para que el show fuera un riesgo declarado.

Ava sintió la piel reaccionar al primer golpe de beat.

Liam llegó hasta ella. Se colocó detrás para la primera parte, una sombra cálida en su espalda. Aún no la tocaba, pero Ava lo sentía.

—¿Cómo va? —le preguntó en voz baja, solo para ella.

—Ahí va —respondió Ava, y luego añadió, más sincera—: Confío.

Liam no sonrió. No hizo bromas.

—Yo también —dijo.

Arrancaron.

Los primeros pasos salieron limpios. Ava se centró en el ritmo, en la respiración, en el peso. Cada vez que cargaba en la derecha, notaba la rodilla como una puerta que chirría pero aguanta. No debía forzar: debía escuchar. Debía dejarse guiar por la experiencia, no por el miedo.

Llegaron al cambio de dirección.

El punto crítico.

Ava entró con la cuchilla izquierda y luego trasladó el peso a la derecha para la rotación rápida. Un gesto que había hecho mil veces, en competición, en entrenamiento. Puro automatismo.

Pero el hielo bajo la derecha no era el mismo.

Fue como apoyar el pie en cristal mojado.

La cuchilla no "mordió". Se fue de lado, una traición súbita. Ava sintió la rodilla intentar compensar y no poder. El cuerpo se le escapó, el hombro bajando, la cabeza yendo hacia el hielo.

El terror le explotó en el estómago antes incluso del dolor.

Ahora no. Otra vez no.

No…

Liam ya estaba detrás. No llegó con un agarre "deportivamente correcto". Llegó con el cuerpo.

Sus brazos se cerraron en torno a su cintura, altos y sólidos, y el pecho de Liam se pegó a su espalda con un impacto controlado. Ava

sintió la presión plena de su torso, el calor atravesándole la sudadera.

Él clavó la cuchilla en un contramovimiento, una estabilización de hockey convertida en protección. La sacó literalmente de la caída usando su propio peso como ancla.

Ava no tocó el hielo.

Pero lo sintió todo.

Sintió la respiración romperse, el temblor nacerle en los dedos y subirle por los brazos. Sintió el corazón fuera de control.

—Te tengo —dijo Liam al oído, con una voz baja, áspera—. Ava. Respira.

La música seguía, pero alguien la cortó enseguida.

—¡Stop! —gritó Jensen.

El pabellón se llenó de cuchillas chirriando y voces agitadas.

Ava se quedó bloqueada entre los brazos de Liam, incapaz de moverse de inmediato.

Fue como si, al esquivar el desastre, el cuerpo decidiera soltar el miedo de golpe. Le temblaban las piernas. La rodilla, ahora, no dolía como la otra vez —todavía no—, pero la sensación de inestabilidad le había despellejado el alma.

Liam no la soltó.

Se quedó pegado a ella, el abrazo alrededor de su cintura sin aflojar. Al contrario: se apretó un segundo, como si quisiera impedir que se desmoronara.

—Eh —murmuró—. Estoy aquí.

Ava asintió sin hablar; tenía la garganta demasiado cerrada para una frase.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Jensen, llegando a toda prisa, los ojos saltando de la rodilla de Ava al punto del hielo.

Liam bajó la vista hacia la superficie.

—Aquí —dijo—. No agarró.

Se movió con Ava aún entre los brazos, llevándola a un lado con cuidado. Luego, sin soltarla del todo, se agachó y pasó la mano por el hielo justo donde había resbalado.

Cuando levantó la mano, los dedos brillaban.

No era solo agua.

Había una película distinta, más viscosa. Un brillo demasiado uniforme.

Jensen se agachó también, tocó, y su cara cambió.

—Esto no es normal —dijo, y no había nada de teatral. Era un hecho.

El entrenador de hockey se acercó.

—¿Condensación? —aventuró.

Jensen negó con la cabeza.

—No —dijo—. Es como si… —se detuvo, porque decirlo en voz alta lo hacía real—. Como si alguien hubiera echado algo viscoso sobre el hielo.

Ava sintió que la sangre se le enfriaba.

Alguien.

Durante un instante, el pabellón pareció contener la respiración con ella.

La directora llegó casi al momento, seguida de un técnico de la pista. Tenía el gesto tirante y los ojos afilados.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Jensen señaló la zona.

—Pérdida de adherencia —dijo—. Película sospechosa.

El técnico se agachó, tocó, casi olfateó. Hizo una mueca.

—No es la humedad normal —murmuró.

Ava se dio cuenta de que Liam seguía sosteniéndola. Su pecho aún contra su espalda. Sus brazos aún alrededor de su cintura.

Ya no era solo un "salvamento". Era un refugio.

Ella seguía temblando, y Liam lo notaba en cada fibra.

—Sacadla de aquí —dijo la directora, y esta vez no sonó a petición—. Ahora.

—Estoy bien —intentó Ava, con la voz fina.

—No —cortó Helen—. No estás "bien". Estás en riesgo. Y no pienso tener un accidente serio en plena prueba general.

"Prueba general".

La palabra le recordó lo cerca que estaba el show.

Lo frágil que era todo.

Liam la acompañó hasta la barandilla. No la dejó caminar sola hasta que estuvo sentada, segura. Ni siquiera entonces se apartó:

demasiado cerca para ser solo un compañero del proyecto.

Jensen le tocó la rodilla con dos dedos, muy ligero.

—¿Dolor? —preguntó.

Ava respiró hondo.

—Solo miedo —admitió.

Liam soltó un sonido bajo, como si esa palabra le hubiera encendido algo por dentro.

Mientras tanto, la directora ya hablaba con el técnico.

—Quiero que limpiéis todo —dijo—. Ya. Y quiero saber cómo ha pasado.

El técnico se frotó la nuca.

—Podría ser un problema de la máquina resurfacer. Si alguien ha cambiado la mezcla…

—¿Si alguien? —repitió Liam, en voz baja.

Helen lo miró con un destello.

—Carter —dijo, y en su tono había una advertencia—. No hagas suposiciones en voz alta.

Liam no bajó la mirada.

—No estoy suponiendo —respondió—. Estoy mirando el hielo.

El silencio que siguió pesó.

Ava entendió en ese instante que la directora quería una cosa por encima de todas: que esa historia no saliera. Patrocinadores, reputación, fondos. Un accidente durante la prueba general derrumbaría la narrativa construida con el vídeo viral.

Un sabotaje sería todavía peor.

Helen recompuso el gesto.

—Reanudamos en media hora —anunció al grupo—. Nadie habla con nadie. Nada de posts. Nada de mensajes. ¿Queda claro?

El grupo murmuró un sí inseguro.

Ava se levantó despacio, con Liam ayudándola. La rodilla aguantaba, pero las piernas seguían flojas por el shock.

—Ven —le dijo Liam en voz baja—. Fuera.

No esperaba permiso.

Ava lo siguió.

El pasillo detrás del pabellón era el de siempre y, sin embargo, parecía otra dimensión. Lejos del hielo, lejos de los ojos, lejos de las

luces.

Ava caminaba de un lado a otro, con los patines aún puestos, las manos en el pelo. Cada vez que respiraba, sentía el pecho apretado, como si el aire no alcanzara.

Liam estaba a pocos pasos, quieto. No la interrumpió enseguida. La dejaba vaciarse, como si supiera que contener la explosión sería peor.

Ava se detuvo en seco y lo miró.

—No puedo —dijo.

La voz le salió más alta de lo previsto, rota.

—No puedo —repitió, y esta vez la frase le tembló en los huesos —. No puedo hacerlo si cada vez corro el riesgo de caerme.

Se sintió ridícula y desesperada a la vez.

—No es solo la rodilla —continuó, y las palabras empezaron a salir atropelladas—. Es la cabeza. Es que… —señaló el pabellón detrás de ellos como si fuera una bestia— ahí dentro yo tengo que ser perfecta o me rompo. Y ahora tengo que ser perfecta mientras tengo miedo. Es imposible.

Liam dio un paso.

Ava alzó una mano como para frenarlo, pero no era lo que quería.

—¿Y si me vuelvo a caer? —dijo—. ¿Y si esta vez no me coges?

La pregunta se quedó suspendida entre ellos, cruel, real. Liam se acercó otro paso.

—Eh —dijo, bajo.

Ava negó con la cabeza, los ojos húmedos.

—No me sueltes un discurso motivacional —escupió, amarga—. No me digas que soy fuerte. No me digas que se me pasará. No me digas…

—No lo haré —la interrumpió Liam.

Su voz era calma, pero por debajo había algo tenso, sostenido a pulso.

Ava inspiró y, por un momento, se dio cuenta de que estaba temblando de verdad. No solo por dentro. También por fuera: manos, brazos, un temblor fino que le recorría la piel.

El cuerpo ya no sabía fingir.

Liam estuvo encima de ella en dos pasos. No de forma agresiva. De forma inevitable. Le puso las manos en los hombros y la empujó con suavidad contra la pared a su espalda. Ava notó la superficie fría detrás, un contraste tajante con el calor de él.

El gesto no era dominio. Era contención.

Como cuando apoyas una mano en el pecho de alguien que está a punto de hiperventilar y le dices: quédate aquí. Ahora. Conmigo.

Ava abrió la boca para protestar, pero Liam le sujetó las muñecas antes de que pudiera alzar las manos.

Se las elevó y las apoyó a ambos lados de su cabeza, contra la pared, en un gesto que la inmovilizaba y, al mismo tiempo, la obligaba a dejar de huir.

La piel de Ava se encendió donde él la tocaba.

No porque fuera brusco —no lo era—, sino porque todo estaba demasiado cerca, demasiado lleno, demasiado cargado.

Liam se inclinó hacia ella, el rostro a pocos centímetros.

—Mírame —dijo.

Ava lo miró con rabia y miedo y algo más cálido que no quería nombrar.

—Mírame —repitió, más bajo—. No al hielo. No a la idea de la caída. A mí.

El aliento de él le rozaba los labios. Estaba tan cerca que Ava sintió la tentación física, instintiva, de acortar la distancia y besarlo, solo para callarlo todo.

Pero Liam no lo hizo.

Se quedó ahí, quieto, como si estuviera conteniendo algo con la misma fuerza con la que la contenía a ella.

—No estás sola en esto —dijo—. Ni en el hielo ni fuera.

Ava tragó saliva.

—No entiendes —susurró—. Yo… llevo años aprendiendo que si me caigo, es culpa mía. Siempre. Que si algo sale mal es porque no he controlado lo suficiente. Y ahora…

La voz se le quebró.

—Ahora ni siquiera puedo controlar el suelo.

Se le escapó una lágrima, traidora. Ava giró la cara de golpe, como si pudiera esconderla.

Liam le soltó una muñeca solo un instante para llevarse la mano a su mejilla. No le borró la lágrima con gesto dramático. La recogió con el pulgar como se quita un copo de hielo de la piel: simple, inevitable.

—No es culpa tuya —dijo.

Ava soltó una risa rota.

—Ya lo sé —dijo—. Pero el cuerpo no.

Liam se acercó un milímetro más. Ahora su pecho casi tocaba el de Ava, la distancia reducida a un borde finísimo.

Sus manos volvieron a sus muñecas, pero la presión cambió: ya no era un agarre. Era presencia.

—Mientras sea yo quien te coja —dijo, con la mirada desnuda—, no te vas a hacer daño.

Ava sintió el corazón golpeándole las costillas.

Los labios de Liam estaban ahí, a nada. Su aliento cálido contra la boca. Un paso diminuto y ocurriría.

Ava contuvo el aire.

Liam tembló, apenas. Como si él también estuviera equilibrándose al borde.

Luego, en vez de besarla, apoyó la frente en la suya un segundo. Un contacto mínimo, íntimo, que hizo más ruido que un beso.

—Y escúchame bien —añadió, con la voz ronca—: no voy a dejar que nadie te haga esto. No en mi pabellón. No mientras me miras y me dices que tienes miedo.

Ava cerró los ojos, sintiendo el calor de él metérsele bajo la piel.

Cuando los abrió, estaba más lúcida.

—Alguien —repitió en voz baja—. ¿De verdad crees que alguien lo ha hecho a propósito?

Liam no apartó la mirada.

—He jugado en hielos de mierda —dijo—. He visto condensación, agujeros, máquinas que la lían. Pero eso… —hizo un gesto vago hacia el pabellón— no era casual. Estaba limpio. Demasiado limpio.

Ava sintió una punzada fría.

—Y la directora quiere taparlo —murmuró.

Liam asintió apenas.

—Por el show —dijo—. Por los patrocinadores. Por Ethan.

No pronunció el nombre como una acusación segura. Lo dijo como una posibilidad que quemaba.

Ava tragó saliva.

—No puedes decirlo —susurró.

—No lo diré —respondió Liam—. No sin pruebas.

Aflojó las manos en sus muñecas. Pero no se apartó. Se quedó ahí, lo bastante cerca para que ella supiera que era real.

—Pero —añadió— tú no vas a pisar ese hielo si yo no me fío. Y yo no me fío hasta saber qué demonios ha pasado.

Ava sintió un impulso absurdo: reírse de su cabezonería.

—¿Eres siempre así? —preguntó, con la voz todavía temblorosa—. Tan… protector.

Liam esbozó una media sonrisa sin alegría.

—Soy así cuando alguien intenta hacer daño a quien está bajo mi responsabilidad —dijo—. Y ahora… tú lo estás.

La frase le calentó el estómago de un modo peligroso.

Ava bajó la mirada a sus manos. A esos dedos que le habían salvado la cintura en el hielo y ahora le sujetaban las muñecas sin hacerle daño.

—¿Y si no quiero ser una responsabilidad? —susurró.

Liam inclinó la cabeza.

—Entonces no lo seas —dijo—. Sé… —buscó la palabra— una elección.

Ava alzó los ojos, golpeada.

La distancia entre ellos seguía ahí. El casi-beso suspendido, la tensión vibrando en el pasillo como un hilo tirante.

Liam no se movió.

No la besó.

Pero los ojos le bajaron a los labios medio segundo, y ese medio segundo fue una confesión.

Ava inspiró, sintiendo cómo el cuerpo respondía.

Entonces, desde lejos, llegó una voz.

—¿Reynolds? ¿Carter?

Jensen.

Liam se apartó un paso, despacio, como arrancándose una tirita.

Ava se dio cuenta solo entonces de lo encajada que había estado contra la pared y de lo poco —en un rincón secreto— que le había molestado.

Jensen apareció al final del pasillo, serio.

—Reanudamos en diez —dijo—. Y quiero que los dos me digáis la verdad: Ava, ¿te ves? Liam, ¿te fías del hielo?

Ava abrió la boca, pero Liam habló antes.

—No —dijo, seco—. No me fío.

Jensen lo miró fijo y luego miró a Ava.

Ava notó el miedo, aún ahí. Pero también la voz de Liam, sus manos, su cuerpo salvándola.

—Yo… —empezó, y se detuvo para elegir bien—. Yo quiero seguir. Pero no así.

Jensen asintió despacio.

—Bien —dijo—. Entonces hoy se ajusta. Trabajamos partes seguras. Y lo demás… lo resolvemos.

Detrás de ese "lo resolvemos" había un mundo de cosas no dichas: la directora, los patrocinadores, Ethan, el riesgo de un escándalo.

Jensen los miró por última vez.

—Y vosotros dos —añadió, bajando la voz—, la cabeza en su sitio. Este lugar no os va a perdonar otro incidente.

Se fue. Volvieron a quedarse solos, a un paso de distancia. Ava se dio cuenta de que aún respiraba como si hubiera corrido.

—Gracias —dijo, muy bajo.

Liam hizo un gesto mínimo, como si darle las gracias fuera casi demasiado.

—No me des las gracias —respondió—. Prométeme solo una cosa.

—¿Qué?

Liam la miró a los ojos.

—Si tienes miedo, me lo dices —dijo—. No te hagas la fuerte tú sola. No conmigo.

Ava asintió.

—Lo haré —susurró.

Liam esbozó media sonrisa y, por un instante, volvió el Liam que ella conocía.

—Y ahora —dijo—, vamos a hacer lo que mejor se le da a Frostvale: fingir que todo va de maravilla mientras, bajo el hielo, alguien acaba de prender un incendio.

Ava soltó una risa breve. Una risa de verdad, por fin.

Luego echaron a andar hacia el pabellón.

Y, mientras caminaban, Ava seguía sintiendo en el cuerpo el contacto de él: el agarre que la salvó, la presión contra la pared, el casi-beso no consumado.

Una cosa era segura.

Fuera quien fuese la mano que había vuelto traicionero ese hielo, había logrado el efecto contrario al que quizá buscaba.

Porque Ava ya no estaba sola en el riesgo.

Y Liam —fuera por protección o por deseo contenido— ya estaba demasiado cerca como para permitir que alguien la tirara.

CAPÍTULO 13

El invierno, en Frostvale, nunca era solo un paisaje. Era una forma de vivir dentro de un cuerpo.

Ava se dio cuenta a la mañana siguiente del casi desastre en el hielo. No porque fuera hubiese más nieve de lo normal —Vermont era generoso en ese sentido—, sino porque ella se sentía como si aún llevara encima los brazos de Liam. Como si su pecho siguiera pegado a su espalda, su agarre alrededor de la cintura fuese un círculo de hierro y calor.

Se despertó con el corazón ya en la garganta.

Durante unos segundos se quedó inmóvil en la cama, los ojos clavados en el techo del dormitorio. El silencio era el típico de las primeras horas: alguna puerta cerrándose a lo lejos, un grifo, unos pasos en el pasillo. Y, aun así, Ava seguía oyendo el sonido del hielo cediendo bajo la cuchilla, ese vacío repentino bajo el apoyo, el miedo disparándole un escalofrío tan violento que le había hecho castañetear los dientes.

Y luego él.

Liam cogiéndola antes de que el mundo se le viniera encima.

Ava se llevó una mano a la cintura, instintivamente, como si aún pudiera encontrar la huella de sus brazos sobre la tela del pijama. No había nada. Solo piel. Solo respiración.

Y, sin embargo, cuando se levantó y se puso la sudadera, sintió cómo el cuerpo reaccionaba como si la memoria fuera una segunda piel. Un calor fino bajo el esternón, unas ganas absurdas de volver a ese punto exacto en el que no se había caído.

En la mesilla, el móvil vibró.

Un mensaje.

Número guardado como ETHAN.

Hablamos hoy. Ya. Necesito claridad.

Ava se quedó mirando la pantalla hasta que la luz le hizo daño en los ojos.

La claridad, con Ethan, nunca había sido algo neutro. Siempre había sido una forma elegante de control. Una habitación en la que él entraba primero y decidía incluso el aire.

Apretó la mandíbula, dejó el móvil sobre la cama, se puso los leggings y se recogió el pelo con un gesto más brusco de lo necesario. La rodilla protestó apenas al bajar las escaleras. Una molestia breve, casi irónica: yo también estoy aquí, parecía decir.

—Hoy no —susurró Ava—. Hoy no.

Al salir al frío, el aire le pegó como una bofetada limpia. El cielo estaba bajo, gris, y los muros de la academia parecían aún más helados. Cada respiración se veía; cada pensamiento pesaba más.

Cruzó el patio hacia el edificio administrativo. El cristal de la entrada le devolvió su figura: sudadera oscura, abrigo, una bufanda demasiado apretada. Una versión de sí misma que parecía lista para defenderse.

Y lo estaba.

Dentro, la calefacción olía a madera vieja y a café. Los pasillos estaban limpios, brillantes, demasiado silenciosos. Ava subió las escaleras que conocía demasiado bien, como si esos peldaños se hubieran aprendido de memoria el peso de sus dudas.

Llegó ante la sala de patrocinadores. La puerta estaba entreabierta. Dentro, una voz hablaba por teléfono, baja, precisa. Ava inspiró y llamó con los nudillos, apenas. La voz se cortó.

—Adelante.

Entró.

Ethan estaba de pie junto a la ventana, el teléfono en una mano y la otra metida en el bolsillo. Llevaba una camisa perfecta y un abrigo elegante descansando sobre la silla. Parecía un hombre hecho para estancias como aquella, para luces cálidas y acuerdos sobre papel con membrete.

Al verla, la sonrisa se le dibujó con la misma facilidad con la que otros se ponen un guante.

—Ava —dijo, guardando el móvil—. Gracias por venir tan rápido.

El gracias era una formalidad. Lo de tan rápido era la parte real.

Ava cerró la puerta tras ella, no con fuerza, pero lo bastante como para marcar un límite.

—Has escrito que era urgente —dijo—. Aquí estoy.

Ethan dio dos pasos hacia ella.

Dos. No uno.

Entró en su espacio como si aún le perteneciera.

Ava sintió la espalda tensarse bajo el abrigo. Su cuerpo, por un instante, reconoció aquel acercamiento como un guion ya representado: él avanza, ella se detiene, él decide el tono.

—¿Cómo está la rodilla? —preguntó Ethan, y la voz se le volvió más suave. Casi íntima. Casi sincera.

Ava se obligó a no mirar hacia otro lado.

—En pie —respondió—. De momento.

Ethan asintió y en su mirada pasó algo rápido, evaluador. Como si estuviera calculando cuánto estaba comprometido el "activo".

Luego levantó la mano.

El gesto llegó con una naturalidad que le heló a Ava antes incluso del contacto. Los dedos le resbalaron por la nuca, justo bajo la línea del pelo. La palma se posó con precisión, como si recordara su forma.

Ava contuvo la respiración.

Ethan acercó el pulgar a su boca, rozándole el labio inferior. Un toque breve, íntimo, deliberadamente lento.

Un gesto antiguo.

Un gesto que antes le apagaba la voz. Que le hacía tragarse las palabras, confundir el silencio con paz.

Durante un segundo —solo uno— el cuerpo de Ava reaccionó como un perro adiestrado: un sobresalto, una tensión que se aflojaba por costumbre, no por deseo. Un reflejo condicionado.

Luego, como una cuchilla que entra en el hielo y de pronto encuentra agarre, la mente de Ava volvió.

Vio a Ethan de verdad. No el recuerdo. No la versión perfecta. Al hombre en una habitación intentando recuperar el control.

Y el hielo le subió del pecho a la garganta.

Ava alzó despacio la mano y le agarró a Ethan la muñeca.

Lo hizo con calma.

No con rabia explosiva. Con lucidez.

Apartó su mano de la nuca centímetro a centímetro, como se aparta algo que quema.

—No lo hagas —dijo.

Ethan se quedó quieto, la sonrisa a medias.

—Ava…

—No lo hagas —repitió ella, más firme—. No conmigo.

La mano de Ethan quedó suspendida entre los dos y luego cayó despacio a lo largo del costado. Su mirada cambió. El calor construido dejó paso a algo más duro.

—Estás dramatizando —dijo, la voz aún controlada—. Es un gesto. Antes te calmaba.

Ava tragó saliva.

Antes.

Y, en ese instante, su cuerpo traidor le ofreció otra imagen.

Las manos de Liam, grandes y cálidas, colocándole el hielo sobre la rodilla en la enfermería. La forma en que la tocaba sin invadirla, como si cada centímetro de su piel mereciera respeto. Su pulgar lento sobre el antebrazo, esa caricia que decía estás aquí.

Y, sobre todo: Liam apretándola en el hielo saboteado, pecho contra espalda, brazos alrededor de su cintura. No para callarla, sino para salvarla. No para cerrarle la boca, sino para impedir que se hiciera daño.

Ava sintió la diferencia en la carne.

El toque de Ethan era frío. No porque sus dedos estuvieran helados, sino porque dentro del gesto había una intención que nunca había sido realmente por ella.

Era por él.

—No me calmaba —dijo Ava, despacio—. Me apagaba.

Ethan apretó la mandíbula.

—Siempre te he protegido —replicó—. Siempre te he ayudado a mantener el control. Tú sin control… —hizo un gesto vago— te haces daño. Lo estás viendo incluso ahora.

Ava sintió un fogonazo de rabia y miedo a la vez.

—No uses la rodilla —dijo—. No uses eso para hacerme volver atrás.

Ethan esbozó una media sonrisa tensa.

—No te estoy haciendo volver atrás —dijo—. Estoy intentando impedir que te tires por la borda con un crío impulsivo que…

—No lo llames así —lo cortó Ava.

La frase le salió antes de poder frenarla. Y con esa frase entendió que su defensa ya no era teórica.

Ethan la miró fijo, y entre sus cejas apareció una arruga.

—Ah —dijo en voz baja—. O sea que es él de verdad.

Ava se obligó a no apartar la mirada.

—También es él —admitió—. Porque él no me trata como una extensión de su ego.

La palabra ego quedó en el aire como una astilla.

Ethan dio un paso hacia ella. Esta vez solo uno. Medido.

—Yo te lo he dado todo —dijo, y su voz se volvió más baja, más intensa—. Te he dado oportunidades. Patrocinadores. Visibilidad. Un futuro. Tú eras…

—¿Era? —lo interrumpió Ava.

Ethan se quedó clavado, como si no se esperara esa pregunta.

Ava dio otro paso atrás, creando distancia, obligándolo a quedarse donde estaba.

—Hablabas de mí en pasado incluso cuando estábamos juntos —dijo—. Me describías como si ya fuera una estatua. Una historia cerrada. "Ava es perfecta". "Ava es disciplinada". "Ava no falla".

La voz le tembló apenas, pero no cedió.

—Y cuando fallé —continuó—, cuando tuve miedo, cuando tomé una decisión humana… intentaste corregirme como se corrige un programa que funciona mal. No me viste. Me arreglaste.

Ethan negó con la cabeza, incrédulo.

—Lo estás tergiversando todo —dijo—. Yo te he querido.

Ava sonrió sin alegría.

—Querer no es apretar hasta que el otro no respira —dijo—. Y tampoco es usar el contacto para callarme cuando digo algo que no te gusta.

El rostro de Ethan se endureció. Se acabó la amabilidad. Quedó lo real.

—No estás pensando con claridad —dijo—. Estás bajo presión. El vídeo viral, el sabotaje…

Ava sintió un escalofrío.

—El sabotaje —repitió.

Los ojos de Ethan se movieron un milímetro, apenas. Pero Ava lo vio. Porque ahora estaba mirando de verdad.

—No sé de qué hablas —respondió él enseguida, demasiado rápido.

Ava inspiró despacio.

—No tengo pruebas —dijo, y era verdad—. Pero tengo ojos. Y tengo memoria. Has llegado, has empezado a mover hilos, a hablar de imagen y de escándalo, y de pronto el hielo se vuelve inestable justo en el punto en el que yo…

—Ava —la interrumpió Ethan, y su voz se afiló—. Estás insinuando cosas muy graves.

—Estoy diciendo que tú siempre has usado el miedo como freno —respondió ella—. Y que conmigo ya no funciona.

Ethan avanzó otra vez y, esta vez, Ava sintió el impulso viejo: retroceder, suavizar, ajustar la frase para que él no se enfadara. Era una ola antigua.

La frenó antes de que llegara.

Apoyó la palma abierta en el pecho de Ethan, no para empujarlo con violencia, sino para detenerlo. Una mano entre los dos. Un muro.

—Ya no puedes usarme como una extensión de tu ego —dijo, marcando cada palabra—. No soy tu trofeo. No soy tu proyecto. Y no soy tu prueba de éxito.

El contacto duró un segundo. Ella notó bajo los dedos la rigidez de su respiración contenida.

Luego retiró la mano.

Ethan la miró como si esa distancia fuera un agravio personal.

—¿Crees que Carter te "ve"? —escupió—. Carter ve una salida de su desastre. Ve una historia para vender. La química es un activo; también lo ha dicho la directora. No te pongas romántica.

Ava sintió la sangre calentársele.

Y en ese momento, el recuerdo de Liam le cayó encima como una manta.

Su voz en el pasillo: Mírame. No estás sola. La forma en que le sujetó las muñecas y se las apoyó a ambos lados de la cabeza, no para dominarla, sino para impedir que se rompiera. Su frente contra la suya, el deseo contenido como elección.

Ava alzó la barbilla.

—Liam me ve cuando tiemblo —dijo—. Y no me usa. Me sostiene.

Ethan soltó una risa amarga.

—Te sostiene mientras le convenga —dijo—. Luego se irá a la primera oferta seria. Es así.

A Ava le dolió algo en el pecho, como si esa frase hubiese encontrado un punto vulnerable. Porque una parte de ella sabía que era posible.

Pero esa parte no le pertenecía a Ethan. Le pertenecía a la realidad. Y, sobre todo, no le daba derecho a volver a entrar.

—Ya no me importa lo que pienses de él —dijo Ava—. Me importa lo que piense yo de mí.

Dio un paso hacia la puerta.

Ethan le agarró la muñeca. Rápido. Seco. Ava se tensó al instante. Un relámpago en la sangre.

—No te vas así —dijo Ethan, y su voz era baja, peligrosa—. No entiendes lo que estás haciendo. Los contratos, los patrocinadores, Frostvale… yo puedo…

Ava miró la mano en su muñeca.

Y luego miró a Ethan a los ojos.

No gritó. No se lanzó.

Con la otra mano, fue abriendo los dedos de Ethan, uno a uno, hasta soltarse.

El gesto fue más contundente que cualquier bofetada.

—No me toques —dijo, casi en un susurro.

Ethan se quedó con la mano a medio aire. Por un instante pareció no saber qué hacer con ella, como si de pronto ya no sirviera.

Ava abrió la puerta.

—Si quieres hablar de patrocinadores, habla con Helen —añadió —. Si quieres presionar, presiona a alguien que te pertenezca.

Conmigo no.

Avanzó medio paso y luego se giró una última vez, solo para cerrar de verdad.

—Y si vuelves a acercarte a mi vida como si fuera tuya, te juro que ya no me limitaré a intuir —dijo, y sus palabras eran frías como el hielo—. Encontraré pruebas.

Ethan la miró fijo. Su rostro era una mezcla de rabia e incredulidad. Como si ya no reconociera a la chica a la que podía callar con un pulgar en el labio.

Ava cerró la puerta.

En el pasillo, el aire era más frío, pero por fin respirable.

Dio dos pasos y las piernas le temblaron. No de miedo. De descarga. Apoyó un segundo la frente contra la pared, sintiendo el pulso en la garganta.

Y en esa pausa mínima, en esa vulnerabilidad súbita, su cuerpo buscó a Liam como si fuera un imán.

No lo vio.

Pero lo sintió.

Como una presencia cálida bajo la piel.

Ava se separó de la pared y siguió caminando. Salió del edificio y el frío le pinchó las mejillas. El mundo parecía igual que antes, pero ella no.

Acababa de hacer lo más difícil: quitarle a Ethan el acceso a su cuerpo. Y, con eso, al control.

***

La habitación de Liam, esa noche, era un cuadrado de sombras.

La única luz real venía del teléfono: un rectángulo pálido que le iluminaba el pecho y la cara desde abajo. Liam estaba sentado en la cama, las piernas abiertas, los codos sobre las rodillas, la camiseta levantada a medias, como si se la hubiera quitado por inercia y se hubiera quedado a medio camino, detenido por un pensamiento.

El pelo seguía húmedo. La ducha no le había lavado la tensión. Solo le había dejado la piel más sensible, más viva.

El mensaje en la pantalla no cambiaba y, sin embargo, él lo releía como si pudiera transformarse.

PRUEBA OFICIAL — propuesta formal. - Detalles adjuntos. Respuesta en 72 horas.

El nombre del equipo le hacía temblar por dentro. Profesionales. Un paso fuera del limbo. Un paso dentro del sueño.

Y Liam Carter nunca había sido de dudar.

Debería sentir solo emoción. Adrenalina. Un por fin explotándole en el pecho.

En cambio sentía… peso.

Porque, nada más leerlo, su mente no se fue al hielo de una arena más grande. Se fue a Frostvale.

Ava contra la barandilla, la respiración rota. Ava riéndose nerviosa en la sala de vídeo mientras él le ponía las manos en las caderas "para explicar". Ava temblando en el pasillo tras el sabotaje, y él sujetándole las muñecas y apoyándoselas a ambos lados de la cabeza para impedir que se desmoronara.

Y, sobre todo: Ava bajo él, en el hielo, en la oscuridad del pabellón, sus labios por fin suyos.

Liam se pasó una mano por el cuello. Bajo la piel aún sentía el recuerdo de su boca. La forma en que ella se había agarrado a sus hombros, como si tuviera miedo de caerse incluso en el beso.

—Joder —murmuró Liam, y la palabra le salió como un aliento caliente en una habitación helada.

Estaba sentado en la cama, la espalda encorvada, los codos en las rodillas. La camiseta seguía a medio quitar, arremangada sobre el abdomen, como si no hubiera tenido paciencia para terminar el gesto. La luz del móvil le cortaba el pecho y las clavículas, dibujándole sombras duras en la piel, como una pista mal marcada.

Había releído la oferta tres veces.

Luego una cuarta, solo para asegurarse de que no era una alucinación.

Prueba oficial. Equipo profesional. Plazo: 72 horas.

Setenta y dos horas.

Un número que parecía inofensivo hasta que se convertía en una cuenta atrás.

El móvil vibró.

Un mensaje. Coach Andy:

¿Lo has visto? Es gordo. No me hagas perder el tiempo: contesta.

Liam se quedó mirando la pantalla como si las palabras pudieran moverse, cambiar de orden, volverse menos pesadas.

Coach Andy casi nunca le escribía así.

Andy era el tipo de entrenador que te miraba a los ojos y te decía las cosas a la cara. Uno que no usaba el móvil para hacer de padre o de amigo. Lo usaba por dos motivos: horarios y disciplina. Y ese No me hagas perder el tiempo significaba que, por una vez, estaba mezclando ambas cosas.

Liam inspiró despacio. El corazón le golpeaba como si acabara de terminar un turno demasiado largo.

No contestó.

El teléfono vibró otra vez. No era otro mensaje. Era un golpe en la puerta.

Dos toques secos, y luego la manilla bajando.

Coach Andy entró sin esperar.

Esa noche no llevaba chándal. Iba en vaqueros y sudadera, la chaqueta abierta. Parecía más joven sin el silbato al cuello, pero mantenía la misma postura de hombre que ocupa el espacio sin pedir permiso.

Se quedó en el umbral, la mirada repasando la escena: Liam sentado, la camiseta a medias, el móvil encendido, esa expresión de perro enjaulado que finge que está bien.

—¿Sigues vivo? —preguntó, seco.

Liam alzó la vista. La luz del móvil le iluminaba la cara desde abajo, haciéndolo parecer más cansado de lo que quería.

—Depende de lo que entiendas por vivo —respondió.

Andy hizo un sonido que podía ser una sonrisa o un suspiro, y entró, cerrando la puerta detrás.

—Entiendo: ¿te has propuesto joderte la vida o no? —dijo, avanzando un par de pasos.

Liam apretó la mandíbula. No era un insulto. Andy no insultaba por deporte. Cuando usaba ciertas palabras era porque veía algo que los demás no veían.

O porque le importaba lo suficiente como para no edulcorarlo.

Andy se acercó y miró el móvil.

—Vale —silbó apenas entre dientes—. Así que es verdad. Ha llegado.

Liam asintió una sola vez. Un gesto mínimo, como si mover la cabeza ya fuera demasiado compromiso.

Andy se sentó en la silla junto al escritorio. No se acomodó. Se sentó como un coach, listo para levantarse en cualquier momento.

Lo observó un segundo largo.

—Deberías estar de pie gritando —dijo—. Haciendo flexiones de la alegría. Reventando el colchón. Algo.

Liam bajó la mirada a la pantalla, como si la luz le quemara.

—Lo sé —dijo—. Y, sin embargo, siento como si…

—¿Como si qué? —apremió Andy, sin subir la voz.

Liam inspiró. El aire se le quedó atrapado a medias.

Con Andy no podía engañar. Andy tenía un talento especial para ver a través de las mentiras, sobre todo las que te cuentas a ti mismo.

—Como si me estuvieran pidiendo elegir entre dos cosas que quiero —soltó, dejando salir la verdad sin adornos.

Andy guardó silencio. Un silencio real, no una pausa teatral.

Luego dejó escapar un "ah" suave, casi de comprensión.

—Vale —dijo—. O sea que no es solo hockey.

Liam no respondió.

No hacía falta.

El silencio bastaba para llenar la habitación con un nombre que no se pronunció.

Ava.

Andy lo miró con una expresión distinta a la del hielo. Menos dura. Más atenta. Como si estuviera mirando a un chico y no a un atleta.

—Dijiste que no querías líos —comentó.

—No los quería —admitió Liam.

—¿Y ahora? —preguntó Andy.

Liam se pasó una mano por el pecho, como si pudiera calmar el golpe del corazón. La camiseta le resbaló un poco más, pero no se la

recolocó. No era eso.

—Ahora es distinto —dijo.

—¿Distinto cómo? —Andy no soltaba.

Liam se detuvo, buscando palabras con una lentitud que no era propia de él. Estaba acostumbrado a reaccionar. A golpear. A decidir con el cuerpo.

Aquella decisión, en cambio, estaba en la cabeza. Y en el pecho.

—Ella no es un lío —dijo al fin. La voz le salió más baja, más áspera—. Ella es…

Buscó la palabra y no le salió. Le salieron imágenes.

El pabellón medio a oscuras. El hielo devolviendo medias luces. Ava contra la barandilla. La respiración rota. Las manos de ella en sus hombros, los dedos hundiéndose en la tela como si buscaran un agarre.

Y luego la enfermería, el rostro pálido, la broma amarga: A lo mejor debería dejarlo. Y él cogiéndole la cara entre las manos, sin besarla, solo para decirle: No estás rota.

—Es real —terminó Liam, como si esa palabra fuera la única capaz de contenerlo todo.

Andy lo miró como si estuviera viendo una parte de él que, en un año de entrenos y broncas, no había asomado nunca.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Tú eres real con ella? ¿O solo estás… —hizo un gesto vago— poniéndole un parche a tu desastre?

Liam sintió la pregunta como un golpe seco. No por maldad. Por precisión.

Apretó la mandíbula.

—No la estoy usando —dijo de inmediato.

—Ya lo sé —respondió Andy sin dudar—. No es eso.

Andy se inclinó un poco hacia delante, los codos sobre las rodillas. La voz se le volvió más baja, menos de entrenador y más de hombre.

—Lo que digo es: ¿estás preparado para perderla? —preguntó—. Porque si te vas, puedes perderla. No hoy. No mañana. Pero…

Dejó la frase en el aire.

Liam cerró los ojos un instante.

Vio a Ava temblar entre sus brazos después del casi accidente. Oyó su voz: No puedo si cada vez corro el riesgo de caerme. Y él empujándola contra la pared, sujetándole las muñecas, diciéndole: Mírame. No estás sola.

Si él se iba ahora… ¿quién estaría ahí cuando el hielo cediera?

Esa pregunta le dolió en un lugar que no tenía músculo.

Liam abrió los ojos.

—No puedo quedarme por ella —dijo, más para sí que para Andy —. Sería… sería injusto.

Andy asintió, como si apreciara esa lucidez.

—No, no puedes —confirmó—. Si te quedas solo por ella, luego se lo harás pagar. Incluso sin querer. Y ella ya tiene suficiente gente haciéndole pagar cosas que no debería.

Liam bajó la mirada, tocado.

Andy siguió, más seco:

—Pero tampoco puedes irte fingiendo que no existe.

Silencio.

El teléfono, en la cama, seguía iluminando la habitación. Setenta y dos horas. Un cursor invisible corriendo.

Liam lo cogió y abrió el chat de Ava.

Su nombre, ahí, pequeño y normal, le pegó de una forma absurda. Como un disco en el estómago. Como algo tierno en medio de un partido brutal.

Escribió:

Tengo que decirte algo.

Se detuvo. Borró. Volvió a escribir:

¿Podemos vernos esta noche?

También lo borró. Los dedos quedaron suspendidos sobre el teclado, incapaces de escoger una frase que no sonara a despedida o a promesa.

Andy lo miraba en silencio, como se mira a un jugador que por fin está peleando una batalla de verdad, una que no ganas con fuerza.

Liam cerró el móvil y lo dejó caer sobre la cama.

—No quiero estropear lo que acabamos de… —se cortó, porque decir lo que acabamos de empezar le parecía demasiado y demasiado poco a la vez.

Andy lo sostuvo con la mirada un segundo, y luego se levantó.

Dio dos pasos hacia Liam y se paró frente a él. Sin invadir, pero presente. Como cuando, en el banquillo, se te planta delante y te obliga a respirar antes de volver al hielo.

—Escúchame bien, Carter —dijo, y en el tono había esa mezcla rara de autoridad y respeto que Liam había aprendido a reconocer—. Yo te enderecé cuando nadie apostaba por ti. No porque seas fácil de llevar. Sino porque debajo de toda esa mierda… hay algo que vale.

Liam tragó saliva, la vista fija en el suelo.

Andy continuó:

—Y de las pocas cosas que he entendido de ti, esta es una: cuando de verdad te importa algo, te entran ganas de romperlo por miedo a que se te escape. Así que no, no te vas a poner romántico de película. No vas a mandar el mensaje perfecto. Pero puedes hacer una cosa simple.

Liam alzó los ojos.

—¿Cuál? —preguntó.

Andy señaló el móvil con un gesto de mentón.

—Dile la verdad —dijo—. Antes de que lo haga otro. Antes de que Ward lo use. Antes de que Frostvale lo convierta en un comunicado.

El nombre de Ethan le encendió algo en la mirada a Liam. Una chispa oscura.

—Ward hoy estaba aquí —dijo Liam, y la voz se le volvió más baja, más peligrosa—. Y te lo juro, Coach, si descubro que…

Andy lo frenó con una mirada seca.

—No seas el Carter que revienta cascos —dijo—. Ahora no. Por ella no.

Liam inspiró, contuvo.

—Lo sé —dijo. Pero aun así se le cerró el puño en la sábana.

Andy asintió, como si ya hubiera visto bastante.

—Bien —dijo—. Entonces haremos esto.

Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la puerta.

—Yo me voy —dijo—. No porque te deje solo, sino porque si me quedo me entran ganas de darte dos hostias hasta que mandes ese mensaje.

Liam esbozó una media sonrisa cansada, una línea que no le llegó a los ojos.

—Gracias —murmuró.

Andy abrió la puerta y se quedó un segundo con la mano en el pomo.

—Carter.

—¿Sí?

Andy lo miró un instante, y ahí dentro estaba todo lo suyo: broncas, banquillos, la suspensión, las segundas oportunidades. Pero también la confianza construida a base de disciplina y verdad.

—Elijas lo que elijas —dijo—, elígelo como un hombre. No como un crío que huye. Y no como un soldadito que obedece.

Liam asintió despacio.

—Vale.

Andy salió, dejando la puerta entornada.

Liam se quedó sentado en la cama, la camiseta aún a medias, el pecho desnudo en la penumbra. Se pasó una mano por la boca, como si pudiera borrar y a la vez retener el recuerdo del beso con Ava.

El pabellón oscuro. La barandilla. Su voz ronca: Si sigo, ya no será solo un error en el hielo.

No había sido un error.

Había sido una elección.

Y ahora otra elección le estaba esperando.

Liam volvió a coger el móvil y lo encendió. La luz le iluminó el pecho, dibujándole sombras sobre las clavículas.

Abrió el mensaje de la oferta.

Lo releyó.

Luego volvió al chat de Ava.

Los dedos quedaron suspendidos sobre el teclado, como patines en el borde antes de lanzarse.

Y Liam se quedó inmóvil, con el teléfono en la mano, el corazón golpeándole como si estuviera a punto de salir a la pista para el partido más importante de su vida.

Porque quizá —y esta vez no podía negarlo— lo era.

CAPÍTULO 14

El día antes del show, Helen convocó a todos para el briefing final. Los hicieron sentarse en la sala de eventos: staff, entrenadores, atletas principales. En la pantalla, el orden del programa. Los tiempos. Las luces. Las entradas.

Helen hablaba con ese tono de directora que no admitía desviaciones.

—Mañana por la noche quiero disciplina —dijo—. Quiero presencia. Quiero que recordéis por qué estáis aquí. Sois la cara de Frostvale. Cada gesto cuenta.

Sus ojos se deslizaron hacia Ava y Liam, sin detenerse demasiado, pero lo suficiente para que se sintieran observados.

—Y quiero que nadie me regale sorpresas —añadió—. Nada de improvisaciones emocionales. Nada de… interpretaciones personales.

Ava notó cómo se le tensaba el cuello.

Interpretaciones personales era una forma elegante de decir: no os dejéis arrastrar.

Jensen intervino con un apunte más técnico.

—La coreografía está lista —dijo—. Funciona. Está limpia. Y… —la mirada se le posó en Ava y Liam— si confiáis el uno en el otro, mañana será inolvidable.

Ava sintió a Liam moverse apenas en la silla. Un gesto mínimo, y aun así lo notó, como si fuera un contacto a distancia.

Cuando terminó el briefing, todos se fueron dispersando.

Ava salió la última. Liam salió por otra puerta.

No se buscaron. No se tocaron.

Y, sin embargo, en el pasillo, por un instante, acabaron caminando en paralelo, separados por unos pocos metros y por un abismo.

Ava captó su perfil con el rabillo del ojo. Liam oyó el sonido de sus pasos.

Ava aceleró medio paso.

Liam redujo medio paso.

Como si ambos tuvieran miedo de que, si coincidían en el mismo ritmo, pasara algo.

Y ese era el punto: algo quería pasar.

***

Esa noche, Ava no consiguió dormir.

Se daba vueltas en la cama como si las sábanas se hubieran vuelto arena, incapaces de sostenerla. La rodilla dolía lo justo para recordarle que el cuerpo tenía límites. Pero la mente… la mente era una pista de hielo saboteada.

Se levantó y fue al espejo. Observó sus hombros, la línea de su espalda. Se pasó una mano por el cuello, por el punto donde Liam le había hablado al oído durante la sujeción.

Sintió un escalofrío.

Se odió por lo físico que era.

No era solo deseo. Era necesidad. De sentirse tomada en serio. Sostenida. Vista.

Volvió a la cama y cogió el móvil. El nombre de Liam estaba ahí, listo, como una tentación.

No lo hagas, se dijo.

Y, aun así, escribió.

Mañana…

Se detuvo. Borró. Cerró el teléfono. Se tumbó y se quedó mirando el techo.

El silencio antes del show no era paz. Era la calma antes del derrumbe. Porque mañana, sobre el hielo, tendrían que contar una historia delante de todos.

Y esa historia ya no era solo coreografía. Era el lugar exacto en el que se habían evitado durante días. Era la electricidad que habían mantenido bajo una placa delgada. Y Ava, con el corazón golpeándole demasiado fuerte en la oscuridad, entendió que mañana no sería solo “un show”.

Sería el momento en que descubrirían si ese silencio los estaba salvando… o si los estaba preparando para estallar.

CAPÍTULO 15

La noche del show, Frostvale ya no parecía Frostvale. El pabellón era el mismo —las mismas vigas, el mismo olor a hielo y goma, el mismo zumbido de las instalaciones—, pero todo lo demás había cambiado: luces cálidas, paneles negros enmarcando la pista, cables, técnicos, voluntarios con acreditaciones y pinganillos. El hielo reflejaba los focos como un espejo roto, mil fragmentos de luz temblando a cada paso.

Entre bastidores, Ava tenía la sensación de que su cuerpo era algo separado de ella.

Lo notaba caliente, listo, perfectamente entrenado. Pero la cabeza estaba llena de un silencio tenso, el mismo silencio que había cultivado con Liam durante días, solo que ahora ese silencio estaba a punto de estallar delante de todo el mundo.

En el vestuario improvisado, sentada en el banco con el traje ya puesto bajo el chándal, Ava se apretó los cordones de los patines agujero a agujero, con esa precisión casi ritual que usaba cuando no quería pensar.

La venda de la rodilla derecha estaba oculta, pero Ava la sentía como un límite. No le dolía. No lo suficiente como para frenarla. Solo estaba ahí para recordarle que el riesgo no era una metáfora.

En el banco de al lado, el teléfono vibraba a intervalos: notificaciones, mensajes del equipo de redes de Frostvale, Maya spameando corazones y «ESTA NOCHE ARRASÁIS». Ava no abrió nada. Apagó la pantalla con un gesto seco.

La puerta se abrió. Jensen asomó la cabeza, rápido.

—Dos minutos —dijo—. ¿Cómo vas?

Ava levantó la mirada.

—Estoy bien —mintió.

Jensen entró igualmente, porque se le daba bien reconocer las mentiras técnicas.

Se agachó delante de ella, la mirada deslizándose hacia la rodilla.

—¿Estabilidad? —preguntó.

Ava asintió.

—¿Y la cabeza? —insistió él.

Ava inspiró despacio y luego dejó salir el aire.

—Está… llena —admitió.

Jensen esbozó media sonrisa.

—Mejor llena que vacía —dijo—. Vacía significa disociada. Llena significa que te importa.

Se incorporó y le apoyó una mano en el hombro. Solo un instante. Un gesto sobrio, de entrenador.

—Recuerda lo que te dije —añadió—. No tienes que hacer más de lo necesario. Tienes que hacer exactamente lo que sabes hacer. Y él… —hizo un gesto hacia el pasillo— él te coge. Siempre.

Ava sintió un escalofrío, no de miedo, sino por esa palabra: coge. Tan física. Tan real.

Jensen salió dejando la puerta entornada.

Ava se quedó inmóvil un segundo. Luego se levantó.

El traje era negro con detalles metálicos, elegante sin ser ostentoso. Hombros descubiertos, un corte que seguía las líneas de su cuerpo como si lo hubieran dibujado para alargarla, para afilarla. El chándal encima, sin embargo, lo borraba todo. Era una forma de permanecer invisible hasta que llegara el momento.

En el pasillo, la música del pabellón llegaba amortiguada: la voz del presentador, aplausos, otra actuación en marcha.

Ava caminó hacia la salida lateral que daba a la pista.

Y allí, a mitad de pasillo, lo vio.

Liam estaba apoyado en la pared, la espalda contra el cemento, una pierna flexionada con el patín rozando la superficie. Él también llevaba el chándal, pero la postura lo delataba: hombros anchos, manos grandes, una energía contenida lista para saltar.

Cuando Ava pasó a su lado, no fingió que no la veía.

Alzó la cabeza.

Sus miradas se encontraron y, por un instante, el ruido del pabellón desapareció.

—Hola —dijo él, en voz baja.

Ava tragó saliva.

—Hola.

La palabra le salió más grave de lo habitual.

Liam dio medio paso hacia ella y se detuvo. Como si un hilo invisible lo sujetara. O como si estuviera luchando contra la misma decisión que habían tomado los días anteriores: no tocarse. No ceder.

—¿Qué tal la rodilla? —preguntó.

Ava podría haber contestado con una broma. No lo hizo.

—Aguanta —dijo—. Pero…

Liam ladeó la cabeza.

—¿Pero?

Ava miró la puerta que daba a la pista. El reflejo de las luces se colaba por una rendija. La multitud ahí fuera era un mar que no veía, pero que sentía.

—Me da miedo sentir demasiado —admitió.

Liam se quedó quieto un segundo. Luego respiró despacio, controlado, como si estuviera sujetando su propia tormenta.

—Es lo mismo —dijo—. Solo que a mí me da miedo… —se interrumpió con una risa breve, nerviosa— olvidarme de cómo se hace para no tocarte.

Ava sintió que se le encogía el estómago.

—Entonces no te olvides —susurró.

Liam la miró, y en sus ojos estaba todo ese no-contacto de los días previos convertido en algo más denso.

—No puedo —dijo—. No esta noche.

Ava asintió. Sabía lo que quería decir.

No que no pudiera tocarla.

Que no podía tocarla a medias.

El presentador anunció otra recaudación de fondos, un agradecimiento a los patrocinadores. El nombre de Ethan Ward sonó con entusiasmo. Del público se alzó un aplauso.

Ava sintió que un viejo reflejo intentaba imponerse: tensarse, encogerse, convertirse en «perfecta».

Luego oyó a Liam soltar un sonido bajo, casi imperceptible.

No era celos teatrales.

Era una promesa muda: no te dejo sola dentro de esta historia.

—Nos toca después de esto —dijo él.

Ava inspiró.

—Lo sé.

La puerta del backstage se abrió y un voluntario asomó la cabeza.

—Reynolds, Carter, listos. Un minuto.

Liam se separó de la pared.

—Vale —dijo.

No se tocaron. Todavía no.

Pero mientras caminaban hacia la puerta de la pista, Ava sintió el calor de él como si ya estuviera en su piel.

El pabellón, visto a pie de pista, era un organismo vivo. Las gradas llenas, focos clavados, gente susurrando y señalando. El hielo era un escenario. Y ellos, aún con el chándal puesto, eran dos sombras a punto de convertirse en otra cosa.

Ava se asomó por la rendija del telón lateral.

Vio a Ethan.

Sentado en primera fila, ligeramente de lado, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. A su lado, Claire —u otra mujer parecida—, elegante, compuesta. Ethan tenía las manos entrelazadas, postura impecable. Pero la mirada… la mirada estaba tensa.

Ava apartó los ojos enseguida. No porque no pudiera sostenerlos. Sino porque no quería regalarle ese poder.

El presentador anunció:

—Y ahora, la actuación principal de la noche: una fusión entre la gracia del patinaje artístico y la fuerza del hockey. ¡Ava Reynolds y Liam Carter!

Un rugido.

Ava sintió las piernas ligeras. No de miedo: de adrenalina. Liam se acercó a ella y bajó la voz para que solo ella lo oyera.

—Respira conmigo.

Ava inspiró. Liam inspiró con ella. No se tocaron, pero sus respiraciones se alinearon. Era un contacto distinto. Por dentro.

—Pase lo que pase —añadió—, te cojo.

Ava levantó la mirada.

—Lo sé —dijo—. Y yo me dejo coger.

Liam tragó saliva. Por un instante, se le marcó la mandíbula, como si esa frase fuera una cuchilla.

Luego arrancó la música. Ava salió al hielo.

El chándal voló con un gesto rápido, coreografiado. El traje apareció bajo los focos como una confesión. Ava sintió el aire frío sobre la piel, la atención del público cayéndole encima como una luz física.

Liam entró un segundo después.

Él también se deshizo del chándal y la figura que emergió parecía otra persona distinta del chico de hockey en entrenamiento: traje oscuro, líneas limpias, mangas que resaltaban los antebrazos. No elegante de manera clásica. Elegante de manera peligrosa.

Se encontraron a distancia.

La música los mantenía separados, como dos polos de un mismo imán. Se movían en paralelo, sin tocarse, pero cada paso de Liam era un desafío, cada paso de Ava una respuesta.

El público veía técnica. Veía potencia y gracia.

Pero debajo había algo que no era técnica.

Había un juego de distancia.

Ava sentía la presencia de Liam como una corriente recorriéndole la espalda. Cuando él pasaba por detrás, el aire cambiaba. Cuando la adelantaba por un lado, su cuerpo reaccionaba como si la hubiera rozado de verdad.

Llegó el primer agarre.

Liam se acercó, la mano lista en su cadera. Durante días se habían evitado fuera de los contactos necesarios. Ahora, el contacto necesario era un permiso.

Los dedos de Liam se cerraron sobre la cadera de Ava y el mundo se contrajo.

No había nada explícito. Era un gesto técnico. Pero la manera en que su palma se apoyó —plena, firme, caliente— le dijo al cuerpo de Ava: me acuerdo de ti.

Ava no huyó.

Se dejó guiar y, cuando él la atrajo hacia sí para la entrada, sus pechos se rozaron apenas. Un contacto de un latido. Una chispa.

El público contuvo el aliento sin saber por qué.

La coreografía siguió en un crescendo de acercamientos y huidas. Arrastres que parecían duelos. Rotaciones en las que Ava se deslizaba bajo el brazo de Liam y reaparecía al otro lado como algo conquistado y perdido a la vez.

Cada vez que sus manos se encontraban, era como si el pabellón subiera un grado más.

Ava notaba la rodilla, sí, pero como se nota un secreto: presente, controlado. Liam modulaba cada agarre para no forzarla nunca. Era un diálogo físico constante. Un «te veo» susurrado a través de la presión de una palma, el ángulo de una muñeca, la estabilidad de una pierna.

En una transición, Liam le agarró la mano y la tiró hacia él con un gesto mitad guía, mitad captura. Ava quedó con la espalda casi contra su pecho, la mano de él deslizándose por la parte baja de su abdomen, técnicamente para estabilizarla antes del cambio.

Ava sintió la piel reaccionar.

No pudo evitarlo.

El público murmuró.

—Oh —dijo alguien cerca de las primeras filas, como si hubiera visto algo prohibido.

Ava giró con elegancia para soltarse, pero el cuerpo le seguía guardando el eco de ese contacto. Como una huella.

Llegó la figura del «puente», la que había desatado el vídeo, la que había vuelto loco a internet. Esta vez no había móviles delatando nada. Solo ojos de verdad.

Liam la elevó a la altura del pecho. Ava se abrió hacia atrás, espalda arqueada, garganta expuesta a las luces. Sintió las manos de él en sus caderas. Firmes. Presentes.

Subió despacio y, cuando quedó cara a cara con él, no cerró los ojos.

Los mantuvo abiertos.

Y Liam la miró como si estuviera diciendo: ahora sí. Ahora, delante de todos.

El público estalló en un aplauso prematuro, como si no pudiera esperar al final. Ava respiró contra la boca de Liam, a un suspiro. Sus labios no se tocaron.

Pero la distancia era tan mínima que el pabellón la percibió como un contacto. Jensen, junto a la valla, apretaba los puños entre orgullo y miedo.

La música cambió, más profunda, más sensual, más lenta. Llegaba el agarre arriesgado. El de verdad.

Ava sintió un escalofrío frío y caliente a la vez. La rodilla, el sabotaje, el miedo. Todo intentó reaparecer.

Liam le tomó la muñeca y la condujo al punto de entrada. Lo hizo con una seguridad que no era arrogancia. Era promesa.

—Conmigo —susurró al guiarla—. Solo conmigo.

Ava asintió.

Y confió.

Liam la levantó.

El cuerpo de Ava subió y, durante un instante, en el paso, ella rodeó con las piernas la cintura de Liam.

Era un gesto técnico, sí. Un enganche breve para estabilizar la rotación. Pero la sensación fue total, completa: el centro de su cuerpo contra el de él, su cadera sostenida por él como algo precioso e inevitable.

El público dejó de respirar.

Un murmullo recorrió las gradas como viento.

Liam apretó apenas el agarre —imperceptible, pero Ava lo sintió —. El pecho de él se expandió bajo ella y, durante un segundo, Ava percibió el latido de su corazón como si fuera el suyo: rápido y potente.

Luego se deshizo.

Las piernas se estiraron hacia la posición final, elegante, pura. Ava abrió los brazos como una cuchilla de luz, larga, perfecta. Liam la sostuvo como si hubiera nacido para estar ahí.

Cuando la dejó en el hielo, lo hizo más despacio de lo necesario.

La palma en su cintura se quedó un segundo de más.

Ava no retiró la mano enseguida. Por primera vez en días, no huyó del contacto. Y ese gesto pequeño —ese segundo de más— fue más erótico que cualquier cosa explícita, porque era una rendición consciente.

El público lo sintió aunque no supiera nombrarlo.

La coreografía retomó un ritmo más rápido, pero ahora la distancia entre ellos era distinta. Ya no fingían ser solo atletas. Estaban convirtiendo todo ese deseo contenido en forma.

Ava se deslizaba cerca de Liam, lo suficiente para sentir el aire moverse por su hombro, lo suficiente para notar su calor sin tocarlo. Liam pasaba por detrás y, cuando sus manos rozaban las de ella, los dedos se demoraban lo justo para ponerle la piel de gallina.

Era erotismo sublimado.

Una promesa en cada agarre.

Una confesión en cada arrastre.

Ethan, en primera fila, ya no sonreía.

Ava lo vio de reojo en un paso lateral: su mirada era helada, pero debajo había algo, una grieta. Porque lo que estaba viendo no era un juego de marketing. Era algo real. Y él ya no tenía acceso a esa verdad.

La música bajó. Última secuencia.

Ava y Liam volvieron al centro.

El pabellón parecía contener el aliento con ellos.

Liam se acercó con una lentitud casi insolente. No había prisa. No había huida. Solo dos pasos medidos.

Ava se mantuvo firme.

Cuando él le puso una mano en la parte baja de la espalda y la atrajo contra sí, el contacto fue pleno.

No una pose clásica. No una distancia elegante.

Un gesto que decía: te quiero aquí.

Ava apoyó la mano en el pecho de Liam. Sintió el corazón desbocado bajo la palma, como si hubiera corrido más de lo que el cuerpo había hecho de verdad.

Sus cuerpos estaban alineados, pegados, respiración compartida. La mano de Liam en la espalda de Ava la sostenía no como un trofeo, sino como algo frágil y poderoso a la vez.

Se miraron.

No era una mirada de escenario. No era «mira qué bien quedamos».

Era una mirada de confesión.

Ava notó humedad en los ojos, pero no por tristeza. Porque por fin no estaba conteniendo. Porque por fin ese silencio de los días anteriores había encontrado un idioma.

Los labios de Liam se acercaron un suspiro. No un beso. No un gesto que convirtiera el show en «escándalo». Solo la promesa de un beso después.

Liam susurró, tan bajo que nadie pudo oírlo.

—Estás aquí.

Ava respondió sin voz, solo con un mínimo movimiento de la mano sobre su pecho, como diciendo: estoy aquí. Soy mía. Y te elijo.

La música se apagó.

Durante un segundo, el pabellón quedó inmóvil.

Y luego estalló.

Una ola de aplausos lo arrasó todo, un rugido rebotando en las paredes. Gente en pie. Gritos. Silbidos de entusiasmo. Palmas golpeando tan fuerte que parecía temblar la grada.

Ava oyó ese ruido desde lejos, amortiguado, porque seguía dentro del círculo de Liam. La mano de él no se separaba de su espalda. La de ella seguía en su pecho.

Se apartaron despacio, como si el cuerpo no quisiera obedecer.

Liam le tomó la mano y, por primera vez esa noche, la sostuvo sin necesidad técnica.

Un gesto simple. Desnudo.

El público gritó aún más, como si acabara de ver un beso. Ava se inclinó para el saludo final y luego se incorporó.

Liam se acercó lo justo para hablar sin micrófonos.

—¿Has temblado? —preguntó.

Ava tragó saliva.

—No —dijo—. Esta vez no.

Liam sonrió apenas, una sonrisa que no era para el público.

—Lo sabía —murmuró.

Ava miró hacia las primeras filas sin querer.

Ethan seguía sentado. Ya no aplaudía. Tenía la mandíbula tensa, la mirada fija, como buscando la manera de encerrar aquel momento en una caja.

Ava apartó los ojos.

Porque lo que acababa de vivir no cabía en ninguna caja.

Cuando salieron del hielo, entre bastidores, el eco de los aplausos seguía, como si no quisiera acabarse.

Jensen los alcanzó y los agarró por los hombros —a uno por cada lado—, sacudiéndolos apenas como para comprobar que eran reales.

—Bien —dijo, con la voz ronca—. Muy bien.

Ava sintió que, de golpe, las piernas se le volvían blandas.

Liam la miró. En ese pasillo estrecho, lejos de los focos, lejos de los ojos, la distancia entre ellos volvió un segundo, como un hábito.

Luego Liam dio un paso más cerca. No la tocó. Pero la miró como si estuviera a punto de hacerlo.

—Ya no podemos fingir —dijo, en voz baja.

Ava sintió el corazón acelerarse otra vez.

—Lo sé —respondió.

Y, por primera vez en días, ese silencio no dio miedo. Era solo… el instante antes de decidir qué hacer con él.

CAPÍTULO 16

El olor a hielo no se te va de encima cuando te quitas el traje. Se queda en la piel.

Ava aún lo notaba mientras caminaba por el pasillo lateral del pabellón, con la bolsa cruzada y el pelo húmedo de la ducha, la cabeza llena del rugido del público que ya se había convertido en un eco lejano. El cuerpo estaba cansado, la rodilla latía como una brasa tapada, pero había una parte de ella que no conseguía dejar de vibrar.

No por el dolor.

Por él.

El final. La mano de Liam en la parte baja de su espalda, esa presión plena que la había atraído contra él en mitad de la pista. El corazón desbocado bajo su palma, su mirada desnuda delante de todos. Ningún beso y, aun así, había sido como si le arrancaran la piel.

Se habían prometido algo sin decirlo.

Y ahora, después de la tormenta, estaba ese instante extraño: la calma en la que las cosas se enseñan tal cual son. Sin focos, sin música.

Ava buscó a Liam entre el ajetreo de la trastienda.

Lo vio apenas un segundo al fondo del pasillo, rodeado por dos patrocinadores y Andy gesticulando como si estuviera vendiendo la luna. Liam sonreía a medias, educado, pero sus ojos… sus ojos estaban en otra parte. Buscaban.

A ella.

Ava dio un paso hacia él.

El teléfono vibró. Un mensaje.

Ahora. Detrás de la sala de patrocinadores. No montes numeritos. —E.

El frío le atravesó el estómago. Ethan.

Ava apretó el teléfono en la mano, como si pudiera partirlo. El primer impulso fue ignorarlo. El segundo, reírse. El tercero fue un recuerdo físico: la mano de Ethan en su nuca, el pulgar en su labio, esa forma de apagarla sin subir la voz.

El cuarto impulso era más nuevo. Más duro.

Ya no.

Levantó la vista hacia Liam, aún al fondo del pasillo. Habría querido alcanzarlo, decirle algo, cualquier cosa. Pero no se movía bien cuando Ethan estaba en el aire. Era una llamada antigua, tóxica: una parte de ella que no quería "dar problemas", que temía el escándalo, la culpa, perder el control.

Ava inspiró.

Luego, con la calma de quien toma una decisión irreversible, giró a la izquierda hacia el pasillo que llevaba a las oficinas.

La trastienda se iba vaciando a medida que avanzaba. Puertas cerradas, luces de neón, el ruido del pabellón quedándose atrás como el mar después de una tormenta.

Ethan la estaba esperando. No en un despacho. En el pasillo.

Apoyado en una columna, chaqueta impecable, una sonrisa que no le llegaba a los ojos. En cuanto la vio, se despegó de la pared y se acercó como si siempre fuera él quien decidía la distancia.

—Bien —dijo—. Una actuación… perfecta.

Ava no aflojó el paso.

—No estoy aquí para recibir halagos.

Ethan dio un paso lateral y le cortó el paso. El pasillo era estrecho. Ava se detuvo para no chocarse con él.

—Estás aquí porque te conviene —respondió él, con la voz baja, controlada—. Y porque, pese a todo, una parte de ti entiende que yo soy el único que sabe convertir lo que eres en algo… concreto.

Ava sintió la rodilla más pesada, como si el cuerpo hubiera intuido el peligro antes que la cabeza.

—Quítate.

Ethan sonrió apenas, como si fuera un juego.

Luego su mano se movió de golpe. Le agarró el brazo, un poco por encima del codo. No lo bastante fuerte como para hacerle daño

al instante. Lo bastante como para que entendiera que no era una invitación.

Ava se tensó.

—Suéltame.

—No te pongas difícil —dijo Ethan—. Aquí no.

Y, con un gesto rápido, la arrastró hacia la puerta del despacho de patrocinadores.

Ava intentó plantarse, pero llevaba aún las zapatillas blandas del post-show, el cuerpo rendido, la mente buscando durante un segundo una solución "limpia". Ethan aprovechó esa vacilación. Abrió la puerta, la empujó dentro y entró detrás, cerrando de un golpe seco.

El sonido de la cerradura fue un puñetazo en el estómago. Ava se giró al instante, la espalda recta.

—¿Qué estás haciendo?

Ethan se sacó el móvil del bolsillo con calma y lo dejó sobre el escritorio. Como si quisiera demostrar que todo era ordenado. Razonable.

—Te estoy salvando de un error —dijo.

Ava dio un paso hacia la puerta. Ethan se la cerró en dos.

—Ni se te ocurra —dijo, y esta vez la voz le salió más cortante—. No después de lo que he hecho por ti.

Ava soltó una risa breve, sin alegría.

—¿Lo que has hecho por mí o lo que has hecho a través de mí?

Ethan se acercó. Demasiado.

La habitación no era grande: escritorio, dos sillas, una ventana. Paredes decoradas con fotos brillantes de deportistas sonriendo. El típico templo de la imagen. Ethan abrió una carpeta que no había traído por casualidad. La dejó en la mesa y la deslizó hacia Ava.

—Mira —ordenó.

Ava no bajó la vista.

—No me interesa.

—Claro que te interesa —dijo él, y la sonrisa se afinó—. Campañas. Sesiones. Patrocinios. Trajes diseñados para resaltar tu cuerpo justo como toca. Espalda, hombros, piernas. ¿Sabes cuánto vale lo que tienes?

Las palabras le dieron náuseas.

Ethan hizo un gesto y, como si estuviera presentando un producto, le rozó el antebrazo con los dedos, subiendo despacio. Un toque frío. Evaluador. No había calor. Había posesión.

Ava se apartó medio paso.

Ethan la siguió.

—No te pongas así —dijo, y en los ojos le destelló la impaciencia —. No me hagas perder el tiempo. Has montado un lío con ese… Carter. El vídeo, la gala, la escenita en el hielo. La gente piensa que…

—La gente piensa lo que le da la gana —lo cortó Ava—. Yo no te debo nada.

Ethan hizo un sonido, como si Ava hubiera dicho una ingenuidad.

—Me debes la carrera —dijo—. Me debes la estabilidad. Me debes…

Ava lo miró fija.

—"Me debes" —repitió, marcando cada sílaba—. Ahí está. Ese es el problema. No sabes hablar de otra manera.

Ethan se le echó encima. Le cerró la mano sobre la nuca, como antes. Ese gesto viejo, automático. El pulgar se movió hacia el labio inferior, dispuesto a callarla.

Ava sintió que el reflejo condicionado intentaba saltar. Ese segundo en el que el cuerpo quiere quedarse quieto para sobrevivir.

Entonces, como si se rompiera un hilo, Ava levantó la mano y le agarró la muñeca.

Lo detuvo.

Le apartó la mano de la cara despacio, centímetro a centímetro, como quien despega un anzuelo de la piel.

—No lo hagas —dijo Ava. La voz le salió baja, pero no había miedo.

Ethan la miró como si no la reconociera.

—Te estás volviendo una desagradecida —siseó.

Ava retrocedió un paso.

Ethan avanzó. La distancia se cerró otra vez. La espalda de Ava chocó con el borde del escritorio. El frío de la madera en la parte

baja de su espalda la devolvió al cuerpo de golpe. Ava sintió la protesta de la rodilla. Sintió el corazón acelerarse.

Ethan apoyó una mano en el escritorio, junto a su cadera, bloqueándole la salida. Con la otra volvió a agarrarle el brazo.

Esta vez más fuerte.

—Escúchame. —La voz de Ethan ya no era solo dura: era afilada, pegajosa de rabia. Le apretó el brazo y tiró de ella hacia sí con un tirón seco, tanto que Ava tuvo que dar un paso para no perder el equilibrio—. Yo decido cómo se cuenta esta historia. Yo decido en qué se convierte.

El pulgar se le hundió en la carne por encima del codo, un dolor preciso. Sus ojos le recorrieron el cuerpo como una mano sucia, de la garganta al pecho, abajo, midiéndola.

—Tú eres… —escupió, acercándose hasta que Ava sintió su aliento— …una inversión. Y yo no tiro una inversión.

Ava sintió la sangre subirle, caliente y furiosa. Intentó zafarse con un tirón.

—Yo no soy tu capital —dijo, la voz baja pero firme—. No soy una extensión de tu ego. No soy un trofeo que exhib…

Ethan la cortó apretando más. La tiró hacia delante y luego la empujó hacia atrás, estampándola contra el escritorio con la parte baja de la espalda. El golpe le arrancó el aire.

—Basta —gruñó. La otra mano le subió al cuello, no para apretar de verdad, sino para marcar el límite, para que supiera que podía. Sus dedos le rozaron la piel como una advertencia—. No hables como si fueras una víctima. Te lo he dado todo.

Ava intentó empujarlo con el hombro, pero la rodilla cedió un mínimo, lo justo para traicionarla. El peso se le fue.

Ethan aprovechó ese vacío al instante.

La agarró y la estampó contra el escritorio con más decisión; la madera vibró bajo ella. La carpeta se deslizó, los papeles se abrieron como alas rotas y cayeron al suelo con un ruido seco, ridículo en su brutalidad.

Ava se tragó un gemido —dolor y rabia a la vez— y sintió un escalofrío helado correrle bajo la piel.

En ese instante entendió, sin más ilusiones: Ethan no iba a parar porque ella se lo pidiera. No porque lo mereciera. No porque fuera "razonable".

Solo iba a parar si algo, o alguien, lo interrumpía.

Ava abrió la boca para gritar.

El picaporte bajó. Un golpe. Luego otro.

La puerta se abrió de golpe.

Liam llenó el umbral como una tormenta.

Aún llevaba parte del chándal, el pelo húmedo, la mirada encendiéndose al instante sobre Ethan y luego sobre Ava, aplastada contra el escritorio.

El tiempo se hizo añicos.

—¿Qué coño estás haciendo? —La voz de Liam era baja, peligrosa.

Ethan se giró de golpe, todavía demasiado cerca de Ava.

—Carter —dijo, intentando colocarse la máscara a toda prisa—. No es…

Liam no le dio tiempo.

Avanzó dos pasos y le soltó un puñetazo.

Seco. Directo.

El sonido fue un golpe sordo, casi irreal en esa habitación llena de fotos sonrientes.

Ethan trastabilló hacia atrás, chocó con la silla y luego con el escritorio. Una mano se le fue a la cara, y Ava vio aparecer un hilo de sangre en la comisura de la boca.

Durante un segundo, hubo silencio.

El pecho de Liam subía y bajaba como si hubiera corrido. Los puños cerrados. Los ojos clavados en Ethan con una ferocidad a duras penas contenida.

Ava temblaba. No solo de miedo. De adrenalina. Por la manera en que Liam había entrado sin dudar.

Porque la había visto.

Y la había creído, sin necesitar explicaciones.

Ethan escupió un poco de sangre hacia un lado y luego se rio. Un sonido breve, sin humor.

—Ah —hizo—. Ya veo dónde estaba el problema. El caballero.

Liam dio un paso al frente. Ava le apoyó una mano en el brazo. No para frenarlo. Para anclarlo.

Ethan se enderezó, los ojos brillándole de rabia y orgullo herido.

—Acabas de firmar tu final —le dijo a Liam—. Sé lo de las ofertas. Sé quién te está mirando. Y puedo hacer una llamada. Una sola.

Liam apretó la mandíbula.

—Inténtalo.

Ethan sonrió, cruel.

—Lo haré —dijo—. Haré que ningún equipo vuelva a ficharte. Que te quedes aquí pudriéndote con tu bonita historia de redes. Te arruino, Carter. Y ella…

Los ojos de Ethan resbalaron hacia Ava.

—Ella vuelve conmigo. Porque sin mí no sabe ni mantenerse en pie.

Ava sintió que algo chasqueaba. No una rabia ciega. Una lucidez afilada. Dio un paso adelante, entre los dos. La rodilla protestó, pero no retrocedió.

Miró a Ethan directamente a los ojos.

—Si te atreves a hacer algo así —dijo Ava, con la voz firme como una cuchilla—, todo el mundo sabrá por qué. Todo el mundo sabrá que me estabas agrediendo. Que me arrastraste aquí dentro. Que me pusiste las manos encima.

Ethan abrió la boca, pero Ava no le dejó espacio.

—¿Y sabes qué? —continuó, acercándose medio paso más—. Ya no tengo miedo de tu escándalo. Porque mi silencio era tu poder. Y yo… —inspiró, notando el corazón fuerte pero estable— …no voy a permitir nunca más que controles mi vida.

Por un instante, Ethan pareció realmente golpeado. No por el puñetazo. Por ella.

Luego se le endureció la cara.

—No entiendes lo que estás haciendo —siseó.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Ava—. Estoy eligiéndome a mí.

Ethan lanzó una mirada a Liam, llena de veneno.

—Disfrútala mientras puedas —dijo—. Porque este sitio se sostiene con patrocinadores. Y yo soy uno de ellos.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, agarró la chaqueta de la silla y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró.

—Se acabó —dijo, y lo dijo como una amenaza y como una despedida.

Luego se fue. La puerta se cerró. El silencio que quedó no era vacío. Era el después de una explosión. Ava temblaba tanto que los dedos no le obedecían. Liam se giró hacia ella de inmediato, la cara aún tensa, la rabia pegada a la piel como calor.

—Ava…

Ella intentó hablar, pero la voz le salió rota.

—Yo…

Liam estuvo encima de ella en un segundo, pero no como Ethan. Liam le tomó la cara entre las manos, las palmas calientes en las mejillas, los pulgares rozándole los pómulos con un gesto casi desesperado.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te ha hecho daño? ¿Dónde te ha…?

Ava negó con la cabeza, pero se le escapó un sollozo igual, más rabioso que triste.

—Me ha agarrado del brazo —dijo, temblándole la voz—. Me ha empujado contra…

Liam bajó la vista al brazo. Vio el halo rojo que empezaba a marcarse.

Su respiración cambió.

—Hijo de…

Ava le agarró la camiseta con una mano y tiró de él hacia sí, como si no pudiera permitirse perderlo ni un segundo.

—No te vayas —susurró.

Liam levantó la mirada. El fuego en los ojos se le transformó en otra cosa. Algo más oscuro. Más hondo.

—No me voy a ninguna parte —dijo.

Y lo dijo como una promesa física.

Ava inspiró. El temblor le cruzó la espalda como un escalofrío. Liam le puso una mano en la parte baja de la espalda —justo ahí— y Ava sintió el contraste con el frío de Ethan como una herida que se cerraba.

Esa mano estaba caliente. Presente. Humana.

Ava dejó salir el aire que llevaba reteniendo minutos.

—Lo siento —murmuró.

Liam frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por haberte arrastrado a esto —dijo Ava—. Por… por ponerte contra él.

Liam esbozó una sonrisa sin dulzura, solo verdad.

—No eres tú la que me ha puesto contra él —dijo—. Se ha puesto él contra mí en el momento en que te ha tocado así.

Las palabras le cayeron encima como un golpe.

Ava lo miró. Vio los nudillos enrojecidos, la mandíbula aún tensa, y debajo de todo… vio miedo.

No por él.

Por ella.

Y de pronto toda la tensión de los días de silencio —el hambre, la rabia, la necesidad de sentirse en el cuerpo y no en la cabeza— se compactó en un único impulso.

Ava se puso de puntillas y lo besó.

No fue un beso dulce. No fue un beso educado.

Fue un beso que sabía a recuperación, a territorio recuperado. Sus labios chocaron contra los de Liam con urgencia, como si estuviera borrando con la boca la huella que dejaron unas manos equivocadas. Como si, para volver a respirar de verdad, antes tuviera que quemarlo todo.

Liam soltó un sonido bajo, casi un gruñido ahogado, y la agarró. La agarró de verdad.

Las manos le bajaron del rostro al cuello, luego a la cintura, apretando con una firmeza que no pedía permiso —no para dominarla, sino para mantenerla unida—. La atrajo contra sí con fuerza controlada, pecho con pecho, hasta hacerle notar la solidez de su cuerpo como una barrera: aquí no entra nadie más.

Ava golpeó con la espalda el borde del escritorio.

Liam se detuvo en seco, los ojos abriéndose como si el mundo volviera a enfocarse.

—¿Te hago daño?

Ava negó, con el aliento ya roto. Le clavó los dedos en la camiseta, tirándolo más cerca.

—No —dijo—. Me haces…

La frase murió, tragada por otro beso.

Esta vez Liam la besó más despacio, más hondo, como si agarrara el tiempo por el cuello y lo obligara a quedarse quieto. Sus manos se posaron en las caderas de Ava, firmes, y esa presión le mandó un escalofrío por la espalda: era un agarre que no evaluaba, no medía, no "usaba". Era un agarre que decía: eres mi elección.

Ava le metió los dedos en el pelo y tiró apenas, lo justo para hacerlo respirar fuerte contra su boca. El sonido que le salió del pecho le golpeó el estómago, caliente y vivo.

Se sintió entera. Peligrosamente viva.

Liam se separó solo para tomar aire, la frente apoyada en la suya.

—Dime si quieres que pare. —La voz le salió ronca, oscura.

Ava tembló, pero no de miedo.

Le sostuvo la cara entre las manos, obligándolo a mirarla, y el desafío en sus ojos era un incendio controlado.

—No pares —dijo.

Y Liam no paró.

La levantó con un movimiento preciso, como si lo hubiera hecho mil veces, y la sentó en el borde del escritorio con un cuidado feroz —feroz porque la quería, cuidado porque sabía todo lo que ella acababa de vivir—. Ava le abrió espacio por instinto, y él se colocó entre sus piernas como si ese sitio le perteneciera desde siempre.

El contacto pleno entre sus cuerpos le arrancó un jadeo.

Liam le agarró las muñecas, sujetándole las manos donde pudiera sentirlo. Se las guió a los lados de su cuello y luego al pecho, como diciéndole sin palabras: aquí. aquí es real. aquí no está él.

Ava sintió el latido bajo la palma, rápido, potente, casi enfadado.

—Mírame —murmuró Liam, la boca bajando a la línea de su mandíbula y volviendo a subir, encontrándole los labios con un hambre que casi dolía.

Ava respondió con el mismo hambre.

Sus piernas se cerraron un poco, un gesto instintivo, y Liam se quedó inmóvil un segundo —no para parar, sino porque lo sintió.

Porque ese gesto mínimo le había dicho más que cualquier frase.

Las manos de Liam se deslizaron por la espalda de Ava, bajo el borde de la tela, encontrando piel caliente y sensible. No era un toque indeciso: era un toque que pedía permiso solo en la manera de ralentizarse, de esperar su respuesta.

Ava se la dio con un suspiro, con un movimiento del cuerpo que lo atrajo todavía más cerca.

Liam le mordió apenas el labio, como un castigo dulce, y Ava le devolvió el gesto con un gemido que la hizo enrojecer y sonreír al mismo tiempo.

—Así —susurró él contra su boca.

Ava le clavó las uñas en los hombros, sujetándolo como si temiera perderlo.

—No te vayas —le salió, crudo.

Los ojos de Liam se oscurecieron aún más.

—No me voy —respondió, y no sonó romántico: sonó a juramento.

El mundo se estrechó, se volvió pequeño, demasiado lleno de ellos. Aliento contra aliento. Calor subiendo. Una promesa volviéndose acción.

Y la cosa era esa.

Fuera cual fuera la mano que había convertido ese hielo en traición, había conseguido justo lo contrario de lo que quizá quería.

Porque Ava ya no estaba sola en el riesgo.

Y Liam, fuera por protección o por deseo contenido, ya estaba demasiado cerca como para permitir que alguien la tirara abajo.

CAPÍTULO 17

El pabellón de Frostvale, cuando estaba vacío, tenía un sonido que nunca se oía durante el día. No era silencio, en realidad. Era un zumbido bajo, constante, como un aliento contenido: el sistema que mantenía el hielo vivo, las luces de emergencia vibrando apenas, el viento que de vez en cuando hacía temblar una puerta lejana. A Ava le encantaba por eso. Porque en ese sonido había una promesa: aquí dentro, aunque fuera todo cambie, el hielo permanece.

Aquella mañana entró temprano, antes de que llegaran los demás, con la bolsa de deporte cruzada y el pelo recogido en una coleta alta que le tiraba un poco de la nuca. Llevaba leggings negros y una sudadera fina, la chaqueta abierta porque, después de meses de trabajo, el frío ya no la asustaba de la misma manera.

La rodilla derecha seguía siendo un pensamiento, no un problema. De vez en cuando, una señal discreta, un "estoy aquí", pero no una alarma. Un recordatorio. Y Ava había aprendido a contestarle con respeto, no con miedo.

Bajó al hielo despacio, dejando que las cuchillas encontrasen el agarre. La primera vuelta fue un rito. La segunda, un diálogo. La tercera, una sonrisa.

Había trabajado muchísimo sola últimamente. Después del show, después de decirle que no a Ethan, después de la promesa con Liam. Había elegido no quedarse quieta esperando. Era una forma de no traicionarse.

Y, aun así, aquel día… aquella mañana… había algo en el aire que la hacía estar más atenta.

Quizá solo era que el invierno empezaba a aflojar. O quizá era esa calma especial que precede a las sorpresas, como si el mundo se preparara para cambiar de escena sin avisar.

Ava empezó una secuencia sencilla, limpia: cruces, curvas, un cambio de dirección. Notó la respuesta de la rodilla y, en vez de

ponerse rígida, dejó que el cuerpo la acompañara. Ahí estaba la diferencia: ya no intentaba dominarlo todo. Confiaba.

—Bien —se dijo en voz baja, y esa palabra no sonó a orden. Sonó a caricia.

Dio otra vuelta y entonces lo vio.

Al principio no lo entendió. Solo era una figura en el hielo, cerca del centro, como una sombra que antes no estaba. Ava frenó, y el corazón le dio un golpe seco, no de miedo: de reconocimiento.

La figura levantó la cabeza.

Y durante un instante, el pabellón dejó de respirar.

Liam.

No podía ser Liam.

Tenía un equipo nuevo. Una vida nueva. Había prometido escribirle, y lo hacía, sí: mensajes, fotos borrosas desde autobuses, videollamadas diarias, emojis escuetos cuando estaba agotado. Pero no… no allí. No ahora.

Y, sin embargo, estaba allí.

Llevaba un chándal oscuro, la chaqueta abierta, el pelo un poco más largo, revuelto, como si hubiera dormido poco. Parecía más delgado, o quizá era solo la luz marcándole los pómulos. Pero los ojos eran los mismos: oscuros, vivos, llenos de esa presencia que él no sabía fingir.

Ava se detuvo en seco.

Las cuchillas chirriaron sobre el hielo y ese sonido le pareció demasiado fuerte.

—No —murmuró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Liam sonrió despacio, como si de verdad la hubiera oído.

Reduciendo la velocidad —uno, dos—, se paró delante de ella.

Tan cerca que Ava podía ver las gotitas de agua en sus pestañas, el rubor leve en las mejillas por el frío, la forma en que su aliento hacía nubecitas.

No hablaron enseguida.

Solo se miraron, como si las palabras fueran un riesgo.

Ava notó el corazón golpeándole fuerte, desordenado. Intentó ponerse rígida, marcar distancia, recordarse todas las razones por

las que Liam no debería estar allí. Pero el cuerpo no obedeció. El cuerpo ya estaba en otro lugar: en la memoria de sus manos, en el calor de un beso, en el sonido de una promesa pronunciada sobre el hielo.

Liam dio un paso más cerca, lento, deliberado.

Ava inhaló su olor.

Hielo y piel, sí. Pero también carretera. Viaje. Un rastro de jabón barato de hotel. La vida real, no la perfección.

—Hola —dijo él, al fin.

Su voz era más grave de lo que ella recordaba. O quizá era que, en ese pabellón vacío, todo parecía más íntimo.

Ava tragó el nudo de la garganta.

—Hola —respondió, y la palabra le salió más frágil de lo que habría querido.

Liam la observó, como si necesitara comprobar que era real. Luego, sin invadirla, alargó una mano. No para cogerla. Solo para ofrecerla.

Ava miró esa mano.

Los dedos tenían marcas, un pequeño corte en el dorso, los nudillos enrojecidos por el frío.

—Tú… —empezó Ava, pero la frase se le rompió.

Liam esbozó media sonrisa.

—Sorpresa.

Ava soltó una risa breve, casi incrédula. Y entonces, como si la realidad le cayera encima de golpe, esa risa se convirtió en un aliento tembloroso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó por fin—. Tienes una gira. Tienes…

—Dos días de descanso —la interrumpió él—. Pasaba cerca y… —bajó la mirada, como si le diera vergüenza lo simple que era la verdad—. Quería verte.

Ava sintió que se le cerraba el pecho.

—No me avisaste.

—Si avisaba ya no era una sorpresa. —Liam levantó la vista, y en esa mirada estaba todo: el riesgo, la elección, el valor de

presentarse sin garantías—. Y me daba miedo que me dijeras que no.

Ava se quedó en silencio.

—¿Puedo? —preguntó Liam, señalando otra vez su mano.

Ava dudó un segundo. Luego se la tomó. El contacto le subió por el brazo como una sacudida. No por la fuerza, sino por la familiaridad. Por ese calor que echaba de menos sin haberse atrevido a admitirlo.

Liam cerró los dedos apenas, como diciendo: estoy aquí. No me largo. No esta vez.

Y Ava, sin saber cómo, notó que le picaban los ojos.

—No llores —dijo él en voz baja, con una dulzura que le hizo daño.

—No estoy llorando —replicó ella al instante, como si todavía fuera la Ava de antes.

Liam sonrió.

—Claro.

Se movieron juntos, mano con mano. No era una coreografía. Ni un ejercicio. Era una vuelta lenta, como cuando dos personas vuelven a aprender el mismo idioma.

Ava sintió el cuerpo de Liam cerca, la manera en que se ajustaba a sus tiempos como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Sus cuchillas mordían el hielo con un sonido distinto, más pesado, más masculino. Pero el ritmo se encontró.

—Te he visto online —dijo Liam mientras deslizaban—. Tu último vídeo. La secuencia con el cambio de dirección…

Ava resopló, mitad orgullosa, mitad molesta.

—No era perfecta.

—Era tuya —replicó él—. Y había esa cosa… —hizo un gesto vago con la mano libre, como buscando las palabras—. Esa ligereza nueva. No la falsa. La… de verdad.

Ava bajó la mirada al hielo.

—He dejado de pedir perdón por cada fallo —murmuró.

Liam la miró, serio.

—Por fin.

Ava se rio otra vez, más cálida. Se acercó un poco y, por un instante, el brazo tenso entre sus manos se acortó. Los cuerpos quedaron más cerca.

Liam hizo un movimiento repentino, un pequeño quiebro lateral, y Ava lo siguió instintivamente. Era un juego, un desafío suave.

—Ah, ¿así que el equipo nuevo te ha enseñado a ser romántico? —lo provocó.

—No —respondió él—. Me ha enseñado que, si no me muevo ahora, pierdo el tiempo.

La frase se le quedó pegada.

Ava lo miró. Liam no sonreía. Estaba serio, y en esa seriedad había una confesión.

Estaban a punto de decir algo más.

Y fue entonces cuando una voz, desde arriba, cortó el aire.

—Ava.

Ella se detuvo.

Ese nombre, pronunciado así, con ese peso, le apretó el estómago. Ava se giró hacia la barandilla, hacia la entrada lateral.

Y lo vio.

Su padre. Coach Reynolds.

No lo veía allí desde hacía meses. Desde el amistoso, desde que su relación se había resquebrajado en silencios demasiado largos y llamadas demasiado breves. Estaba allí, con un abrigo oscuro sobre los hombros, la bufanda subida, los ojos brillándole con una severidad que Ava conocía demasiado bien.

La sangre se le enfrió.

Liam apretó su mano de forma casi imperceptible, como preguntándole sin palabras: ¿quieres que me aparte?

Ava, por instinto, retiró la mano.

No con maldad. Con pánico.

Liam se quedó quieto, respetando ese gesto sin protestar. Pero Ava sintió cómo la distancia se abría entre los dos como una herida.

—¿Papá? —dijo, y la voz le salió más fría de lo que habría querido.

Coach Reynolds bajó los escalones de la grada despacio hasta llegar a la barandilla. No entró en el hielo. Se quedó allí, a medio

camino: lo bastante cerca para hacerse oír, lo bastante lejos para no invadir.

Su mirada se deslizó hacia Liam. No era hostil, pero sí evaluadora. Como si estuviera identificando un problema. O un elemento que descoloca.

Ava contuvo el aliento.

—No sabía que estabas aquí —dijo Ava.

—No se lo he dicho a nadie —respondió él, y ya esa frase sonó a guion viejo.

Ava cruzó los brazos.

—¿Por qué?

Coach Reynolds la observó y, por primera vez, Ava notó algo distinto: no solo dureza. Había cansancio. Y una sombra de vacilación, como si él también estuviera aprendiendo un idioma nuevo.

—He vuelto para felicitarte —dijo.

Ava parpadeó.

Esas palabras no encajaban con el hombre que recordaba. Con el que medía el amor en resultados, en clasificaciones, en "podías haber".

—¿Felicitarme? —repitió, escéptica.

—Sí. —Coach Reynolds inspiró, como si eligiera cada palabra—. Vi el show. Lo vi de verdad, esta vez. No como entrenador. Como… tu padre.

Ava sintió un pinchazo.

Detrás de ella, Liam se movió apenas, pero se mantuvo en silencio. No era su momento, lo entendía.

—Y ahora… —continuó Coach Reynolds— estoy aquí para pedirte una cosa. Una cosa que debí pedirte hace años.

Ava se quedó inmóvil.

El frío le subió por la espalda, como cuando sientes venir una caída antes incluso de perder el apoyo.

—Dime —dijo.

Coach Reynolds miró el hielo y luego volvió a ella.

—Quiero volver a entrenarte —dijo—. Como tu entrenador.

Ava sintió que el mundo se inclinaba.

Fue como si el pabellón, las luces, el hielo, Liam… todo se desplazara un centímetro hacia el lado equivocado. Como si la rodilla, solo al oír esas palabras, recordara.

—No —soltó Ava, sin pensarlo.

Una respuesta visceral. Pura defensa.

Coach Reynolds no se ofendió. No reaccionó con rabia. Se quedó quieto, como si esa respuesta la esperara.

—Lo entiendo —dijo—. Y tienes derecho a decirme que no.

Ava lo miró, desconfiada.

—¿Desde cuándo? —preguntó, con la voz afilada—. ¿Desde cuándo tengo derecho a decirte que no sin que tú… —hizo un gesto brusco con la mano— sin que me hagas sentir un fracaso?

Coach Reynolds bajó la mirada un instante. Cuando la alzó, había algo húmedo en sus ojos que Ava no le había visto jamás.

—Me equivoqué —dijo en voz baja.

Ava sintió un golpe en el pecho.

—No lo digas así —murmuró—. No lo hagas fácil.

—No es fácil —replicó—. He tardado demasiado. Y… —tragó saliva— he tenido que verte sin mí para entender hasta qué punto te asfixié.

Ava se quedó sin palabras.

Coach Reynolds siguió, con la voz más baja, casi áspera.

—Yo creía que te protegía —dijo—. Creía que, si te apretaba lo suficiente, si controlaba lo suficiente… te ahorraría el dolor. Pero te di otro dolor, y ni siquiera me di cuenta.

Ava sintió la rabia mezclarse con algo más frágil.

—Me quitaste el aire —susurró.

Coach Reynolds asintió.

—Lo sé —dijo—. Y no puedo borrarlo. Solo puedo… —hizo una pausa— solo puedo pedirte otra oportunidad. Pero a tus condiciones. No a las mías.

El silencio cayó entre los dos, pesado.

Ava miró las manos de su padre apoyadas en la barandilla. Manos grandes, marcadas; las mismas que antes le corregían la postura con una presión demasiado fuerte. Esas manos que decidían.

Ahora estaban quietas. Abiertas. No en gesto de mando, sino de espera.

Ava sintió el corazón golpear fuerte.

—¿Y si vuelve a ser como antes? —preguntó en voz más baja—. ¿Si empiezas a… a tomar el control?

Coach Reynolds negó con la cabeza.

—Ya no quiero ser esa versión de mí —dijo—. He entendido mis errores. Y… —la voz se le quebró apenas— mi hija es más importante que cualquier medalla.

Ava contuvo el aire.

No porque se emocionara. Porque una parte de ella todavía no confiaba. Una parte quería protegerse, mantenerse en pie sola.

Y, aun así, había otra parte —la que Liam la había ayudado a sacar— que sabía que crecer no era solo cerrar puertas. También era elegir cómo abrirlas.

—Yo ya no soy la de antes —dijo Ava, despacio—. No te pertenezco. No le pertenezco a nadie.

Coach Reynolds asintió, como si lo estuviera aprendiendo de verdad en ese mismo instante.

—Lo sé —dijo—. Y si vuelvo, será para estar a tu servicio. No para usarme de ti.

Ava notó subirle una ironía amarga.

—Suena raro oírtelo decir.

—Lo es —admitió—. Pero es verdad.

Ava miró más allá de la barandilla, hacia el pasillo. Como si buscara una salida.

Y, en cambio, encontró a Liam. Él seguía allí, unos pasos detrás, en silencio. No se había metido. No había ido de salvador. Pero estaba. Presente. Y en sus ojos seguía la misma promesa que le había hecho meses atrás: no estás sola.

Ava volvió a mirar a su padre.

—No te digo que sí —dijo—. Todavía no.

Coach Reynolds asintió al instante.

—De acuerdo.

—Pero… —Ava se aclaró la garganta—. Podemos intentarlo. Despacio. Un paso cada vez. Con límites claros.

Coach Reynolds dejó escapar un aire que parecía retenido desde hacía años.

—De acuerdo —dijo—. Tú me dices dónde puedo estar. Y yo me quedo ahí.

Ava asintió sin sonreír. No era una escena de película. Era la vida real. Iba a llevar tiempo.

Coach Reynolds miró a Liam otra vez.

—Tú —dijo, y a Ava se le tensó el cuerpo.

Pero la voz de su padre no sonaba agresiva. Sonaba… contenida. Curiosa.

—Gracias —dijo simplemente.

Ava abrió mucho los ojos. Liam, por primera vez, pareció realmente descolocado. Se acercó un paso, prudente.

—No he hecho nada —respondió.

Coach Reynolds negó con la cabeza.

—Has hecho lo suficiente —dijo—. La he visto… distinta. Y sé que eso no viene de un contrato ni de un trofeo.

Ava sintió un calor repentino en el estómago. Una parte de ella quería defender a Liam, protegerlo de cualquier posibilidad de que su padre volviera a ocupar el centro.

Pero en ese momento su padre hizo algo que nunca había hecho. Se detuvo. Dejó que el espacio siguiera siendo de ellos.

—Os dejo —dijo—. Ava… —la miró—. Estoy orgulloso de ti. Nos vemos luego.

La frase quedó suspendida como una cuchilla que por fin deja de amenazar. Ava no respondió enseguida. No pudo. Tenía la garganta cerrada, los ojos ardiendo. Coach Reynolds se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, despacio.

Cuando desapareció, el pabellón volvió a respirar.

Ava se quedó quieta sobre el hielo, los hombros rígidos, como si todavía esperara un golpe. Liam se acercó sin hacer ruido.

—Eh —dijo en voz baja.

Ava soltó una risa corta, casi incrédula.

—¿Ha pasado de verdad? —murmuró.

—Sí —Liam la miró—. Y tú te has mantenido en pie.

Ava lo observó. Y, de pronto, todo lo que había contenido le subió a la garganta: la sorpresa de verlo, la tensión por su padre, la elección hecha en un minuto que tardaría meses en volverse real.

—No sé cómo me siento —confesó.

Liam asintió.

—No tienes que saberlo ya.

Ava bajó la mirada y luego la alzó de nuevo.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo… cómo estás?

Liam sonrió apenas.

—Cansado —admitió—. Pero… —hizo un gesto vago hacia el hielo —. Echaba de menos esto. Te echaba de menos a ti.

Ava notó deshacerse un nudo. Se acercó un paso. Luego otro. Liam abrió los brazos sin tocarla todavía, como si le pidiera permiso con el cuerpo. Ava entró en ellos.

El contacto la sacudió.

No era la sujeción urgente de los días del show. No era el beso robado. Era un abrazo entero, firme, como un regreso. El pecho de Liam contra el suyo, los brazos rodeándole la cintura, la cabeza apoyándose en su sien.

Ava cerró los ojos.

—De verdad estás aquí —susurró.

—Estoy aquí.

AGRADECIMIENTOS

A las lectoras, ante todo.

A quienes han elegido esta historia, a quienes se han detenido en una página, a quienes han sentido algo vibrar entre el hielo y el corazón.

Gracias a quienes leen de noche, a quienes subrayan frases, a quienes se enfadan con los personajes y luego los perdonan. A quienes encuentran consuelo, fuerza o simplemente compañía dentro de una historia de amor imperfecta.

Escribir es un acto solitario, pero los libros solo cobran vida de verdad cuando alguien los lee. Cada mensaje, cada reseña, cada palabra compartida hace que este viaje sea menos silencioso e infinitamente más real.

Esta novela existe también gracias a vosotras. Gracias por creer en Ava y Liam. Gracias por creer en mí.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es una obra de ficción: algunas dinámicas deportivas, relacionales y profesionales han sido adaptadas o simplificadas con fines narrativos, para servir mejor a la trama y al recorrido emocional de los personajes. Frostvale, Ava y Liam viven en el papel, pero sus decisiones hablan de cosas muy reales.

Soy una autora independiente: si esta historia te ha emocionado, una reseña o incluso un simple comentario marcan de verdad la diferencia. Ayudan a que el libro encuentre nuevos lectores y permiten que historias como esta sigan existiendo.

Gracias por caminar sobre el hielo conmigo.